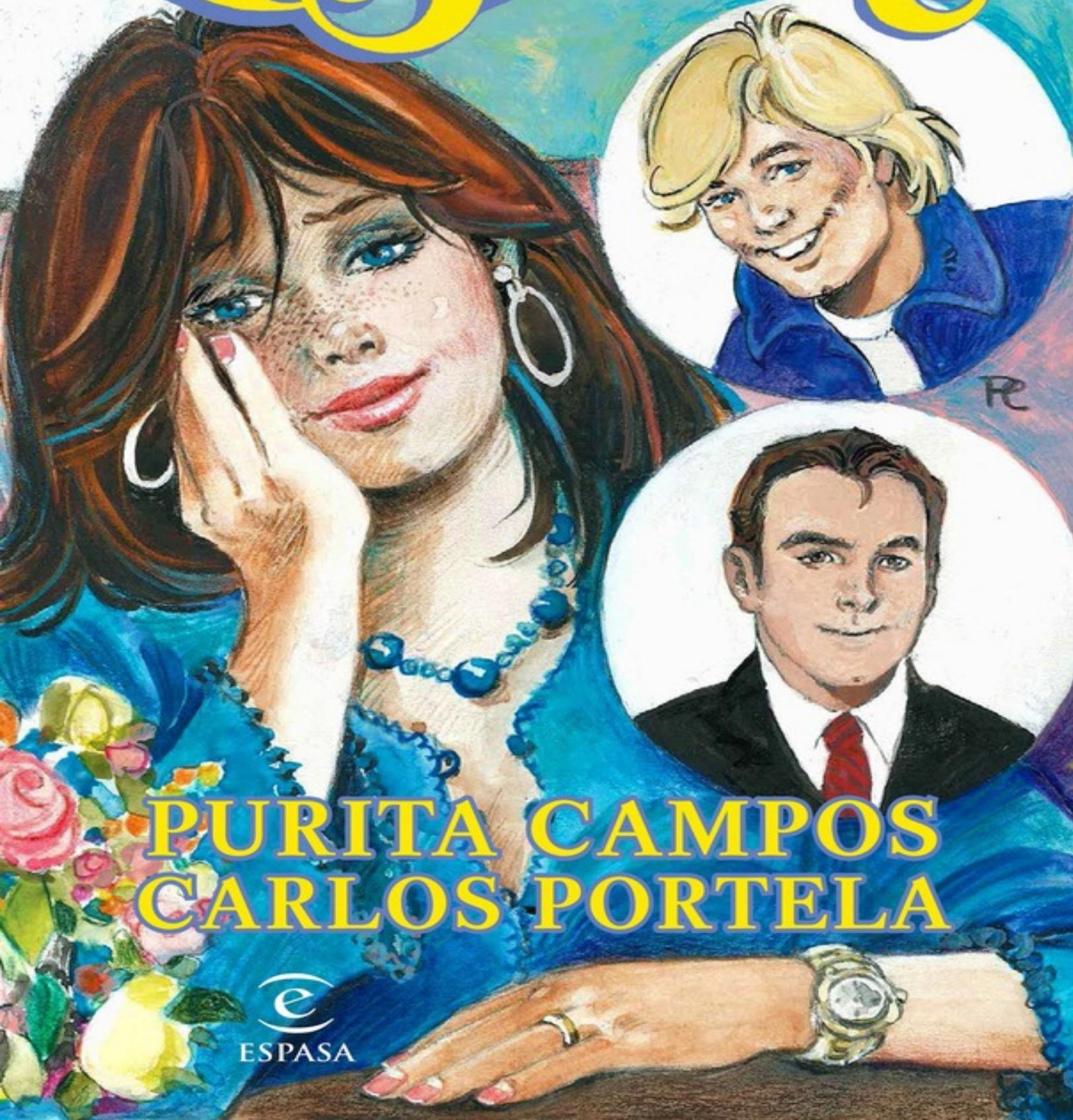


La elección de
ESTHER



**PURITA CAMPOS
CARLOS PORTELA**


ESPASA

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Me llamo Esther Lucas. Tengo cuarenta años y estoy a punto de saltar desde el tejado de mi casa.

No es verdad.

Bueno, las dos primeras partes, sí; lo del tejado, no. De hecho, tengo un poco de vértigo. Para ser honesta, ni siquiera me manejo bien con tacones de más de diez centímetros. No. No estoy en el tejado de mi casa a punto de saltar. Un tejado, por otra parte, que no dista del suelo más de siete u ocho metros... en cualquier caso suficiente para descalabrarme. Estoy sentada en el porche. Con las piernas encogidas y a un peldaño de distancia del suelo. Pero ese peldaño me parece tan distante como la parte más alta de mi tejado. ¿Por qué me siento así? Bueno... por lo de siempre. Por mi capacidad innata de meter la pata; de hacer las cosas a destiempo; de no dar una en el clavo... porque no sé cómo me las arreglo para acabar siempre en el lugar equivocado y a deshora. Esa soy yo: la mediana de las tres hermanas Lucas.

Mucha gente cree que ser la segunda de tres hermanas es fácil. Estás en el medio, en una posición cómoda. No eres la mayor, de la que se espera que sea un ejemplo y que abra camino a las demás, ni la pequeña, por definición la rebelde o la consentida, o ambas cosas a la vez. La del medio es el recambio. La del banquillo. La suplente. Y en mi caso, como la diferencia con mi hermana mayor, Carol, es pequeña, la que hereda la ropa. Desde un punto de vista práctico, y si lo pienso desde la edad que tengo y como madre, es lógico que la ropa se herede entre hermanas. Si lo queréis dulcificar, hasta puedes decir que la compartes; pero no es verdad. La ropa la compran para ella y, después de que la use, te la dan a ti. Puede que eso hasta fuese «guay»

en Seattle, pero en Newhampton, donde yo vivo, es un fastidio. Por no hablar del hecho de que además de usada, la ropa siempre te llegaba fuera de temporada. ¿Nunca lo habías pensado? Heredar la ropa es ir por definición desfasada. Como mínimo un año. Muchas gracias.

Además del hecho de vestirte con ropa usada y fuera de temporada, lo cual te predispone a tener una baja autoestima ya que crees que no eres lo suficientemente buena como para que te la compren nueva, ser segunda tiene un elemento de presión añadido. Te conviertes en una superprimera si tu hermana mayor es un desastre. Y la mía lo es. Uno muy grande.

Una superprimera es una segunda a la que los padres le cargan consciente o inconscientemente el rol de la primera: es decir, tienes que hacer todo lo que se supone que tendría que haber hecho tu hermana mayor pero mejor. ¿Para qué? Para demostrarles que no han fallado. Bien, pues ese ha sido mi papel en la familia Lucas. Quizá de ahí vengan muchas de mis inseguridades. No sé... ¿Veis? De eso hablaba. Ni siquiera estoy segura de eso. Bueno, creo que me he ido un poco por las ramas y he olvidado un dato importante para que podáis comprender mi actual estado de ánimo: hace diez minutos que no paro de llorar. No entiendo por qué se le llama estado de ánimo cuando lo que menos tienes en momentos así es, precisamente, ánimo. Debería llamarse ausencia de ánimo. Da igual. Se llame como se llame no va a mejorar. Imagino que os estáis preguntando cuál es la razón de que me encuentre sumida en semejante desánimo. Sí, desánimo está bien. Pues la razón es simple: acabo de hacer uno de los mayores ridículos de mi vida.

De nuevo no es verdad. Se trata, sin lugar a dudas, del ridículo más espantoso que he hecho en TODA mi vida. Y he hecho unos cuantos. Incluso se podría decir que soy una experta en ridículos. La cosa viene de unas semanas atrás...

1

—**P**rimera pregunta: si pudieras elegir a cualquier persona en el mundo, ¿a quién invitarías a cenar?

—¿Vale gente que esté muerta?

—No sé... Supongo que sí, ¿no?

—Tú dirás... ¿Sí o no?

—Empezamos bien. No sé... Bueno, tú di a quien quieras.

—Está bien. A mi padre.

—¿Por qué?

—¿Esa es la segunda pregunta?

—No, pero por curiosidad... pero si no quieres, no contestes.

—Se murió cuando yo era muy pequeño y hay un montón de cosas que me gustaría contarle y preguntarle.

—**M**uchas gracias por las flores —dijo Diana de Gales—. No hacía falta. Además, casi te atropellan.

—Quizá fue un poco temerario, pero estando en París... me pareció un bonito detalle dejarlas en el túnel. Siempre he sido muy fan suya.

—Puedes tutearme.

—Perdone, pero se me hace raro. Prefiero así.

—Como quieras, Esther. Por cierto, yo también tengo una cosa para ti.

Diana sacó un ramo de novia precioso de un bolso Lady Dior.

—Lo iba a tirar en mi siguiente boda, pero como nunca se celebró... Me gustaría que lo tuvieras tú.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado.

—Cógelo. No seas tímida.

—Bueno, gracias.

—Así lo podrás usar en tu-tuu-tuuu...

Abro un ojo. El móvil no para de pitar.

—No, ahora no...

Es Laurita, mi hermana pequeña. Las pequeñas tienen tendencia a hacer lo que les da la gana. Eso creo que ya lo he dicho. Lo que no he dicho es que también suelen pensar que las hermanas mayores, sean primeras o segundas, siempre están disponibles. En mi caso he de confesar que tengo debilidad por mi hermana pequeña. Puede que se deba a que le llevo trece años y que tuve que hacer de canguro muchas tardes con ella, lo que hizo que compartiera un montón de momentos, o, simplemente, a que es muy simpática y risueña. No lo sé, pero le perdono casi todo. Bueno, la verdad es que a casi todo el mundo

le perdono casi todo. Ese es otro de mis problemas.

Me decido a coger el teléfono.

—Por Dios, Laurita, son las siete y media de la mañana...

—¿No te levantas a las seis?

—Pero hoy es mi único viernes libre del año.

Los músicos solo miran el calendario cuando tienen actuaciones. Gracias, hermana.

—Te cuento rápido y si quieres puedes volver a dormir.

—Estaba soñando con Diana de Gales... Me había regalado un ramo de boda y estaba a punto de decirme con quién me iba a casar.

—Sigues casada con David, tu exmarido. Perdón. Técnicamente no es tu ex porque no has vuelto a firmar los papeles del divorcio, ¿no?

—No.

—¿No? ¿O todavía no?

La gran pregunta. O una de las grandes preguntas de mi vida en estos momentos. No tengo la cabeza para semejantes cuestiones a estas horas. Llevo dándole vueltas casi dos años como para decidirlo ahora. Evito la cuestión.

—No me has despertado para eso, ¿me equivoco?

—Me voy de gira.

—Genial.

Evidencio mi falta de interés adrede como un pequeño castigo por el madrugón. Le da igual. Opto por seguir, a ver si así acabamos pronto.

—¿Cuándo?

—Dentro de media hora. Por eso te llamo. Hay un problema familiar y vas a tener que encargarte.

Me incorporo de inmediato. Y al contrario de lo que pasa en las películas, no consigo enfundarme las zapatillas nada más sacar los pies de debajo del edredón a pesar de dejarlas todas las noches perfectamente alineadas al borde de la cama. Sigo hablando mientras estiro un pie para darle la vuelta a una de las zapatillas, que no me explico cómo ha acabado al revés si cuando me acosté estaba en la dirección contraria.

—¿Qué problema?

El tono de Laurita no parece de alarma, pero eso no hace que me relaje.

—¿Le ha pasado algo a mamá?

Consigo girar la zapatilla.

—Sí.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué?

Me pongo de pie. Con el ímpetu le doy una patada a la zapatilla y sale disparada. ¡Ooooh!

—Explícate, porque me va a dar algo.

—El problema no es directamente conmigo; es entre papá y mamá. Están todo el día a la gresca. Es insoportable. Ya no puedo más. Me he buscado un grupo nuevo y nos vamos de gira a España. Que conste que antes he llamado a Carol, pero no lo coge.

A esto me refería con lo de que mi hermana es una primera fallida. Si fuera una primera-primera, no solo habría contestado la llamada, sino que se habría plantado en casa de mis padres y habría puesto orden. Ahora me toca a mí encargarme del problema. Como siempre.

—Pero si hasta hace nada se llevaban bien —comento extrañada.

—Pues ya no. Bueno, quedas informada. No le digas a mamá que te lo he dicho porque, si no, me va a freír a llamadas. Llámala y pásate a comer o llévala por ahí de compras para que te lo cuente ella...

—A lo mejor no lo hace.

—¿Mamá? No te lo dirá a las claras, pero no dudes que hará que te enteres. —Laurita se echa a reír—. Y de paso le echará la culpa a otro. Es su especialidad.

Me despido de Laurita y cuelgo. Peregrino en busca de la zapatilla, aprovecho y me meto en el baño. Oh, por favor, tengo un aspecto horrible. Esa hora de sueño que me ha quitado Laurita me ha echado varios años encima. Con pavor compruebo que se me empiezan a ver algunas raíces. Tengo que ir a ver a Rita. Me meto en la ducha. Me lavo la cabeza. No es que esté especialmente nerviosa, pero reconozco que me he preocupado. Me masajeo tanto el pelo con el champú que cuando me voy a aclarar parezco uno de los Jackson 5.

Después, algo más relajada, bajo a desayunar. Tengo tiempo, así que me preparo un desayuno tradicional completo. Con salchichas, tomate a la plancha, champiñones, alubias, huevos escalfados y beicon. Lo miro antes de empezar a comerlo. Parece una carita sonriente. Sí, lo sé: son 807 calorías, 63 gramos de grasas, 18 gramos de grasas saturadas y unos 4,5 gramos de sal. Soy enfermera. Pero no lo sé por eso. Mi amiga y compañera de trabajo,

Carminho, es la que aporta este tipo de datos a mi vida. ¿Quién si no? De acuerdo, no es lo más saludable del mundo, pero algo me dice que va a ser un día muy largo y voy a necesitar energía. Por último, me tomo un zumo de naranja. La vitamina C es importante.

Son las ocho y media cuando termino de recoger el desayuno. Me armo de valor y subo las escaleras para despertar a Patty. A media escalera me lo pienso mejor y doy media vuelta. Sigue enfadada conmigo, así que para evitar abrir hostilidades innecesarias le dejo una nota citándola a comer en casa de mis padres.

No sé qué le pasa. Antes nos llevábamos fenomenal. Las cosas se complicaron cuando se enteró de que su padre y yo no estábamos divorciados por un error jurídico. Ella quería que nos juntásemos. No puedo culparla por eso..., pero yo no sabía, y aún no lo sé, si eso es lo que quiero. Pensé que pasaría un tiempo enfadada para terminar aceptándolo, es una niña muy madura, pero lo cierto es que tras un viaje por el continente con mis amigas Rita y Doreen me encontré con una hostilidad frontal que continúa hoy en día. ¿Cómo me enfrenté a ello? ¿Con madurez? La madurez es un concepto demasiado amplio y poco definido. Yo, para lidiar con mi hija adolescente, prefiero la ayuda de las nuevas tecnologías: me creé una cuenta de Twitter con una identidad ficticia y me hice amiga suya. Lo sé, lo sé... no es bonito. Que conste que es legal. De todas formas, algo de mala conciencia sí que me dio. Mala conciencia y que no termino de aclararme con el dichoso programa y tuve miedo de que me descubriera, por lo que decidí alquilar los servicios de Joao, el hijo de mi amiga Carminho. Un adolescente de su misma edad aficionado también a los mangas y a todas esas cosas raras japonesas y muy ducho en cuestiones tecnológicas. Joao me informa y yo le pago. ¿Me informa de todo? Al principio estaba convencida de que sí, pero rápidamente se han ido haciendo muy amigos y empiezo a dudarlo...

Me subo en el coche y pienso a dónde ir primero. Miro el reloj. Nueve menos diez. Voy a casa de mis padres, pero cuando echo un ojo al retrovisor, esas raíces descoloridas de mi cabeza parecen reírse en mi cara y decido ir a Londres a ver a Rita. Primero el pelo y después los padres. No lo hago por egoísmo, sino por autodefensa. Conozco a mi madre y si me presentase tal y como estoy ahora, puedo imaginar perfectamente la conversación...

—Te estás abandonando. No sé cómo sales a la calle con esa pinta. Antes no eras así. Antes ibas siempre muy arregladita y mona.

Para mi madre las virtudes ajenas siempre pertenecen al pasado: ibas, fuiste, eras... Corrijo. Las virtudes de sus hijas siempre pertenecen al pasado. Las de otras personas son permanentes e inmutables.

—¿No has visto lo guapa que está la hija de Ann Lloyd? Nadie diría que tiene casi cincuenta años...

Bueno el «tiene casi» también se las trae, pero, por lo menos, Julia se lleva un piropo. Para Carol y, especialmente, para mí siempre ha sido el «tú antes...». Sin embargo, si hago memoria de mi niñez, también entonces era «tú antes...».

No quiero que me malinterpretéis, quiero mucho a mi madre. En serio, la quiero muchísimo. Si no, no podría soportarla. Y eso probablemente sea más de lo que diría mi hija de mí si alguien le preguntase por mí en estos momentos. No sé... Dicen que, aunque no queramos, terminamos pareciéndonos a nuestros padres. Si eso es así, ¿te toca lo mismo si eres hija única o se reparte proporcionalmente entre las distintas hermanas? No puede ser. Yo no me parezco a mi madre en nada. ¿O sí?

Pongo la radio. Comienza a sonar *Bad Girls* de Donna Summer. Qué buena era Donna Summer... Qué melenaza tenía... Creo que he tomado la decisión correcta yendo a la peluquería antes.

—Siguiente pregunta: ¿te gustaría ser famoso? Bueno, tú ya eres famoso.

—No. No me gusta la fama.

—Anda ya...

—Lo digo en serio.

—Pero si pudieras serlo de otra forma, imagínate... que conocieran tu nombre pero no tu imagen, ¿te gustaría? Es decir, ¿te gustaría alguna forma de fama?

—No sé... A ver... me gusta que si hago bien mi trabajo me lo reconozcan.

—Tú estás hablando de reconocimiento.

—Puede ser. El reconocimiento está bien. Ahora la fama... Pff... No. La fama está bien un día, pero no compensa.

Una hora más tarde estoy en un sillón con Rita dándole al pincel y devolviéndome a mi edad aparente mientras Rose deambula por la peluquería haciendo acopio de material para hacerle las manos a una clienta y Layla peina a una chica que va a ir a una boda.

—Entonces lo de la madre de Juanito y el...

—El señor Patterson —apunto.

—Ese. ¿Va en serio?

—Y tanto. Estamos las tres invitadas: Doreen, tú y yo.

—¿Qué necesidad hay de casarse a los setenta años? Por el amor de Dios, estamos en el siglo XXI.

—¿Porque se quieren?

—No me hagas reír... Hoy en día la gente se divorcia. Nadie se casa.

—Amén a eso —apunta Rose desde el fondo—. ¿Y sabes lo mejor? Los divorciados están deseosos de demostrar que siguen en circulación y te invitan a lo que quieras si creen que van a conseguir sexo sin relaciones posteriores.

—¿Tú haces eso? —pregunta Layla extrañada.

—Solo hasta la una y media o las dos... Luego me voy con alguno de veinte.

Layla menea la cabeza con disgusto.

—Pues a mí me parece muy bonito que se casen —añado.

—¿Te parece bonito festejar la monogamia? ¿Alardear de que no tienes más opciones? —replica Rita.

—¿Qué tiene de malo la monogamia? Perdona que te lo recuerde, pero

cuando te enteraste de que tu novio intentó acostarse conmigo...

—EXnovio —me corta Rita para matizar.

—¿No estás con él ahora?

—Solo cuando no tengo nada mejor.

Por un momento me quedo descolocada. Intentar seguir las relaciones sentimentales de Rita exige mucho esfuerzo. Hablando de esfuerzo. Tengo que llamar para que me arreglen una de las puertas de las alacenas de la cocina. Está medio suelta y cada vez que voy a coger un plato tengo que hacer un tetris para volver a dejarla en su lugar. Lo admito, no soy muy buena en fontanería, bricolaje y electricidad. Especialmente en electricidad, me da miedo. Imagino que con la potencia que tenemos no te vas a quedar frita de un calambrazo, pero me impone. Quizá sea un miedo irracional, pero mi madre siempre nos contaba la historia de un niño que había muerto electrocutado por meter un bolígrafo en un enchufe. No sé si fue verdad o es la típica historia inventada para asustar a los niños. Verdad o ficción, en mí funcionó y sus efectos han perdurado hasta hoy.

Vuelvo a la conversación.

—Entonces ahora no estás con nadie, ¿no? ¿O sí? Pregunto porque no sé en qué punto está vuestra relación.

—Estoy en un paréntesis... Me estoy replanteando cosas.

—¿Qué cosas?

—Los tíos.

—¿Así, en general, o los italianos en particular?

—Los gilipollas en conjunto.

—Ya... pero Marco sigue yendo a dormir a tu casa.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mujer, Rita...

—Bueno, mira... ¿Hoy quieres salir con nosotros o prefieres ir de divorciados salidos con Rose?

—Puedo llamar a Dicky Dick y que avise a algún amigo.

—¿Dicky Dick? —replica Rita mientras arruga la nariz—. No me expliques por qué.

—Se llama Richard Dickson. No es un apodo. Aunque hace honor a su nombre.

—¿Qué clase de padres le ponen a su hijo un nombre como ese? —insiste Rita.

—Déjalo. Esta noche nos vemos. Por cierto, ya que estamos, ponme pestañas.

Rita se queda muda. Mira a Rose y abre la boca.

—Deja de hacer el idiota. ¿Tan raro te parece?

—Esther Lucas, tienes cuarenta años. Por más dinero que te gastes no vas a poder volver a los treinta.

—*Let it go! Let it gooooo!* —canta burlona Rose.

Inexplicablemente, Layla se une al cántico. Mientras las clientas se ríen.

—Ooooh, ya vale... Por favor...

No se detienen. Peor aún, parece que mi queja las haya jaleado.

Regla número uno de la vergüenza: si algo te molesta, no lo demuestres. Muérdete la lengua, grita en silencio, insulta entre dientes mientras sonríes, pero nunca, nunca, lo demuestres o estarás perdida. Yo, por desgracia, a pesar de tenerla bien presente, casi nunca la cumplo. Soy como un libro abierto. Uno que Rita conoce muy bien, por mucho que intente forrarlo con papel de colores.

Por fin termina el número musical con los aplausos de las clientas. He de reconocer que Layla canta particularmente bien. Trato de no parecer una persona sin sentido del humor y me sumo al aplauso. Intento retomar la conversación.

—No es por eso.

—Entonces es que has quedado con alguno de tus príncipes de Gales, porque las pestañazas, querida, cuestan ochenta libras. Y la broma va a ser considerable aun contando con que te haga la rebaja de amiga reencontrada.

Los príncipes de Gales de los que habla Rita no son otros que Juanito Wowden, mi amor de juventud, y David, mi no exmarido. Los llama así porque en mi fiesta de cuarenta cumpleaños ambos aparecieron vestidos como Carlos de Inglaterra en la famosa foto promocional del noviazgo real. No es que sean raros, es que fue un cumpleaños temático de Diana de Gales.

—He quedado con Juanito mañana. Aunque no la veo, sé que Rita está sonriendo con suficiencia. No me aguanto y alzo la cabeza para cerciorarme. Ella, que esperaba mi reacción, enarca varias veces una ceja y sonrío burlona.

—Yo no soltaré al italiano, pero tú no dejas de dar vueltas alrededor de Juanito.

—Porque somos amigos...

—Y porque vives en la eterna duda. No tomas decisiones. No actúas no

vaya a ser que pase algo.

Sin venir a cuento se pone a fingir que es una periodista.

—¡Es la señora de Juanito Wowden, el famoso entrenador!

Para inmediatamente pasar a imitarme exagerando la composición.

—No soporto a los *paparazzi*... —Posa delante de una cámara imaginaria —. ¿Aquí va bien? Dos fotos y os vais. No me saquéis papada.

—¡No tengo papada! —protesto.

¿O sí? El inconsciente me delata cuando me sorprendo echándome la mano al cuello para cerciorarme. Y no. No tengo.

—Aún, no —matiza Rita maligna—. Pero todo llegará... —Alarga una estudiada pausa—: Salvo que te cases con él, te sometás a un montón de carísimas operaciones de cirugía plástica en Los Ángeles que te dejen inexpresiva y luego sonrías así... —dice mientras termina la frase con los labios separados y las mandíbulas juntas en una siniestra mueca digna del Joker.

La visión es aterradora. Rita aprovecha para coger aire y seguir como una ametralladora.

—Porque todo se puede arreglar menos el cuello. El cuello es el termómetro de la edad. Puedes intentar estirarlo todo lo que quieras, pero enseguida se nota. Y de nada sirve todo lo que te hayas hecho en el resto de la cara. El cuello, ese amasijo de piel traidor y cobarde, te delata con su caída o sus arrugas. Y dicho esto, me voy a poner con las pestañas. Te voy a colocar unas pestañazas como dos abanicos. Aire se va a levantar cuando pestañees. Juanito mejor que venga con cera en el pelo.

—Qué exagerada eres —sonrío.

Está loca, pero me encanta.

—A ver, Esther, sé sincera y olvida por un segundo a la cooperante que llevas dentro: ¿no te gustaría ser famosa como la Beckham?

—Yo no soy modelo ni cantante, Rita. Victoria Beckham ya era famosa antes.

—Vaaaaleeee. Pues como una de esas escuálidas de *Footballers Wives*.

—¿La verdad?

Rita asiente.

—Así no.

—¿Entonces de qué forma?

—En realidad, de ninguna. ¿Y tú?

—Yo, sí. Sin ninguna duda. Famosa y de las de posado en Ibiza para inaugurar la temporada en *Hello!* No te preocupes, te invitaría a mi yate.

Hora y media después salgo de la peluquería con un aspecto fabuloso. Me siento como una modelo. Me ha salido un poco caro, y eso que Rita solo me ha cobrado sesenta libras por las pestañas, pero creo que ha valido la pena. A veces ir a la peluquería puede tener los mismos efectos terapéuticos en la autoestima que ir al psicólogo; solo que en vez de hablar de ti, comentas la actualidad o te enteras de los cotilleos.

Ser famoso... No. No es para mí. Admito que he fantaseado con ello muchas veces de niña, ¿quién no? Pero ahora, tras haberme estrenado en las páginas de *The Sun* como la «desconocida amiga de...», os juro que prefiero la intimidad. No me importa hacer cola en un restaurante. Creo que más importante que la fama es el reconocimiento. El reconocimiento, aunque también pueda tener un aspecto público, lleva implícitas otras connotaciones. Para ser sincera: nadie que tenga reconocimiento sale en portada de un tabloide a no ser que lo pillen *in fraganti* con algún famoso.

—**A**ntes de hacer una llamada telefónica, ¿ensayas lo que vas a decir?

—No... ¿Ensayarlo? Qué va... Ni de broma. Qué clase de pregunta es esa...

—¿O sea que nunca has preparado una conversación?

—En alguna ocasión puedo plantearme de qué va a ir, pero eso no es ensayarla... No. Eso nunca. Eso solo pasa en las películas.

—No creas.

—¿Tú las ensayas?

—No estamos hablando de mí.

—Esther...

—Tú no conoces bien a mi familia.

Me preparo mentalmente para hablar con mi madre. Hablar con mi madre es un arte. No lo digo porque no se le entienda o algo así. No, no es eso. Es más parecido a montar un toro mecánico de esos que estuvieron de moda hace un montón de años y que había en algunas discotecas por la película aquella que hizo Travolta y que no recuerdo cómo se llama. Me explico. La dificultad de hablar con mi madre reside en poder llegar a decirle lo que quieres decirle, porque, de un tiempo a esta parte, no te da opción a meter una palabra. O si te la da, es un mero trámite que apenas dura unos segundos y en los que tienes la sensación de que, honestamente, le está dando exactamente igual lo que puedas contarle. Mis hermanas lo manejan mejor que yo. A mí me cuesta horrores. En fin, vamos allá...

—Hola, mamá...

—Hola, Esther. ¿Pasó algo?

—No. ¿Por qué?

—Como llamas tan temprano.

Cierto, suelo hablar con ella a la hora de comer o después del trabajo. No lo había pensado.

—No. Es que...

—Porque últimamente no sé qué pasa pero hay un montón de gente de tu edad enferma.

Ya estamos. ¿Qué dije? No puedo ni terminar la frase.

—Mamá...

—Sí, sí... Sin ir más lejos, el otro día me encontré a Ellen Colan y a su marido, Eugene, ¿no te acuerdas de ellos?

—Ni idea. Pero yo te llamaba...

Como si le importara. Ya enganchó.

—Sí, mujer, que él trabaja en el Foreign Office. Ellen siempre decía que no se iban a vivir fuera porque a ella le daba pánico volar... ¡Ja! Tú crees que yo me chupo el dedo. Yo no digo que no trabajara allí, pero un puestazo no tenía. Seguro que trabajaba en oficinas, que no está mal, y vas que chutas. Pero ya sabes cómo es ella... siempre tan displicente...

Eso debe de ser cosa del agua de la zona, pienso. Mientras ella sigue, yo aprovecho y le envío un WhatsApp a Carminho. Dios bendiga al inventor de los *smartphones*.

Esther: ¿Cómo se llamaba la película en la que Travolta bailaba y...?

A media pregunta me doy cuenta de lo estúpido que es empezar preguntando por el título de una película de Travolta en la que baile. Borro el final y sigo.

Esther: ¿Cómo se llamaba la película en la que Travolta montaba un toro mecánico en una discoteca?

Al instante me contesta.

Carminho: Los días libres no son para malgastarlos. Cambia de vida.

Esther: En serio. No me acuerdo.

Carminho: ¿Conoces Google?

Vale. Esa es una pequeña puñalada. Tiene razón. En mi descargo puedo aducir que yo vengo de una generación en la que estas cuestiones se solucionaban a base de memoria de algún conocido o te pasabas horas con el clásico... «Cómo era... Sí, sí... Lo tengo en la punta de la lengua... Espera, espera... No digas nada que ya me acuerdo...». Pero yo, hoy, no me acuerdo.

Esther: Vale.

Y cuando me dispongo a abrir Google mientras mi madre continúa divagando sobre gente a la que le he dicho que no conozco y que ella se empeña en decir que sí, me llega un nuevo mensaje.

Carminho: *Urban Cowboy*.

¡Esa era! Ya sabía yo que se acordaría...

Carminho: Canciones... *Looking for Love* de Johnny Lee, o una versión de *Stand by Me* que también fue número 1. También tenía *The Devil Went Down to Georgia* de Charlie Daniels Band y una de Linda Ronstadt. ¿Te ha dado por la música *country*?

De repente, de fondo, oigo...

—... y la trataron fatal. Yo no sé qué pasa con la sanidad en este país. Bueno, ¿entonces tú estás bien?

Eso es la señal de que la conversación se va a acabar. Dejo a Carminho sin respuesta. Es ahora o nunca. Me lanzo como una ametralladora.

—Sí. Tengo el día libre...

—¿No te habrán despedido o algo? —me corta.

¿Por qué siempre tiene que pensar que hacemos algo mal o que escondemos cosas? Estoy a punto de responder, pero no. Me llevaría a su terreno. Ya hemos jugado este partido muchas veces, madre... Hago un esfuerzo sobrehumano y sigo con mi estrategia.

—Estoy en Londres. ¿Vamos de compras? ¿Sí o no?

Hay un momento de silencio. Algo inusitado. Te tengo. Sonrío.

—Bien. Y ya me cuentas...

Sigue pensando que le oculto algo, pero me da igual.

—¿Dónde quedamos? —pregunto.

—En el Royal Opera House dentro de una hora. Así aprovecho para comprar unas cosas.

—En una hora.

Para evitar cualquier interferencia más, cuelgo. Vuelvo al WhatsApp. Carminho ya se ha desconectado. De todas formas le contesto. Es lo mínimo.

Esther: No. Era por otra cosa. Hablamos. Gracias, Google. 😊.

Tengo tiempo para tomar un té y buscar aparcamiento con calma. ¡Genial!

A pesar de la hora, consigo aparcar fácilmente. Es viernes por la mañana: un día complicado para ir de compras al centro de Londres. La recojo y me lleva hasta el 168 de Drury Lane. Empiezan las sorpresas.

—¿Dancia? ¿Qué estás buscando?

—Una malla de baile.

No he oído bien.

—¿Has dicho una malla de baile?

—Sí. Qué tiene de raro. Tú te has puesto esas pestañas que pareces un pavo real y yo no te dicho nada.

No es verdad. Lo acaba de decir. Yo a eso lo llamo insulto en 3D. Te digo que podría decirte algo, y de hecho te lo estoy diciendo, para a continuación negarlo dejándolo en el terreno de las hipótesis. No, querida. Eso no es cierto. No es una acción. Una acción puede ser hipotética, una opinión es real desde el momento en que se formula. ¡Me lo has dicho! La herida que me has hecho es real aunque la piedra que hayas tirado sea virtual.

—¿Qué? —me sale como un graznido.

—Se te notan un montón. Demasiado. Pareces esa cantante...

De quién habla.

—Sí, la que se murió...

¿Janis Joplin? Necesito un comodín o esta conversación me va a llevar horas. Por suerte mi madre nota mi cara de desconcierto.

—La que llevaba el peinado de nido de abeja.

¡Vale!

—Amy Winehouse.

—Esa.

—Pues a mí me parece que me quedan bien.

—Si yo no digo nada... Allá tú... Hay gente a la que le encanta llevar un jarrón en la cabeza.

Para no decir nada le ha quedado poco por añadir.

Resultado: Mamá 1. Esther 0.

Vuelvo a la carga.

—Tú no bailas... No bailas en mallas.

—Ahora sí. Y también necesito un pantalón.

—Eso me parece más razonable. Podemos ir después aquí cerca... Hay...

—Un pantalón para bailar salsa.

—Pero, mamá, tienes...

Esther, para. Vas a meter la pata. Intenta arreglarlo.

—Tienes... ¿Tienes bien las articulaciones?

Peor.

—¡Claro que sí!

—Mamá, sabes que con la edad la densidad de los huesos disminuye...

—Pareces un anuncio de yogures. ¿Me estás llamando anciana?

—No, yo...

No llego a terminar la frase.

—Además, qué crees que bailo, ¿*break dance*? Tranquila, no me estoy preparando para entrar en *Diversity*. Bailo jazz y salsa.

Me quedo como si me hubiera mirado la Medusa. Lo he intentado, pero no he podido controlar mi reacción.

—¡No me mires así!

—Así, ¿cómo?

—Arrugando la nariz como si entraras en un urinario público. Los

pantalones de salsa son muy bonitos. Estilizan el largo de las piernas, dan continuidad de color a la mitad del cuerpo...

¿Qué demonios es la continuidad de color?

—... destacan el vientre si son de tiro bajo...

¡Ah! Se refiere a que es la mitad del color que llevas puesto. Uff...

—Y lo mejor es que no tienes que preocuparte por la ropa interior. Nada de *shorts* como con las faldas. En los giros se te puede ver todo —puntualiza.

Vale. He metido la pata. Ya no hay quien la pare.

—Que sepas que el médico me dijo que estaba muy bien...

... para mi edad. Me conozco la canción de memoria.

—... para mi edad —apostilla.

¿Qué dije?

—Te voy a decir una cosa: Catlin Jones, que es *esthéticienne*, me paró el otro día en la tienda de Maggie y me dijo que tenía una piel maravillosa. Sin manchas. Y eso que a mi edad... Acuérdate de tu tía...

A quien como que no quiere la cosa le acaba de dar una patada en la cara con ese comentario casual. Continúa...

—Mira... No te lo pensaba decir porque sé cómo eres de sensible, pero me dijo...

Ya estamos. Ahora me toca a mí el chaparrón.

—Ay, señora Parsons, qué piel tiene... es mejor que la de sus hijas...

No se lo cree ni ella. Y que conste que mi madre no está mal para su edad. ¿Qué hago? ¿Me enzarzo en una discusión estéril o lo dejo correr sin más? A punto estoy de liarme la manta a la cabeza y ponerme a discutir. Una cosa es que se eche flores o, bueno, vale, vamos a admitir que sea cierto, que lo dudo... y que efectivamente Catlin Jones se lo haya dicho; y otra, muy distinta, que sistemáticamente cada vez que destaque alguna de sus virtudes sea a costa de señalar defectos de sus hijas. ¿Por qué no puede ensalzarse sin más, como casi todo el mundo? Me crispa los nervios. Es como si cada vez que un corredor ganase una carrera dijese: «Hola, he ganado. Y vosotros, todos vosotros, que sois unos perdedores, merecéis haber pasado toda la competición viendo mi trasero por lentos». Por favor... Eso no se hace.

Respiro hondo y cuento hasta diez. A la altura de cinco vuelvo a recordar que estoy allí para tratar de averiguar qué le ocurre con Ted y no para discutir. Hago como que no he oído nada y sigo con la conversación.

Resultado: Mamá 2. Esther 0.

—No sé... Es que ni siquiera sabía que te había dado por hacer ejercicio.

—Pues no solo me he apuntado a baile; también a expresión corporal y a clases de arte.

—¿Y Ted?

—¿Ted, qué?

La he descolocado. Bien por mí. A ver cómo saco el tema sin que parezca una pregunta directa.

—¿Ted no necesita nada...? Para el baile, me refiero.

—Ted no baila. Últimamente no hace otra cosa que dormir, ir al *pub* y meterse con la gente. Estoy empezando a plantearme seriamente pedir el divorcio.

—¿Qué?!

No puede ser cierto lo que estoy oyendo. Ted es un hombre increíble. Es verdad que cuando murió mi padre me costó aceptar que mi madre pudiese tener una nueva pareja, pero Ted demostró ser un hombre cariñoso, bueno y un padre excelente cuando mi hermana Laurita me arrebató el título de pequeña de la familia. Y no solo eso: sería injusto por mi parte negar que también ha sido como un segundo padre para mí. Ha estado siempre a mi lado apoyándome cuando las cosas iban bien y, sobre todo, cuando fueron mal. No. Aquí hay algo raro.

—Hace nada estuvisteis en mi cumpleaños y no había ningún problema.

—Lo había, lo que pasa es que yo no quise discutir en público. Soy una señora. Lleva una temporada intratable, no sé si será la edad o qué, pero es imposible hablar con él sin discutir. Ah, mira, allí están las mallas...

Tengo que oír la otra versión.

—**P**ara ti, ¿cómo sería un día perfecto?

—Menuda pregunta. Supongo que depende del día... En tiempos te habría dicho que un día en que marcase un *hat-trick* en un estadio lleno de gente, pero hace tiempo que me convencí de que eso no iba a pasar así que... Un día perfecto... Supongo que es un día en que simplemente no haya nada raro. Que mi madre esté bien, que vaya a entrenar al equipo y que los chicos respondan... Que discuta con la estrella porque ha salido y se ha emborrachado la noche anterior... Que diseñe una buena pizarra para el siguiente partido y, después, quedar con alguien que aprecie y cenar en un buen restaurante. ¿Ha sonado muy simple?

—Ha sonado muy tú.

Tras dejar a mi madre en el centro, donde ha quedado con unas amigas para ir a ver una exposición, me vuelvo a Newhampton para ver a Ted. Durante el camino intento llenarme de optimismo. Las compras con mi madre me han dejado exhausta. Estar con ella se ha convertido en los últimos años en un permanente y silencioso combate de boxeo y necesito llegar lo más fresca posible porque, lo admito, me ha condicionado. No es que me haya predispuesto en su contra, pero sí me ha hecho perder ecuanimidad. Tiene esa rara habilidad.

Enciendo la radio. Noticias. Uff... No tengo la cabeza para otro debate sobre el Brexit. No. No. No. Necesito un poquito de banalidad. Algo positivo, alegre e intrascendente. Aprovecho un semáforo para buscar entre los CDs. Sí, ya sé que existe Spotify, e incluso lo tengo en el teléfono, pero lo que no tengo es uno de esos adaptadores... Un poco por desidia y un poco por hábito de escuchar la radio en el coche o poner compactos. Soy animal de costumbres. Y mi hija añadiría: «Y una persona mayor». Que conste que prefiero lo de mayor a mediana edad... No puedo con eso. Suena a disculpa. Lo que más me gusta es adulta. Lleva implícito el concepto de madurez, ¿no?

Finalmente doy con algo apropiado: *Another Sunny Day* de Belle and Sebastian. Lo pongo y ocurre el milagro, me invade esa extraña sensación que presagia los días especiales. Es uno de esos momentos en que parece que el tiempo va más despacio y los segundos se alargan. Puede que sea el inhabitual sol que calienta más de lo esperable o la parte de la canción que dice: «Hay algo en mi ojo, un mosquito pequeño, que me distrae. Sacrifica su vida para que nos crucemos las miradas», que suena de fondo y que parece

haber sido compuesta para ir en coche un día como este.

Inciso. Está mal que lo diga, pero el cambio climático está mejorando el clima de la isla. De acuerdo, no es el sur de Francia, pero tampoco es Lluvialand como en mi niñez. Sigo.

Me salto el final de la canción. Me parece una faena y no quiero que me estropee el momento. Cuando llego a la casa, no hay el más mínimo movimiento fuera: me extraña porque son cerca de las once. Entro.

Me lo encuentro en bata desayunando. Es extraño. Ted suele ser un gran madrugador.

—Hola...

—Qué sorpresa —responde con sonrisa de recién levantado.

Al contrario que mi madre, Ted es una persona a la que le gusta ir al grano. Así que voy a intentar ser lo más directa que pueda sin resultar ofensiva.

—He estado con mamá... No sabía que se había metido en baile.

Ted asiente sin contestar. Creo que está valorando por dónde pretendo ir. Me dejo de circunloquios.

—¿Por qué no vas con ella?

—¿Qué respuesta quieres?

Eso no presagia nada bueno.

—La más completa posible.

Miro el reloj. Mi madre aún está en Londres. Vamos a comer a la una y media.

—Tenemos una hora y media antes de comer.

Ted se termina la tostada antes de contestar.

—De acuerdo.

Cuarenta minutos más tarde estamos tomando sendas cervezas en el Lamplighter, un *pub* cercano.

—Tú antes siempre madrugabas... —suelto a bocajarro.

Ted respira hondo.

—¿Tú por qué crees que es?

—Ni idea. ¿Tienes algún problema médico?

Le digo eso porque cuando nos hacemos mayores se hacen patentes las diferencias fisiológicas entre hombres y mujeres. Sobre todo después de la menopausia y la andropausia. Ellos tienen frío, nosotras calor... Esas cosas... Hablo, claro, en términos generales. Cada persona es un mundo. Y mi madre, dos.

—No tienes que darme los detalles. Si prefieres hablar con Kerry...

Lo sé. Estoy poniendo el parche antes de la herida.

Por mi experiencia como enfermera sé que a la mayoría de los hombres de la generación de Ted (y a algunos de la mía) les da no sé si vergüenza pero sí reparo contar según qué cosas a una mujer. Es un pudor absurdo, pero real.

—Es por no discutir —responde Ted mientras da un generoso trago a su cerveza.

—¿Cómo por no discutir?

—También me echo la siesta. Como los españoles.

—Perdona, no entiendo...

Y no es una forma de hablar. No sé a dónde quiere llegar.

—Menos horas de coincidencia, menos horas para discutir.

Estoy sin palabras.

—Desde hace un tiempo, cualquier cosa le vale para montar una discusión. Yo me estoy haciendo mayor... Voy más lento. Tengo otro ritmo. No me apetece hacer tantas cosas. Me canso... Ella está más activa. Me alegro por ella. Pero no puedo seguirle el ritmo. Y como no puedo ir a su velocidad, se enfada... Por eso y por otras cosas...

Acabáramos.

—O sea que... —busco una palabra— hibernas.

—Es una forma de expresarlo.

—¿Tomas la medicación de la tensión y del corazón?

—Hoy me he olvidado. Por un día no pasa nada.

Sí, si eso es verdad y es un solo día...

—Soy enfermera. He oído eso mil veces y novecientas noventa y nueve es falso.

Se encoge de hombros y se acaba la cerveza.

—¿Quieres otra?

—No. No me gusta mucho como la tiran aquí, pero es barato y está cerca. No cambies de tema. Papá, no puedes hacer eso. Estás jugando con tu salud.

No me responde. Le hace un gesto a la camarera para que ponga otras dos. Dirá lo que quiera, pero de convivir con mi madre, se le han pegado algunas cosas.

—Y estas tíralas bien... —le suelta a viva voz—. Que porque te paguen poco no tienes por qué hacer tu trabajo con desidia. Las anteriores parecían mead...

Le tapo la boca antes de que complete la frase. Es tarde. La ha oído y el resto de la gente que estaba en el *pub*, también, con las consiguientes risas ampliando la onda expansiva de la faltada. Suerte si no nos escupe en la bebida.

—¿¿Qué haces?! ¿Por qué le has dicho eso?

—Es la verdad. Tú lo has dicho antes —dice sin el menor atisbo de arrepentimiento.

—Era un comentario sin importancia —grito en voz baja.

Ted se calla y suspira con aburrimiento. ¿Eso quiere decir que me parezco a mi madre? Lo pienso una décima de segundo. No. Ha dicho en público algo que debería haber quedado en el ámbito privado. No solo ha traicionado mi confianza, sino que además ha sido grosero con una chica que solo hace su trabajo. Me parece que estoy ante un problema de mayor envergadura del que había pensado.

—Al llegar a casa te tomas las pastillas, ¿estamos?

—Muy bien.

Asiente con una mueca de aburrimiento como quien le da la razón a un tonto.

La chica llega con las cervezas y una cara de enfado que le llega hasta los pies. Para intentar arreglar el entuerto pongo la mejor de mis sonrisas.

—Gracias. No le hagas caso. ¿Me cobras?

Mientras saco el dinero, la chica mira a Ted desafiante. Es una camarera de *pub*. Lidia a diario con toda clase de fauna y conseguir enfadarla no es tarea fácil. Probablemente la haya cogido por sorpresa por ser una hora tan temprana. Las ordinarieces, las bromas de mal gusto y las barbaridades suelen empezar a partir de las siete, cuando la gente lleva varias rondas, no antes de comer. Ted le mantiene la mirada sin pestañear. Ha sido policía toda su vida y no es fácil intimidarlo. Estoy ante un auténtico duelo de miradas. Para zanjar el tema a la mayor brevedad, le doy un billete de veinte y le digo que se guarde el cambio. Suelta un gracias levantando solo medio labio y se va con una cara de desprecio como pocas veces he visto. Por su parte, Ted permanece impertérrito como solo Bill Murray y él saben hacer.

—Le he dado un propinón.

—Porque has querido.

Me levanto.

—Te lo pienso cobrar. Vamos.

Se levanta y echa una mirada a su alrededor. Se queda parado un instante. Me pongo en alerta.

—¿Qué pasa?

—Mira que hay gente fea en el mundo —dice elevando el tono.

Oh, Dios... Nooooo...

—Merecían que los detuvieran.

—Ted, por Dios.

—Es verdad.

—Vámonos ya —le digo mientras literalmente tiro de él para que salga—. Aún vas a conseguir que nos partan la cara.

Había pensado ir a comer a casa de mis padres. Pero he cambiado de idea. Ya he tenido suficiente por hoy, menuda mañanita. Dejo a Ted en casa. Me excuso con mi madre de forma torpe y me preparo cualquier cosa al llegar a la mía.

Algo más tranquila, subo a ver la habitación de Patty. Como era de esperar, compruebo que ha dejado la cama sin hacer, estoy segura de que no lo hace por vagancia, sino para desafiarme. Sabe que odio las camas sin hacer. No puedo con ellas. Me supera dormir en una cama que no se haya hecho. Obviamente la hago. Mientras estoy sacudiendo el edredón, una idea viene a mi mente. Dejo todo y abro el armario de Patty para mirarme al espejo.

Cómo puede decir que parecen las colas de un pavo real. ¡Qué mala idea!

Suena mi teléfono, que, cómo no, he dejado en la cocina. Llego por los pelos. Es Carol.

—Hola... —digo con la respiración entrecortada por el carrerón.

—¿Sabes algo de Laurita? Tengo tres llamadas suyas y no me lo coge.

—Ha cambiado de grupo y se ha ido de gira a España. Era para ver si te podías pasar por casa de mamá.

—¿Qué le pasa ahora?

—Ella y papá han entrado en una fase complicada.

—Son mayores.

Gracias, hermana, por nada. Qué gran conclusión: son mayores. Me huele que se va a sacudir el problema de encima con la misma facilidad con la que ha llegado a tan elaborado diagnóstico. Asumo que esta, como tantas otras, me cae a mí.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien... Tranquila. Zen. Me está sentando bien lo de vivir sola una

temporada.

No sé qué pensará san Kerry, su marido, de este nuevo episodio de la parábola de la esposa pródiga. Ojalá todo acabe como en la Biblia, y ella vuelva al hogar y sean una familia feliz, o aparentemente feliz, como antes. Esta tierra de nadie tampoco puede mantenerse eternamente por mucho que sea mejor que la huida hacia delante en la que se había embarcado cuando su matrimonio entró en crisis. Tarde o temprano va a tener que tomar una decisión o alguien la va a tomar por ella. Y sí, lo sé. Sé que tiene gracia que sea yo la que diga esto porque llevo en un limbo sentimental desde que Juanito reapareció en mi vida.

—¿Te apetece cenar mañana? —suelta Carol sacándome de mi ensimismamiento.

—Mañana no puedo. He quedado con Juanito.

—Ah, Juanito... —dice con calculado énfasis.

Sé que lo hace para tomarme el pelo y sin mala intención, pero me debe una por lo de esta mañana así que...

—¿Por qué no vas a ver a tus hijos?

Justo cuando termino la frase tengo la irremediable sensación de que me he pasado.

—He quedado hoy con ellos.

Me está bien merecido.

—Bueno, quedamos uno de estos días... —intento aparentar normalidad, pero no me sale y creo que se me nota el rubor por el móvil— y te cuento lo de papá y mamá.

Quiero colgar cuanto antes.

—Vale. Saludos a Juanito.

Carol cuelga y yo me siento un tanto miserable. Muy bien, Esther.

El teléfono vuelve a sonar. Me lo va a restregar y me lo tengo merecido, así que empiezo yo para acabar cuanto antes.

—Lo siento, ¿vale?

—¿Qué sientes?

No es Carol; es Juanito. ¿Recordáis el sonido de la aguja de un tocadiscos cuando accidentalmente le pegas un golpe y atraviesa todo el disco en línea recta? Pues eso.

—¡Juanito!

Tampoco ha sido muy original, ¿verdad?

—No me digas que no vas a poder quedar mañana...

—No, no, no, no, no... qué va...

Demasiados nos. Me sobraron por lo menos dos.

—Estaba hablando con Carol y creí que...

No te pongas a contarle tu vida... No le interesa. Céntrate y sal de este lío.

—¿Algún problema? —interrumpe.

—Nooooo... Nooo... Nada...

Demasiadas oes. Ha sonado muy falso. Corta. Estás quedando peor que fatal.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué querías?

Acaba de salir la dependienta que llevo dentro. Solo me faltó decir: «Y rapidito que no tengo todo el día».

—Era por saber si te importaba que te diese las invitaciones de la boda para Rita y Doreen. No tengo sus direcciones y seguro que tú las ves antes... A Doreen, fijo —se ríe.

—Ah... ¿eso? Claro, claro...

—¿No les parecerá mal?

—Claro que no.

Me paso el pelo por detrás de la oreja tres veces.

—Es que ando con bastante lío organizándolo todo...

—Lógico. No te preocupes. Yo me encargo.

—Gracias, Esther. Bueno te veo mañana por la noche. ¿Dónde te apetece cenar?

Me dan ganas de decirle en el restaurante del segundo piso de la torre Eiffel.

—Donde quieras. A ser posible lejos de zonas con parejas peleándose.

Se ríe. Me viene a la mente Diolinda. No he sabido nada de ella desde que su exnovio le pegó a Marco. Tengo que llamarla un día.

—De verdad, me da igual. Donde te apetezca.

Muy bien. Has recuperado el control. Ya no parece que tengas trece años.

—Pienso en algo —dice dando la conversación por terminada.

—Hasta mañana entonces.

—Adiós.

Cuelga. Al final no ha ido tan mal, ¿no...? Voy a lavarme la cabeza. Me da igual que sean las cuatro de la tarde.

—Esta es buena.. ¿Cuándo fue la última vez que cantaste a solas?

—No... No canto a solas... Ni a solas ni en la ducha.

—¿Y en los vestuarios? Los futbolistas hacéis esas cosas.

—Son más consignas o, yo qué sé, partes de los himnos de los clubs o cosas así... Sobre todo los jugadores cuando ganan... Cantan en la ducha...

—No quiero imaginar eso.

Juanito se ríe.

—¿Y para otra persona?

—Esther, tú sabes que canto fatal. No tengo oído. Y odio los karaokes.

—¿Y qué haces con los himnos?

—Te voy a contar un secreto: solo muevo los labios.

—*F*riday, Friday, gettin' down on Friday... Everybody's lookin' forward to the weekend... Partyin', partyin'... Yeah!

¡Dios mío, no puede ser!

—Rita, ¿estás cantando la canción de Rebecca Black? —le digo mientras separo el teléfono de la oreja antes de que me deje sorda.

—*Fun, fun, fun, fun... Lookin' forward to the weekend...*

—Estás fatal.

—Recógenos en casa a las ocho. Tienes que estrenar esas pestañas y yo quiero beber.

—¿Y yo no puedo beber?

—¿Quieres tener resaca y cara de zombi cuando veas a Juanito?

Tengo que dejar de contarle todo.

—Ya no tienes veinte años, Esther Lucas. Tu factor de recuperación alcohólica ha disminuido considerablemente al pasar la barrera de los cuarenta. Mínimo dos días. Habla la voz de la experiencia. Lo de me levanto, me bebo un litro de zumo y como una rosa pertenece al pasado. Tú, hoy, una copa, y después agua o refrescos. Piensa en tu hija...

Si pienso en mi hija, me tomo tres. Un segundo, rebobina. ¿Recogernos...? ¿Nuestra vida...? Tanto plural me escama.

—Espera, ¿quién más viene?

—Marco. No quiero comentarios.

Tres horas más tarde y tras cenar en Hummus Bro, hummus con pollo y guacamole, ensalada griega y limonada de menta, nos vamos a un *pub* cercano. Estamos de pie junto a una mesita alta. Nos hemos tomado sendas

pintas. Estas bien tiradas, no como la de esta mañana. De fondo suena una canción que forzosamente se tiene que llamar *Frankie Sinatra* o *Frank Sinatra* por la cantidad de veces que lo repiten. Ni idea del grupo. Es alegre. Hasta estoy tentada de sacar el móvil y abrir el Shazam para ver de quién es.

—¿Otra, *caras*? Invito yo.

—Yo sí —digo.

—Ni caso. Para ella una Zero. Ya has cubierto el cupo de la noche —objeta Rita.

—Hablaste de copas. Dos pintas equivalen a una copa.

—¿Dónde te dieron el título de enfermería? ¿En Magaluf?

Le hago una seña a Marco, que confirma mi determinación. Se va a la barra.

—A lo mejor hoy le concedo una tregua —suelta Rita con una media sonrisa pícaro mientras lo sigue con la mirada—. Ese culo merece un indulto de vez en cuando. Depende de cómo se porte a lo largo de la noche.

Yo también miro y me río. Mi mirada se cruza con la de un grupo de chicos de unos veintitantos años que están en la barra. Rita también repara en ellos.

—Soy yo o nos están mirando —digo.

—Nos están mirando.

—No puede ser. Son unos niños...

Rita me mira dándome un repaso y asintiendo.

—Y tú para ellos eres una MILF. Bienvenida al siglo XXI.

—¿Yo? —respondo, perpleja—. ¿Y tú? Te recuerdo que tenemos la misma edad.

—Aquí la única madre eres tú. Asúmelo.

—¿Y tú qué eres? —insisto.

—Hola. Soy Mark.

Rita y yo nos giramos y nos encontramos delante a uno de los chicos. Efectivamente no debe de pasar de los veinticinco. Es mono. Sorprendentemente, se dirige a mí.

—Te estaba viendo y me parece muy guapa.

Rita lo mira sorprendida. Puede que sea por su descaro o porque la guapa le he parecido yo y no ella. En el colegio siempre era al revés. Todos los chicos se fijaban en Rita. Era la más divertida, la más atrevida y, no nos olvidemos, la rubia. Ser rubia es una ventaja. Parece un tópico, y hasta puede

que lo sea, pero todos los tópicos tienen cierta base real. ABBA, ¿quién era la guapa? A mí siempre me pareció más mona la morena, pero los chicos de mi clase tenían fotos de la rubia. Y vamos a un ejemplo de dúo mucho más cercano a nosotras... y no me refiero en el tiempo, sino en el estilo... Baccara. ¿Cuál era la que triunfaba entre los chicos? La de las mechas. Por no hablar de *Los ángeles de Charlie*, *Los vigilantes de la playa*, Cristina Aguilera, Britney Spears... hasta Shakira ha tenido más éxito cuando se ha teñido de rubia. Hay una excepción: si eres actriz y mexicana o sudamericana. Entonces y, solo entonces, tienes que ser morena. Que se lo digan a Sofía Vergara, que es la única que ha tenido que hacer ese viaje al revés.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—¿Y a mi amiga no la vas a invitar?

Lo digo por educación, realmente me parece lo lógico, y al mismo tiempo trato de resultar desenvuelta, porque sinceramente no sé cómo digerir esto. Nunca suelo ser centro de atención y, como decía, mucho menos ocupar el primer puesto del *ranking* de popularidad cuando Rita Mott está delante. Yo siempre he sido «la amiga». La que acompaña a la guapa. Ser la reina de la fiesta es nuevo para mí.

—No te sientas mal; yo ya traigo compañía —apunta Rita desmarcándose.

El chico sonríe. He dicho que es mono; es guapo. Bastante guapo. Confieso que estoy un poco cortada. Me siento halagada y fuera de lugar al mismo tiempo. En cualquier caso, no deja de tener su gracia.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Yo Esther y ella Rita.

—Encantado.

Mark le da un beso a Rita y cuando me toca a mí, me sorprende con un beso en la boca. Me quedo tan helada que ni reacciono. Error. Creo que él lo ha interpretado como que la cosa va bien.

En ese momento vuelve Marco con las bebidas. Y, ni corto ni perezoso, se las echa por encima a Mark.

—¡Marco! —Es lo único que acierta a gritar Rita.

Yo sigo sin reaccionar. Bueno, no es exacto. He dado un paso atrás para evitar mancharme. Ha sido un acto reflejo.

—¡Tío, ¿estás loco o qué?!

—Es una broma —responde Marco a Rita.

—¿Cómo que una broma? —le grito yo.

—Él quería gastarte una broma.

Me quedo mirando a Mark completamente empapado en busca de una respuesta. No la hay. Sus amigos se abalanzan sobre Marco y comienza una pelea. Rita y yo salimos como podemos del *pub*.

Marco sale un minuto después.

—¡Corred! ¡Corred!

Marco sale como un rayo. Rita y yo echamos a correr. Menos mal que me he puesto tacón bajo y que el coche no está lejos. Nos subimos a toda prisa y yo arranco lo más rápido que puedo. Los amigos de Mark y el propio Mark dan con nosotros cuando estoy sacando el coche. Golpean las ventanillas y la emprenden a patadas con el coche mientras nos alejamos. Me muero de miedo.

—¿Adónde voy? ¿Adónde voy?

—Busca una comisaría —grita Rita.

—No sé donde hay una comisaría. No tengo ni idea. Míralo en Google.

Sé que no es la salida más afortunada del mundo. No puedo pensar. Me va a dar un ataque. No puedo pensar.

—A casa de Rita.

—Vale.

—Desgraciado. ¡Cómo se te ocurre tirarle las cervezas por encima! —grita Rita mientras la emprende a golpes con Marco.

Marco está sentado a mi lado, con lo que uno de cada tres golpes me cae a mí.

—*Cara*, para... para —insiste Marco.

Rita no hace caso y continúa golpeándole como una posesa.

—¿Una broma? ¿Una broma? Te voy a llenar la cara de bromas, tarado.

—Rita... Para —repite Marco.

—¿Qué te crees, que estás en Sicilia? ¡Esto es Londres! Por estas cosas nos queremos ir de la Unión Europea, ¿lo entiendes, animal?

Marco, harto, le sujeta las manos.

—¡¡La broma era para Esther!!

—¿Qué?

No doy crédito a lo que acabo de oír. Giro la cabeza y el volante hacia Marco. Estamos a punto de estrellarnos contra una casa. Marco suelta a Rita y me agarra el volante enderezándolo. Clavo el freno. Me dejo media rueda

en el frenazo y meto medio coche en la acera.

Durante los próximos diez minutos permanecemos en silencio. Yo no dejo de mirar el retrovisor por si nos sigue algún coche. Estoy muerta de miedo.

—Era una apuesta del chico con sus amigos. Los oí cuando estaba pidiendo las cervezas. El chico...

—Mark —aclara Rita con un hilo de voz.

—Apostó con los otros a que era capaz de llevarla al baño. Por eso lo hice.

Y mientras veo cómo las luces del coche iluminan parte del tronco de un raquítico árbol que está a un par de metros, yo me pregunto: ¿es que no hay gente normal?

6

—Si pudieras vivir hasta los noventa años y tener el cuerpo o la mente de alguien de treinta durante los últimos sesenta años de tu vida, ¿cuál de las dos opciones elegirías?

—Prefiero una mente joven a un cuerpo joven.

Lo dice porque ha tenido un cuerpo joven toda la vida y no le da importancia. Si supiera la de sacrificios que hay que hacer para mantenerse... Cuánta soberbia tienen los guapos.

—No te creo.

Se ríe.

—Es en serio. ¿Quieres saber por qué?

Lo invito a seguir.

—Por mi madre. Imagina que en vez de estar en una silla de ruedas con la cabeza como la tiene fuese al revés y dime qué elegirías tú.

Estoy sentada en el salón con la luz apagada. Menudo idiota. ¿Qué clase de broma es esa? Reconozco que me siento culpable. Tenía intención de cortarlo. Debí hacerlo desde el principio. Me echo a llorar de puros nervios. Ya ha pasado todo y necesito aflojar tensión. Ha sido un susto tremendo. Una parte de lo mal que me siento se debe a haber caído en ese juego estúpido por vanidad, por crearme el centro de atención. ¡Qué ingenua! Y encima el muy jeta me dio un beso. Instintivamente me limpio los labios con la mano. Como si eso fuese a borrar lo que pasó. Me seco las lágrimas. Ironías de la vida: Marco, el gran canalla que me entró en la cocina de mi propia casa hace unas semanas, ha sido el que me ha defendido esta noche. El mundo del revés. Si alguien me lo llega a decir entonces, me río en su cara. Es verdad. Marco podría haber hecho perfectamente lo que ha hecho ese chico hoy. No. Lo mismo, no. Estoy siendo injusta. Marco es un caradura, pero tiene su ética. Sui géneris, pero su ética. Jamás lo habría hecho por una apuesta. Lo habría hecho porque se le presentaba la oportunidad como hizo con Carol. Es mejor. Un poco mejor.

Admitámoslo, no soy una persona liberal. Si lo fuera, a lo mejor ahora me estaba riendo de todo esto y no le daba mayor importancia. Me viene a la memoria una compañera del hospital. Gladys Norris, de Manchester. En mi situación, Gladys le habría sacado cuatro copas y se habría liado la manta a la cabeza sin mayor problema. A liarse con alguien le llamaba sellar el pasaporte. Viajó tanto por el hospital el año y medio que estuvo trabajando que al final acabaron retirándoselo porque la pillaron en un país sin visado de entrada. Ya sabéis a qué me refiero.

Me parece bien que cada uno viva como quiera, pero hay cosas que no son para mí. Monogamia sucesiva. Eso es lo mío. Soy de relaciones, no de aventuras. De enamoramiento más que de flechazo. Así soy yo, y pretender otra cosa es engañarme y meterme en camisas de once varas.

Me pregunto qué es lo que me molesta más: ¿que se hayan intentado aprovechar de mí o haberme prestado al juego?

—¿Tienes una corazonada secreta acerca de cómo vas a morir?

—Siempre he pensado que me voy a morir en un accidente de coche. Y no muy mayor. No de viejo.

—Nunca me lo habías dicho.

—Es que no se lo había dicho a nadie hasta ahora.

—O sea, que crees que no vas a llegar a viejo.

—No.

—Es raro. Los deportistas soléis...

No me quiero insinuar. A ver cómo salgo del charco.

—Digo que estáis en buena forma. Y eso va en contra de lo que imaginas.

—Un accidente no tiene nada que ver con estar en buena o mala forma. Sucede.

Me despierto de noche con ansiedad. Una ansiedad de caballo. Horas después del incidente con Marco y Rita aún me hierve la sangre. He soñado que nos perseguían tres coches y que teníamos un accidente. Que Rita se moría y que yo me tenía que escapar a Italia con Marco para buscar a su familia. El sueño era como *De los Apeninos a los Andes* pero de vuelta. No aguanto más en la cama. Como siga dando vueltas, voy a salir disparada por la ventana.

Bajo a prepararme algo. Abro la nevera. No tengo el cuerpo para comida. La cierro. Sé que suena contradictorio con el tema ansiedad, pero no tengo hambre. Cuando me entran nervios, soy más de hacer que de comer. Alguna vez he comido de forma compulsiva, no lo voy a negar... sobre todo, chocolate. Especialmente el blanco. Sé que los amantes del chocolate dicen que el chocolate blanco no existe porque no lleva cacao. Bueno. No será chocolate, pero a mí es el que más me apetece cuando me apetece chocolate. Sin embargo, como decía, cuando estoy ansiosa más que por comer me da por la limpieza de la casa, la higiene personal o por ordenar fotos y cosas así. ¡Y el bolso! Vaciar el bolso y colocarlo todo en su sitio. Eso lo hago mucho.

Vuelvo a abrir la nevera. Me voy a preparar un vaso de leche caliente. Saco la botella, busco un vaso grande y lo lleno hasta la mitad. Lo meto en el microondas un par de minutos y me quedo pensando otra vez en lo que ha pasado en el *pub*. Qué mal momento pasé cuando nos alcanzaron en el coche.

El pitido me avisa de que la leche ya está lista y me devuelve a la realidad. Doy un pequeño sorbo y cambio de opinión. Será muy buena e inducirá el sueño, pero a mí ahora no me entra ni con una vía. La tiro por el fregadero.

Me voy a dar al alcohol, a ver si me anestesia.

En el salón tengo siempre un par de botellas por si viene alguien. Hoy, curiosamente, tengo para elegir. Hay un extenso muestrario de bebidas heredadas de mi fiesta de cumpleaños. Cojo una botella de ginebra y me vuelvo a la cocina a por hielo. Creo recordar que había un par de tónicas en el frigorífico.

Me peleo con una bolsa de hielo que parece una piedra y por fin consigo juntar algo que se asimila a un *gin-tonic*.

—¿Ahora bebes a escondidas? —oigo a mi espalda.

Me doy la vuelta y me encuentro con Patty. Lo que me faltaba. Ahora no, por favor. No tengo ánimo para un partido de tenis dialéctico con mi rabiosa hija adolescente. Decido cortarlo poniéndome el disfraz de madre distante.

—¿Qué haces despierta a estas horas?

Bien. Eso me ha quedado muy madre. Así acabo rápido.

—Me ha despertado el microondas y los golpes en el fregadero.

Oh, vaya. No lo preví.

—Vete a la cama.

—¿O qué? ¿Me obligarás a beber contigo?

Si fuera una mujer temperamental, le tiraba el vaso a la cabeza. No lo hago; si no, dentro de veinte años le dirá a su psicóloga que todos sus problemas de relación vienen de la influencia de una madre alcohólica. No, hija, no. No voy a caer en esa trampa. Ni tampoco voy a empezar una discusión. Ya lo he dicho. Soy una mujer de cuarenta años que se está tomando una copa en su casa un viernes por la noche a las... Miro el reloj de la cocina. Siempre me han gustado los relojes grandes en la cocina. Sobre todo los redondos.

—Vale. Pues si no te quieres ir tú, me voy yo —le espeto.

Salgo digna como una princesa pasando a su lado sin ni siquiera mirarla.

—Cuando te quieras ir a la cama, apaga la luz. Son las tres y diez y no tenemos tarifa nocturna.

—Di tres cosas que creas tener en común conmigo.

—¿Contigo?

El futuro, di el futuro...

—No sé... La infancia...

Bueno, es verdad. Compartimos la infancia. Leyendo entre líneas, se podría entender que se refiere a mí. Lo animo.

—¿Qué más?

—Los amigos...

Me parece que hemos entrado en una rotonda y no vamos a salir de ella.

—Te queda una.

—Una noche increíble.

Cuando suena el despertador del móvil, hace rato que estoy despierta. He pasado una noche espantosa. Tardo un rato en incorporarme. Miro las zapatillas con desdén. Me levanto y voy descalza al baño.

Tengo un aspecto parecido al de un muñeco de Jim Henson. Y no de los Muppets, sino de los de *Cristal oscuro*. Ayer fui a la peluquería y como si no hubiera ido. Al menos las pestañas siguen en su sitio. Esta vez creo que mi autoestima no ha sido capaz de absorber del todo el golpe y le ha dicho al cuerpo que lo somatice para que no me vuelva loca. ¡Hala, a la ducha! A ver si la hidratación me ayuda a levantar el ánimo. Tras terminar, compruebo que la cosa no mejora.

Aprovechando que Patty aún está durmiendo, pongo un disco bastante alto. Sí. He dicho que Patty está durmiendo. Es sábado por la mañana, nadie más se va a quejar. Es mi pequeña venganza. Cuando salgo por la puerta, comienza a sonar *Don't leave me this way* de The Communards a todo volumen. Me encanta esa canción y viene de perlas.

Vuelvo a la peluquería de Rita con la esperanza de que me dé un golpe de peine gratis y de paso hacer un poco de terapia. Para mi sorpresa está como una rosa. Sin secuelas. Ha debido de tener una gran noche con Marco.

—Déjate de chorradas pseudointelectuales. Era un niño intentando hacerse el machito delante de sus amigos. Estaba bueno, sí, pero era un niño. Y como la broma le salió mal, se pusieron locos y casi nos matan. Fin de la historia.

—Me da igual lo de la broma. Hay algo más profundo en lo de ayer.

Estoy divagando. Es verdad. Intento darle un aire de reflexión madura al

asunto, pero me estoy metiendo en un jardín y ni yo misma sé lo que va a salir de mi boca. Me dejo ir.

—Creo que lo que pasa es que nos estamos haciendo mayores. Por eso entré yo al trapo. Porque un chico así, aunque no fuese a conseguir nada, me hacía sentirme más joven al mostrar interés por mí.

Como explicación no está mal. Podría ser perfectamente la tesis de un artículo de la revista *Cosmopolitan*.

—Habla por ti. Mira este cuerpo —responde Rita mientras se contempla satisfecha ante el espejo—. ¿Mayor...? Mayor maravilla no se ha visto en este país desde que...

Se queda en blanco.

—Ayúdame, Layla.

—¿Susan Boyle cantó *Los Miserables* en *Britain's Got Talent*?

Rita pone cara de circunstancia.

—No es en lo que estaba pensando, pero puede valer.

Vuelve conmigo.

—Esther, tú tienes una hija, no me puedes salir con eso de que te estás haciendo mayor...

—¿Qué me estás intentando decir?

He hecho una mala pregunta. Prefiero que no conteste.

—Que cuando tienes hijos ya no hay vuelta atrás... Ya eres mayor.

—Si quieres decir que en cuanto tienes hijos te haces adulto es una soberana tontería. Hay un montón de gente inmadura que tiene hijos y de gente muy madura que no tiene hijos ni nunca los tendrá. La madurez no tiene que ver con la maternidad.

—A mí me lo vas a contar —responde Rita con aire chulesco.

No le llevo la contraria por no tumbar mi argumento, pero Rita Mott no es el mejor ejemplo de madurez. Es mi mejor amiga. Ahora, madura... Vale. A lo mejor yo, tampoco.

Layla entra a arbitrar y serenar los ánimos.

—Creo que a lo que se refiere Rita es a que los hijos te resetean.

Desde luego sabe captar la atención. Rita y yo estamos igual de desconcertadas.

—Cuando tienes niños, en cierta medida, vuelves a vivir la vida otra vez desde el principio solo que, cómo decirlo, desde fuera, como guía. Y tu definición para la sociedad cambia. Hasta entonces eras, por ejemplo...

Esther como se llame tu marido.

Obviemos esa parte, por favor.

—En cuanto tienes un hijo, además de Esther eres la madre de... Tu identidad, en cierta medida, cambia. Adquiere una nueva definición.

—Eso mismo quería decir yo —añade Rita, sumándose al caballo ganador. Trolera.

—Yo de lo que hablaba es de que con los años, y a medida que te haces mayor, se estrecha el círculo de tus amistades y se reducen las posibilidades de conocer gente... Por eso ayer le funcionó tan bien el acercamiento. Porque era una novedad.

—Tan bien no fue, porque Marco le partió la cara.

—Ya me entiendes.

—Tú es que vives en el siglo XIX. Crees en el amor para toda la vida y no te fichan en Disney porque te pasas de edad, que si no serías la próxima princesa.

¿De qué está hablando?

—Tú no conoces internet... ¿o qué? —me suelta—. Layla, dile lo de Rose...

—Yo, no...

Layla señala a la clienta.

—Tú, nada. Díselo. Linda lo sabe, ¿a que sí, Linda?

La clienta se echa a reír. Efectivamente sea lo que sea, lo sabe.

—Sale con gente por internet —termina por decir Layla medio cortada.

—Hay tres, que digo tres... cinco millones de tíos salidos deseando liarse contigo... Y eso sin contar a los casados...

—¡¡Rita!!

—Rita, ¿qué? Los casados tienen su punto... Se van a dormir a sus casas siempre. No hay que echarlos. Aunque son un coñazo con los horarios. Pregúntale a Rose la próxima vez.

—¿Quieres decirme que internet es el futuro?

—Internet es casi el pasado —apostilla Rita.

—Llámame antigua. Yo quiero otra cosa. Quiero una relación. Quiero un compañero de viaje. Alguien con quien compartir las cosas de la vida y que al mismo tiempo respete mi espacio. Que me apoye y que sienta que yo le apoyo. También quiero sexo, claro. Pero no algo como un producto que obtienes en una máquina expendedora. Quiero que sepan lo que quiero sin

necesidad de tener que dirigir el tráfico. Y quiero cariño. Mucho cariño. ¿Por qué? ¡Porque me gusta que me den cariño! A lo mejor pido un imposible. Sí, puede ser, en vista de dónde estoy.

Cojo aire porque estoy hiperventilando.

—Y con esto no quiero decir que Rose no sea feliz con sus relaciones de internet. Yo no soporto las coles de Bruselas y a los belgas imagino que les encantan porque si no, no las cultivarían y serían coles de otro lado. Lo que quiero decir es que a mí eso no me va.

—Ni a mí. —Layla se suma a mi causa.

—¿Y con quién has quedado este fin de semana, Layla? —pregunta Rita.

—Con una amiga para ir a una exposición de Jane Austen.

—Fenómeno. Sigue así —añade.

—¿Con qué aspecto de tu vida te sientes más agradecido?

—¿Ahora? ¿O en general?

—Ahora, en este momento.

Se detiene a pensarlo un instante. Es la primera vez que lo hace desde que empezamos con esto.

—De estar tranquilo. Sí... Después de haber pasado lo de Fenella... Es como si hubiese cerrado una etapa. No es que sepa que va a venir, que no lo sé... no tengo ni idea —se ríe—. Ya te digo..., me veía viviendo en los Emiratos Árabes... y ya ves. Bueno, es... la sensación de serenidad.

Asiento. Y mientras lo hago, sé que estoy mintiendo con todas las de la ley. ¿Serenidad? Yo no sé lo que es eso. Por lo menos de forma continuada. Si me apuran, ni aislada. Me encantaría. Pero ni cuando lo pretendo me dejan.

Llego a casa. Haber pasado por la peluquería de Rita ha terminado resultando una pequeña catarsis. Me ha venido muy, pero que muy bien. He conseguido echar todo fuera. Me siento como nueva.

Mi vecina, la señora Byrne, se acerca cuando salgo del coche.

—No sabes lo que me ha pasado.

—No.

Es una obviedad, pero nunca sé qué contestar cuando alguien me asalta con una pregunta así.

—Este barrio se está degradando. Hay gente muy rara.

Se acerca y me habla en voz baja.

—Alguien se ha metido en mi patio y me ha robado las pinzas de la ropa.

—¿En serio? —trato de sonar realmente preocupada y solidaria.

Casi me traiciona la risa.

—Tiene que ir a la policía.

—Eso creo yo, pero mi marido no quiere.

—¿Por qué?

—Porque dice que no es un robo.

Pongo cara de no entender.

—Es que me las han cambiado.

Me hago la desconcertada.

—¿Cómo que se las han cambiado?

—Me las han puesto todas iguales... ¡De madera!

¿Y lo bonitas que han quedado? De eso no habla la desagradecida.

—Desde luego sí que hay gente rara —afirmo con la máxima seriedad de

la que soy capaz.

Suena mi teléfono.

—Perdone... Si me entero de algo, se lo comento... —añado dando por terminada la conversación.

Me aparto. Me despido con la mano y busco el teléfono. Es David. Aprovecho para sacar las llaves del bolso y caminar hacia la puerta.

—Dime...

—Hay un problema con Patty.

Mi tranquilidad ha durado cuarenta y tres minutos.

—Si pudieras cambiar algo de como te educaron, ¿qué sería?

—Nada. Me gusta cómo me educaron. No tengo nada que reprocharle a mi madre. Ni mucho menos. Me parece increíble todo lo que ha hecho. Apoyarme en lo del fútbol y siempre adelante... Y con lo que tenía encima... Increíble, no sería lo que soy sin ella.

Yo no sé si sería tan categórica con respecto a mi madre. Alguna pega sí que le pondría.

Entro en el hospital a toda prisa. En el hall de entrada me está esperando David. Tiene cara seria. Esta vez la cosa ha ido demasiado lejos.

—¿Cómo está?

—No me han dicho casi nada. Solo sé que se ha roto el tobillo y que se pudo haber matado. Se colaron en el colegio a hacer unas pintadas y después estaban bailando y haciendo tonterías en el tejado y fue cuando se cayó.

—Oh, Dios mío.

—Está en una habitación. En la tercera planta. La operación ha terminado hace un rato. Creo que ha ido bien. Pero mejor que te lo cuente tu cuñado. No sé exactamente si tiene algo más.

Nos metemos en el ascensor. Nos bajamos en la tercera planta y nada más llegar al distribuidor veo a Carminho. Trágame tierra. Me quedo paralizada. Ella lo nota y camina hacia mí. Mi impulso natural y el instinto de supervivencia me gritan que salga corriendo. Decido no hacerlo. A pesar de ello, no soy capaz de moverme y me quedo esperando. Lo que claramente resulta extraño para David. Supongo que esto es lo que ocurre cuando el miedo es extremo y te paraliza. Es un momento realmente embarazoso para todos. A pesar de que conozco a Carminho desde hace tiempo, no sé cómo va a reaccionar. Llega hasta mí.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

Es lo único que acierto a decir antes de echarme a llorar. Carminho espera un segundo, hace un mohín de resignación, suspira y después me abraza.

—Merecía haberse roto algún hueso más. Por idiota. Lo mismo se lo parto yo aprovechando que estamos aquí y que solo hay que bajarlo a quirófano.

Es increíble que conserve el humor.

—Soy yo la que tiene que pedirte perdón —me dice—. Valiente recomendación te hice. Tranquila, tu hija está bien. Fue la que llamó.

Carminho me seca las lágrimas con las yemas de los dedos como hacía yo con Patty cuando se hacía daño jugando en el patio.

—No ha sido nada... Cálmate.

—Podía haberse matado.

—Eso sí. Bueno —añade con resignación—, por suerte no ha pasado nada y el doctor Kerry John Clay Kendall y sus maravillosas manos lo han dejado como nuevo. Se perderá unos días de clase y listo. No le des más vueltas, no tiene importancia.

—Si hay cualquier gasto...

No me deja terminar la frase.

—Le vendo la consola, el portátil, la tablet y el teléfono. Por tonto — recalca—. Y que no me caliente, que lo mismo se las vendo igual y lo envío al siglo XIX una temporada como escarmiento.

Carminho es mucha Carminho. Esta mujer no deja de asombrarme.

—Se ha pasado al enemigo.

David pone cara de no entender. Yo sí. Lo pensé desde el mismo día en que vino a buscarla. Fue verla y... sabía que se podía enamorar de ella. Me bastó con ver cómo la miraba. Por eso eran cada vez más ambiguos e intrascendentes los mensajes que se enviaban. O por lo menos lo que yo podía leer. No quería que yo supiese nada, ni que lo notase.

—Lo tengo merecido. Era una posibilidad que estaba ahí. No sé si ella también...

Carminho, con su habitual clarividencia, me sirve un razonamiento meridiano.

—Si estaba con él en el tejado del colegio bailando... tú qué crees.

Es obvio que a ella también le gusta él. Bueno, tarde o temprano tenía que pasar. El primer amor. No voy a ser yo quien la censure por eso. Hasta me parece tierno. A mí me pasó lo mismo con Juanito, pero yo me contentaba con ir a verlo jugar al fútbol; no me colaba en el colegio a hacer pintadas. Está claro que los tiempos han cambiado. Inmediatamente me asalta una duda.

—¿Le ha contado que yo...?

No termino la frase a conciencia. Si Joao no le ha contado a Patty que yo le

pagaba para que la espíase y me mantuviese al día de en qué andaba metida y, sobre todo, por qué está tan de uñas conmigo, yo no tengo por qué levantar la liebre y quedar de madre controladora delante de David. Aunque lo sea un poco. Muy poco. Casi nada.

—Creo que no. A esas edades, si se lo hubiera dicho, ella ni le miraba a la cara —reflexiona Carminho—. Si se lo quieres decir tú y que le retire el saludo de por vida, a mí tampoco me va a parecer mal. Lo dejo a tu elección. Ahora, no cuentes con más espi...

Muevo la cabeza hacia un lado señalando a David. Aunque lo que me sale se parece más a un espasmo o a un tic que a una seña sutil. Por suerte Carminho lo pilla y se calla a tiempo.

Pienso un segundo lo de si decírselo o no. Sin saberlo, al callarse nuestro secreto, Joao, me ha dado un arma de destrucción masiva.

—Tu hija está al fondo, en la sala de espera —me avisa David.

Caminamos en silencio. Justo antes de entrar, me para.

—Hay una cosa más que no te he dicho.

—¿Qué pasa?

—Míralo tú y decide.

David abre la puerta y veo a Patty en la sala rodeada de pañuelos de papel arrugados, con los ojos llorosos, el pelo teñido de rosa chicle y un corte de pelo estilo Billy Idol. Si aún fuera como Pink...

—Tómame cuatro minutos y cuéntame la historia de tu vida con todo el detalle posible.

—Para contártela a ti, me sobran dos. Nací en una ciudad pequeña cercana a Londres. Desde niño, el fútbol ha sido mi gran pasión y tuve la suerte de que se me daba bien...

—Y le echabas horas... —No me resisto a quedarme callada.

Se ríe.

—Todas las del mundo y más. La adolescencia me la voy a saltar porque la conoces de primera mano. Me fui a Italia a jugar y a los pocos meses tuve una lesión que me impidió seguir como profesional. Lo pasé bastante mal. Fenella, que era la doctora del equipo y que se había ido al mismo tiempo que yo, se portó muy bien conmigo y me ayudó a salir de la depresión. Nos casamos y yo orienté mi carrera para convertirme en entrenador. Empecé en Italia, trabajé en distintos países... Y fui subiendo hasta que por fin pude volver para entrenar al Chelsea. El resto creo que lo conoces bien.

Qué curioso que no haya dicho nada de por qué se fue a Italia después de la noche que pasamos juntos.

David me ha pedido llevarse a Patty a casa. Es un detalle. Accedo porque después del tobogán emocional que he sufrido pensando que le podía haber pasado algo serio y temiendo una catarata de reproches por parte de Carminho, que por suerte no se ha producido, estoy mentalmente agotada. Por no tener, no tengo fuerzas ni siquiera para echarle una minibronca. Lo más que podría hacer es mirarla con desprecio y sé que eso le daría igual. A lo mejor, la bronca, también. Tengo que pensar qué le voy a decir y qué voy a hacer al respecto. No estoy acostumbrada a esta versión diabólica de mi, hasta hace unos meses, encantadora hija. Me refriego las manos como si me las estuviese lavando. Imagino que es una forma más de manifestar un alto nivel de estrés. Las miro y descubro que tenía que haberle dicho a Rita que me hicieran la manicura en vez de ponerme pestañas. Tengo las cutículas que da pena verlas. Voy a tener que cambiar de crema de manos y buscar una más hidratante. Ya no me como mucho las uñas. O no tanto como cuando tenía la edad de Patty. Solo de vez en cuando me da el ataque y parezco una ardilla royendo una bellota. Me veo un padraastro asomando por la parte derecha del dedo índice de la mano izquierda. Lo toco un poco con el pulgar. Es un movimiento sin sentido. Está ahí. Lo estoy viendo. No va a desaparecer porque lo toquetee. En realidad no sé qué pretendo, ¿comprobar si está duro? Es una de esas cosas sin sentido que hago cuando pierdo el control. Otra es arrancármelos con los dientes. Nunca calculo bien y siempre me llevo un trozo de piel de regalo.

Hoy no es una excepción.

Estoy sentada en el aparcamiento del hospital decidiendo qué hacer.

Arranco sin rumbo predeterminado. Si con una hija estoy así, cómo estaría si tuviera tres como mi madre... Por un instante siento una conexión solidaria. Dura poco.

Aguantarnos a mí y a Carol debió de ser como para volverse loca. Carol... ¿Cómo hace con cinco hijos? ¿Quién tiene cinco hijos hoy? ¿Dónde los metes? No hay sueldo que sostenga semejante prole. Ni sueldo ni suficientes cajas de Prozac. Decido ir a verla. Aunque hoy es fiesta para mí, la vida nunca se detiene en los centros comerciales.

Aparco y me encamino a la oficina de Noel Carter, el jefe de seguridad. En cierta medida la relación de Carol con Noel es similar a la que tengo yo con Juanito. Nos conocemos desde niños, tuvimos una relación, perdimos contacto y nos hemos vuelto a encontrar años después. En lo tocante a la relación, Carol me saca mucha ventaja porque ella sí llegó a ser novia formal de Noel Carter, aunque juntar Carol y formal en la misma frase suene a utopía. Por otra parte, cuando yo me volví a encontrar con Juanito, él suponía que yo estaba divorciada y yo ignoraba que él estaba casado; mientras que en el caso de Carol, ella estaba casada, aún lo está, y el divorciado era él. No sé si me he explicado bien.

Casualmente, cerca de la entrada veo a Noel Carter hablando con un guardia. Lo saludo y me acerco sonriente mientras él termina de darle instrucciones al chico.

—Hola... —saludo con una media sonrisa con la que no sé si consigo enmascarar lo suficiente mi estado de ánimo: en caída libre.

—Esther... Precisamente llevo un par de días pensando en llamarte.

¿A mí? ¿No pretenderá que le dé consejo o que influya en mi hermana? Ni loca. Ventanilla equivocada.

—¿Por...?

En casos así, preguntar «por» es la mejor solución. Es como asomar la cabeza por la puerta antes de entrar. Te permite echar una visual y calibrar el nivel de enredo en el que te vas a meter. Otra opción igualmente válida es repetir el verbo en tono interrogativo: «¿Llamarme?».

—Porque hace más de una semana que no viene a trabajar. No contesta mis llamadas ni mis mensajes... No sé nada de ella y estoy empezando a preocuparme —sentencia Noel Carter.

Me quedo blanco roto. No llego al blanco puro porque además de las pecas, siempre he tenido las mejillas salpicadas de rojo, que es una forma

bonita de llamar a las telangiectasias o arañas vasculares.

—Que yo sepa está bien... Hablé con ella ayer, creo...

—¿Crees o estás segura?

—He dicho creo, pero sí.

Dios mío, a este hombre hay que dárselo todo mascado. Si le digo que hablé ayer con ella, aunque fuese anteayer o hace un par de días, es lo mismo, porque le seguiría llevando ventaja... Me dan ganas de decirle: a ver, Noel Carter, piensa: si tú has hablado con ella hace una semana, qué más da que yo haya hablado ayer o anteayer con mi hermana. En cualquier caso he hablado con ella después que tú.

¿Y por este Einstein está pensando en dejar a san Kerry? En fin... Tanto da.

Saco el móvil y se lo enseño. Se queda aliviado y chafado a la vez.

—Bueno, si me entero de algo, te cuento —le digo para cerrar la conversación.

El problema, el que sea, es de cajón, en parte tiene que ver con él. No hay razón para pensar que le haya pasado una desgracia. ¡Laurita! Laurita me dijo esta mañana que la había llamado y no le había cogido. Eso sí me mosquea un poco. Apostaría un brazo a que no pasa nada. Una pierna, no. No, porque Carol es Carol, y las piernas son de lo mejor que tengo, aunque no me vendría mal hacer algo para afianzar la cara interior de los muslos porque el otro día me dio la sensación de que estaban como un poco flácidos. Me preocupa.

Volviendo a Carol, podría haber acabado con esto en un suspiro llamándola delante de él. No lo hice, y eso que me daba pena Noel Carter con su expresión de perro abandonado, pero no quiero pasar por el trance de que mi hermana me conteste, él me pida el móvil y ella no quiera hablar con él. Así que me vuelvo al coche y enfilo hacia su casa. Luego voy a tener que volver a la mía a cambiarme para la cena con Juanito. No gano para gasolina.

Llego a la puerta del apartamento de Carol. Teniendo en cuenta el carácter explosivo y voluble de mi hermana, me planteo una estrategia antes de entrar. Primero, para que se sienta cómoda, le pido que me enseñe el apartamento y, de paso, se lo cotilleo un poco. Se lo pongo fenomenal para que esté receptiva. Después, nos tomamos un té y la pongo al día del tema papá y mamá. No. Mejor, de eso, no le digo nada, porque se va a poner como una gata y luego no va a haber quien hable con ella. Lo de mis padres que se lo

encuentre la próxima vez que vaya a comer. Se siente. Entonces con el té, si la veo calmada, le pregunto como va con lo de Kerry... que me pega que va bien... y, en ese momento, cuando la tenga con la guardia baja, le digo que he visto a Noel Carter, que quiero saber por qué razón ha dejado el trabajo y que no me voy a mover de allí si no me da una buena explicación. Porque, chicas, todo este lío que ha montado con el bueno de Kerry —y ahora con Noel Carter— viene de que quería aire, independencia y tener su propio trabajo. Que se había cansado de ser solo madre de familia. Es más: la voy a amenazar con que se lo voy a decir a mi madre. Y no lo digo porque mi madre la vaya a desheredar; sino porque la puede martirizar a llamadas, que es mucho peor. Bien. Con el plan perfectamente trazado, llego hasta su puerta y llamo al timbre. Abre pocos segundos después. Primer misterio aclarado: está viva y no ha huido al continente ni se ha hecho bruja. Esto no lo digo por decir: un par de años atrás le dio por las «... mancias» y estuvo planteándose montar una consulta en casa por las mañanas. Por suerte descubrió el zumba.

—Hola, Esther, pasa... —me dice con absoluta tranquilidad.

—Hola, Carol.

Entro.

—No te esperaba...

¿Qué le digo? Soy muy mala para las excusas largas.

—Ayyy, cómo eres...

No pierdo más tiempo y me ciño al plan. Punto uno: la casa.

—Qué monada de apartamento... No me lo imaginaba así.

Carol sonrío. La cosa va bien.

—¿Venía completamente amueblado o...? —pregunto con calculada inocencia.

—Tenía casi todo; pero le he comprado los cojines porque el sofá es un poco incómodo. También he cambiado las bombillas porque daban una luz un poco tétrica y el edredón. Ya sabes cómo soy yo para las camas.

—¿Fuiste a Dreams?

—Es un poco cara, pero no hay color.

—¿Y a trabajar? ¿Piensas volver a ir a trabajar?

La cara de mi hermana parece la del señor Spock en mujer.

No me he aguantado. Sí, sí, sí... tenía un buen plan. Un plan estupendo, pero me ha empezado una cosa aquí en el pecho y no he podido contenerme. ¿Y ahora qué hago? Respira hondo y ataca antes de que reaccione.

—He ido a verte y Noel Carter me ha dicho que hace una semana que no vas.

—¿Por qué le llamas siempre Noel Carter?

—Porque se llama así.

Si su propósito era descolocarme, lo ha logrado.

—¿Por qué no le llamas simplemente Noel? Siempre dices Noel Carter.

—Y yo qué sé. Igual que hay gente a la que la llamas solo por el apellido o por el nombre de pila.

—Eso es normal. Lo que tú haces, no.

Hay que tener un cuajo... Como me ponga a repasar tu vida... ya te digo yo lo que es normal. Tengo que cortar esto, ya.

—Por Jimmy Carter, el expresidente norteamericano. A Jimmy Carter no le llamas Jimmy o Carter... Le llamas Jimmy Carter. Pues a Noel Carter, igual. Todo seguido suena mejor.

Tema zanjado.

—¿Ahora vas a contestar a mi pregunta?

—Tengo un plan.

—¿Un plan de salir con alguien o un plan de planear algo?

—Un plan para mis problemas con Kerry.

Doy por sentado que eso toca también a Noel... No. Es que Noel solo no suena bien. Céntrate, Esther.

—¿Eso quiere decir que vas a volver a casa?

—Cerca... —responde de forma enigmática—. ¿Y a ti cómo te va?

Intuyo por el cambio de tercio que no voy a sacar mucho más. Me rindo. Hoy no es mi día.

—Si mañana te pudieras levantar disfrutando de una habilidad o cualidad nueva, ¿cuál sería?

—Poder volver atrás en el tiempo.

—Eso quiere decir que te arrepientes de cosas... Me lo estás poniendo muy fácil.

—Sí... No... No es eso... Es más que en determinados momentos habría hecho otra cosa...

Me río.

—Eso es arrepentirse, señor Wowden.

—Yo no lo veo así.

—¿Y cómo lo ves? —digo risueña.

—Como... elegir mejores opciones. Es como en un partido. Tú haces tu pizarra. Juegas y ganas, pierdes o empatas. Yo no me arrepiento de haber hecho la pizarra que he hecho. Ahora, si no he ganado y tuviera la posibilidad de volver atrás y retocarla para mejorar el resultado...

Quiero desaparecer. Ser invisible. No me merezco lo que me pasa. ¿Quién me ha echado una maldición? ¿Algún paciente descontento? Algo tuve que hacer mal en una vida anterior porque, si no, no se explica. Soy buena persona. Nunca le he hecho daño a nadie. Por lo menos no de forma consciente. Me han tenido que hacer vudú. No creo en esas cosas, pero tampoco creía que los teléfonos móviles iban a triunfar y mira... Estoy superada. Lo reconozco. Bandera blanca. Me rindo. Mi madre y mi padre están en pie de guerra. Y, contra todo pronóstico, no parece culpa solo de mi madre. Mi hermana mayor, mi fallida y alocada hermana Carol, no solo se ha ido de su casa y está en un apartamento, sino que también ha decidido tomarse vacaciones del trabajo y, como no podía ser de otra forma tratándose de ella, no se lo ha dicho a nadie. Mi hija, en su creciente línea de odio adolescente y rechazo hacia mí, se ha cortado el pelo de forma asimétrica y se lo ha teñido de rosa chicle. Su novio, mi espía, además de desfalcarme, nos ha dado un susto de muerte colándose con ella en el colegio para pintarrajear varias paredes con símbolos japoneses que a saber qué quieren decir y después se ha subido a un tejado para bailar y terminar cayéndose y rompiéndose el tobillo. Por no hablar de que ayer noche un idiota intentó ligar conmigo de broma para hacerse el simpático delante de sus amigos y por poco acabo sin coche y en el hospital.

Me siento mayor. Muy mayor.

Y mi hermana pequeña, que suele ser la alegría de la casa y nuestro mejor pegamento emocional, ha decidido huir y está de gira por España.

Hoy voy a ser yo la que llame. Necesito una inyección de endorfinas y

alegría de vivir.

Cojo el teléfono.

Seguro que está sin cobertura.

Me equivoco en esto también. Tres tonos y contesta.

—Me has leído el pensamiento. Te iba a llamar ahora mismo.

—Qué bien.

Es lo único que llego a decir.

—Tengo un problema —empieza a decir Laurita.

¿Uno? Qué suerte. Yo los cuento de seis en seis como los huevos...

—El tipo que nos había contratado la gira se ha fugado con la pasta de las entradas y ahora estamos tirados en el norte de España y con un montón de gente mosqueada que quiere que toquemos gratis.

—Bueno, ellos han pagado la entrada.

—Si lo entendemos, pero nosotros no vamos a ver un euro...

—¿Y qué vais a hacer?

—Tocar... Ya que estamos aquí... Oye, hermanita, ¿me puedes ingresar algo?

—Sí, claro, cuánto necesitas.

—¿Qué tal quinientas libras...?

La imagen del iPhone que tuve que comprarle a Rita acude veloz a mi mente. ¿Para esto sirven los engramas y las conexiones sinápticas? ¿Dónde están cuando juegas al Trivial? ¿Cómo se llamaba el marido de Margaret Thatcher? ¡Denis! Ahora, sí; pero cuando estuvimos jugando las Navidades pasadas y solo me faltaba un quesito para ganar, me quedé en blanco. Gracias por nada, memoria.

—Prefiero darte un riñón —le digo.

—No lo descartes —responde, Laurita—. Es de lo primero que se desgasta si te dedicas al *rock'n'roll*.

—Cuatrocientas. No tengo más. Aún estoy pagando los excesos de la semana de mi cumpleaños.

—Vale. Mándamelo por PayPal. Eres mi hermana mayor preferida.

—No es difícil teniendo en cuenta la competencia.

Otro mes a base de *corned beef*. Si es buena para la realeza —el príncipe Carlos dice que creció alimentándose con ella—, también lo puede ser para mí. Me voy a tener que bajar un recetario nuevo a ver si la disfrazo un poco o voy a acabar aborreciéndola.

—Oye... —me dice cuando me disponía a colgar—. ¿Y has hablado con mamá?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—A mí no me engañas. Tú no te has ido de gira; tú has huido.

—Si una bola de cristal te pudiera decir la verdad sobre ti mismo, tu vida, el futuro, o cualquier otra cosa, ¿qué le preguntarías?

—¿Qué equipos van a ganar las próximas veinte Premiers?

No puede ser verdad.

—¿Lo dices en serio?

—Me dedico al fútbol. Es lo que más me gusta en el mundo. ¿Qué quieres que pregunte?

—Cualquier cosa... ¿Cuándo vas a morir? ¿Con quién vas a acabar?

Agh... acabo de pisar una mina antipersona. Tengo que arreglarlo ya.

—Nada, nada, nada... la liga. Muy bien.

La verdad, chicas, esto ha sido un poco decepcionante. Y eso, siendo generosa. ¿Qué tengo delante? ¿Un adolescente o un cromañón? Os juro que tenía la impresión de que había madurado, pero es nombrar el fútbol...

—No quiero saber cuándo voy a morir ni cuál va a ser mi destino. Mi vida quiero descubrirla mientras vivo. En el fútbol me gusta ganar.

Después de haber hablado con Laurita necesito un té.

Abro la alacena donde guardo las infusiones y el café como Moisés las tablas de la ley, a ver qué me encuentro. Yorkshire y Twinings diario. Mmm... ni rastro de Clipper. Me conformo con el Yorkshire.

Me tomo una taza y me siento de maravilla, hasta más tranquila. Ya sé que dicen que la teína es un excitante mayor que la cafeína, pero recientes estudios aseguran que el té puede ayudar a reducir la presión arterial, prevenir la diabetes y disminuir el riesgo de infarto. ¿Otra taza? El consejo de Salud Pública de los Países Bajos recomienda beber entre tres y cinco tazas diarias. Quién soy yo para llevarle la contraria a los holandeses, con lo que me gustan los tulipanes y el queso. Además, hoy solo llevo dos.

Empiezo a darle vueltas al tema Patty. Mi frustración como madre semidivorciada de una niña adolescente indomable parece no tener límite.

Hola... Me llamo Esther Lucas y soy un desastre como madre.

Llegados a este punto, solo se me ocurren tres opciones:

1. Opción madre norteamericana: llevarla a un psicólogo infantil. Le descubrirá que tiene un montón de traumas más de los que pensaba y me dejará en paz.

El problema es que está fuera de mi presupuesto. Y ahora que lo pienso, aquella chaqueta tan abrigosa que vi en H&M, también. Odio el *rock'n'roll*.

2. Opción madre sueca: dejarla a su aire y esperar a que se le pase sola.

Tengo la sensación de que no se le va a pasar nunca.

3. Opción madre británica: hazle la guerra.

Sonríó mientras saboreo el Yorkshire con una sonrisa maliciosa. Creo que

voy a llamar a David para que la traiga a casa...

A media tarde llegan. En cuanto los oigo, salgo a la puerta. La dejo abierta y me paro a un lado con gesto distante.

—Pasa, deja las cosas arriba y baja al salón —le digo con gesto serio.

Lo sé. En mis tiempos, Rita y yo hicimos mil como esta... pero eso no quita que yo tenga que reprenderla. A lo mejor es una cuestión de aprendizaje o de roles. De adolescente te toca armarla y hacer mil tonterías y, de mayor, si tienes hijos adolescentes, reprenderlos. Ese es el ciclo de la vida y no el de *El Rey León*.

Ahí no he estado fina. No se trata de reprenderlos; sino de enseñarles o por lo menos de mostrarles eso tan evidente y tan pocas veces tenido en cuenta que es el binomio causa-efecto.

Patty entra. David me mira con cara de perrito. Le da pena. A mí lo que me da es ganas de besarlo cuando pone esa cara. Me contengo.

—Aunque no lo parezca, está arrepentida. No seas muy dura con ella.

Cambia de cara por favor o voy a montar un espectáculo en la calle. Mi lado enfermera me pierde en estos momentos. Lo mío no era vocación, era predestinación. La gente en apuros es mi talón de Aquiles.

—En eso ha salido a ti.

¿Qué? Allá va el momento mágico.

—¿A qué te refieres?

Es uno de esos momentos en que estás extrañada, medio mosca, curiosa y huy, huy, huy...

David sonrío.

—Lo único que quiere es que todo vaya bien...

Eso es bonito, David... Vas bien.

—... solo que no sabe cómo hacerlo y la ha acabado liando un poco.

Ya no.

—Tiene muy buen fondo.

Odio los piropos bofetada. No sé cómo tomármelos. Rita es experta en ellos. Supongo que, en parte, por eso estoy en este limbo con David. Me sigo sintiendo atraída por él. Me gusta. Es divertido, sensato y también imprevisible. Lo que hace que a veces me suba a la luna y otras tantas lo quiera asesinar. Parece que ha dejado atrás sus problemas de adicción al

trabajo y sus frustraciones. Es difícil vivir con alguien que tiene una pasión y al que la suerte, la oportunidad o, incluyámoslo también en la receta, haberse casado muy joven y tener una niña a los pocos meses quizá le haya impedido desarrollar su potencial. Tengo que resolver esta cuestión ya.

—Bueno, me voy. Ya me contarás... Yo le echaría un rapapolvo, le quitaría el móvil y el dinero un par de semanas.

No me parece mal planteamiento, pero según reaccione, le tengo preparado algo más.

Asiento haciendo de madre madura.

—De todas formas, lo que decidas me parecerá bien —añade.

—Gracias.

Nos despedimos con un beso en la mejilla. Más de una vez he estado a punto de plantárselo en los morros. Es un hábito repetido muchos años. No es tan fácil de eliminar con un ex. Hay que hacer un esfuerzo de consciencia. Lo observo mientras camina hasta el coche. Ha adelgazado un poco. Mmm... bien.

Entro y cierro la puerta. Patty está sentada en una esquina del sofá con los brazos cruzados. No voy a ser menos. Me siento en el lado opuesto del sofá en idéntica postura. Comienzo un clásico de madre...

—Te parecerá bonito...

—Tú las hiciste peores cuando tenías mi edad.

Oh, Dios, para qué le habré contado nada. En fin. Empieza el partido de tenis.

—¿Y te crees que tu abuela aplaudía después?

¡Ja! Quince-nada. Saco yo.

—¿Qué crees que debería hacerte?

Esa es una bola fácil. Para medir su nivel de compromiso.

—Nada. Joao se ha roto un tobillo, y ya nos han expulsado una semana.

Respuesta equivocada.

—Pudo haberse matado o pudiste haberte caído tú —y ahora va la retahíla —, por no hablar de que os colasteis en el colegio, hicisteis un acto de vandalismo...

—Son pintadas en japonés. No es vandalismo —responde tratando de cortar mi discurso.

Buen intento.

—¿Qué quieren decir?

—Aprende idiomas.

Quince-quince.

—Muy bien... si esa es la conclusión que sacas a lo que habéis hecho...

Boto varias veces la bola preparando un saque potente.

—... por no hablar de esa tontería que te has hecho en el pelo, que pareces...

No se me ocurre nada ingenioso ni lo suficientemente hiriente.

—No sé ni lo que pareces.

El tiro va fuera. Solo tengo una oportunidad. Cambio de juego.

—Las llaves —le digo mientras estiro la mano.

Me las da de mala gana. Cree que la voy a dejar sin salir el fin de semana. Te equivocas, querida hija.

—Estás castigada sin dinero, sin tablet, sin salir y sin móvil dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Tres.

Esto lo aprendí de mi profesora de química. Treinta-quince.

—¿Tres? ¿Estás loca?

—Un mes. ¿Quieres seguir?

Se calla. Pasan los años y hay cosas que siguen funcionando como el primer día. Si las miradas matasen, yo ya estaría muerta, despedazada y cualquier rastro de mi existencia habría sido borrado de la faz de la tierra. Pero como no matan... Cuarenta-quince. Juego, set y partido. ¡Toma ya! La imagen de Nadal, ese tenista español, revolcándose en la tierra tras ganar por enésima vez Roland Garros viene a mi mente.

—Pues que sepas que también me he hecho un *tattoo* —responde enajenada mientras se levanta la camiseta mostrándome un dibujo del muñeco de cajas de Amazon que tanto le gusta ubicado donde a finales de los noventa las chicas se tatuaban los tribales.

Mi mandíbula rueda por el suelo hasta chocar con la puerta de entrada.

¿Soy madre madura o paso? Hoy llevo un día espantoso, no tengo la cabeza para maduresces. Ella se lo ha buscado.

—Vete a tu cuarto inmediatamente.

Patty, enfurecida, se pone en pie.

—Esta noche voy a salir...

Por eso le pedí las llaves antes. No soy tonta.

—Cuando vuelva, te quiero ver en la cama durmiendo.

Va a decir algo, pero me anticipo.

—Y no intentes ir a casa de tu padre. He hablado con él y está de acuerdo.

—No te creo.

Le cojo el teléfono que había dejado en la mesita delante del sofá.

—Me da igual. Como no vas a tener teléfono, tampoco lo vas a poder comprobar.

Y con la misma, me levanto y me voy dejándola allí. Se queda un instante sin saber qué hacer para dejarse caer de nuevo en el sofá y espantarse después.

Mientras, subo a mi habitación para darme una ducha y prepararme para salir con Juanito.

—Esas pestañas que te has puesto son horribles. Te quedan fatal. Pareces una expulsada de *Jersey Shore* —la oigo decir.

—Un mes... —repito.

Entro en el baño. Me miro al espejo. No son tan exageradas, ¿no? Es pura pataleta. En realidad no la voy a castigar tanto tiempo. Una semana o así... si se comporta. Lo que quiero es que reflexione. ¿Por qué se ha tatuado una caja de Amazon? Espero que no le reclamen derechos.

Pongo el móvil en la repisa y le doy a la última lista de reproducción que he hecho. La he titulado «Solo hay un sábado a la semana». Dicen que escuchar música que nos gusta dispara los niveles de dopamina en el cerebro. Yo no sé si es verdad, pero como si lo fuera. La selección arranca con *Hush Little Baby* en versión de Yo-Yo Ma con Bobby McFerrin y sigue con *Mockingbird* de The Belle Stars, que es la misma canción, aunque, escuchándolas, nadie lo diría sonando lo distintas que suenan. Lo indudable es que, placebo o dopamina, funciona. A los cinco minutos he conseguido ponerme de buen humor.

Cinco canciones más tarde salgo bastante relajada. Tengo dudas de si pintarme los ojos, pero con las pestañas a lo mejor es demasiado. Me pongo un poco de brillo en los labios y poco más. No es una cita, es una cena con un amigo que te va a dar unas invitaciones de boda. ¿A quién quiero engañar? Saco toda la artillería. Maquillaje, rímel, hidratante. No me alicato porque no tengo azulejos a juego, que si no. Me pinto hasta las uñas de los pies. Y eso que voy a ponerme zapatos. Yo no soy muy de pintarme las uñas si no llevo sandalias. Y no siempre. Cuando era más joven, sí, me ponía de todo, pero de unos años a esta parte he ido retirando cosas. No es abandono, es... que creo

que he encontrado el estilo que me gusta. Hoy, sin embargo, vació los estantes del baño. Mira que tengo cosas caducadas. Los cosméticos no son como la comida, ¿no?, se pueden usar aunque estén pasados de fecha... Todo lo más te dará una pequeña urticaria. La sola idea de pensarlo hace que tire la mitad de lo que tengo.

Ahora a elegir el vestido. Me paso la siguiente media hora vaciando el armario y probándome cosas. Como siga así, voy a tener que volver a pasar por la ducha. Finalmente doy con algo que queda entre elegante y sugerente, como esas webs de restaurantes que te ponen fotos pero que no te dicen el menú. Suena el WhatsApp de mi teléfono. Es Juanito.

Juanito: No te lo he dicho pero no te pongas nada demasiado elegante.

Yo: ¿Vamos a un Wimpy?

Creo que me ha quedado un poco borde. Es lo malo de los mensajes. Le añado un *smiley* sonriente y otro guiñando un ojo para suavizar.

Juanito: No, tranquila. Es por otra cosa.

Yo: Me encanta el Wimpy.

De hecho, era mi hamburguesería favorita de adolescente.

Yo: ¿Aún quedan?

Juanito: Ni idea. Te recojo en quince minutos.

Yo: Perfecto.

De perfecto, nada. He tardado media hora en ponerme como estoy y ahora tengo la mitad de tiempo para cambiar de plan y estar en la puerta. ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? Vale. Piensa... ¿qué se pondría Kristen Stewart...? ¡No! Yo no puedo ir por ahí con camisetas de grupos. ¡Lily Collins! Mucho mejor Lily Collins. Tecleo en el navegador del teléfono y veo varias imágenes con modelos que me pueden servir de inspiración mientras rebusco entre mi ropa como si revolviese en el mercadillo.

Por fin doy con algo que, salvando mil libras de diferencia en el precio, se parece: una camiseta de rayas, una levita y un pantalón pesquero. Para completar, una bandolera y mínimo tacón. Lista. Mejor cambio el pesquero por una falda tubo. Me apetece que me mire.

¿Adónde iremos? Por un momento fantaseo con los dos sentados al borde del Támesis compartiendo un cucurucho de *fish and chips*. Es como el cartel de *Manhattan* de Woody Allen pero en versión británica.

—¡Mamáááááá! —el grito desgarrador de Patty me devuelve a la realidad.

Sonrío.

Salgo como si tal cosa, lista para irme. Patty sigue gritando de fondo. Bajo las escaleras sin preocuparme. Llego al salón y ella aparece detrás de mí con la cara y el pelo cubiertos de polvo marrón.

—¡Estás loca! ¡Me has llenado la boquilla del secador de Nesquik! Mira cómo me he puesto.

—Tómalo como mechas al chocolate. Es lo menos que te mereces.

Es como yo. Cuando está nerviosa o contrariada, se lava la cabeza. Era muy fácil prepararle una trampa. Si hubiera mostrado arrepentimiento antes, se lo habría evitado. No lo hizo. Mala suerte.

—Te voy a denunciar.

—¿A Nestlé?

No le hago ni el más mínimo caso. Se desespera.

—¡Mamá!

Me acuerdo de Rose... y deo salir a Elsa...

—*Let it gooooo... Let it gooo* —empiezo a cantar.

¿No dice Rita que soy una princesa Disney?

—¡Mamá!

—*Can't hold it back anymoreee...*

—¡Deja de cantar! Así no podemos tener una conversación adulta.

—No podemos tener una conversación adulta porque TÚ no eres adulta.

Sigo a lo mío.

—*Let it gooooo... Let it gooo...*

Continúo cantando hasta la puerta. La abro y me giro hacia ella para el gran final.

—*Turn away and slam the door.*

Y salgo.

De Oscar.

—¿Hay algo que hayas deseado hacer desde hace mucho tiempo?

Se ríe.

—Muchas cosas.

¿Soy yo o ha sonado a insinuación? No. Son imaginaciones mías. Ponte seria.

—¿Por qué no las has hecho todavía?

—Porque no todas dependen de mí.

Si lo ha hecho para ponerme nerviosa, acaba de conseguirlo.

Cuando salgo por la puerta, Juanito está esperándome en su cochazo. Gracias a Dios no es el típico deportivo de futbolista. No lo digo porque sean demasiado llamativos e innecesariamente ostentosos, que también, sino porque suelen ser muy bajos y, teniendo en cuenta que me he puesto una falda tubo, tendría que tumbarme en el suelo y reptar de espaldas para poder meterme dentro.

—Hola... —saludo al entrar en el coche con bastante naturalidad.

—Estás muy guapa.

Me ha mirado las piernas. ¡Lo sabía!

—Te noto diferente...

Si me lo tomo como una consecuencia de lo que me acaba de decir, es como para tirar del freno de mano y bajarse; si, como prefiero pensar, es un añadido a lo anterior, quiere decir que las pestañas han funcionado y que no se ha dado cuenta del cambio. Es un hombre. Casi con total seguridad es la segunda opción: no se ha dado cuenta de que me he puesto pestañas postizas.

—No... Pues no me he hecho nada —le digo sonriendo mientras aleteo para sacar partido a mi nueva arma secreta de sesenta libras.

Arranca.

—¿Por qué me pediste que no me pusiera muy elegante?

Juanito se ríe.

—Cuando lleguemos, lo adivinarás.

El misterio se desvela cincuenta minutos después cuando llegamos al 30 de Clerckenwell Green.

—Dans le Noir? —pregunto cuando llegamos a la puerta de un local que

parece clausurado—. ¿Estás seguro de que está abierto?

—Tranquila, he hecho una reserva.

—¿De qué va esto?

—Es un restaurante en el que se come totalmente a oscuras.

¡¿Qué?! ¿Me he pasado más de una hora arreglándome y eligiendo la ropa para ir a un restaurante que está totalmente a oscuras? Es broma, ¿no?

—Por eso te dije lo de la ropa... como no se ve nada, es fácil mancharse.

Encima. No quiero pensar en lo que se va a reír Saima, la de la tintorería. Y mucho menos en lo que me va a cobrar.

—¿Y el menú? —pregunto.

—Tienes que adivinarlo.

Para acabar de rematarla. Estoy tan desencajada que hasta Juanito lo nota y trata de echarme un cable para que me relaje.

—Al final, te lo dicen. Todo lo que es la cena es como un juego... Un juego y al tiempo una forma distinta de sentir la comida...

Eso si acierto con el tenedor en la boca. Que me conozco, y la coordinación motora no es lo mío.

—Y de darse cuenta de lo poco que usamos los otros sentidos.

Sobre todo el común. Y yo pensando en un atardecer al borde del Támesis, que tampoco es que sea el Sena, compartiendo una ración de *fish and chips*.

—Ni siquiera sabes con quién estás sentado —añade entusiasmado Juanito.

Ah, que además no vamos a estar solos... Allá van la intimidad y las confidencias. Lástima haber metido el Nesquik en el secador. Para esto hubiera sido mejor que me enviara las invitaciones por mensajero y tomarme un Nesquik calentito viendo alguna serie. Que sí, que aprecio el detalle. Pero como cita es un poco rara, ¿o no? Ya, chicas, ya sé. El error es mío por presuponer que era una cita cuando era un reto de supervivencia.

Con todo, la experiencia en sí resulta bastante divertida si exceptuamos una cosa gelatinosa que me he echado por encima y que no sé si la buena de mi tintorera logrará erradicar sin que quede uno de esos molestos restos mortecinos que atraen la vista ajena como un imán. Hablando de imanes, tengo que pensar qué le pongo al frigorífico porque es de esos que tiene un revestimiento de plástico, de silicona, de vinilo o de lo que sea que no hay manera de pegarle nada. Sí, puedo pegar las notas o las ofertas y cupones con celo. Lo que me da rabia es que tengo una colección de imanes preciosos que no sé qué hacer con ellos. Sé lo que estáis pensando, y el microondas ya lo

tengo lleno. No cabe un alfiler.

Cuando salimos del restaurante, nos acercamos a un *pub* a tomar algo. Yo trato de tapar la mancha con la levita con lo que paso de moderna desenvuelta y glamurosa a monja intentando pasar por seglar en cuestión de segundos.

Juanito saca las invitaciones y me las entrega. Abro la mía para leerla.

MISS MARGARET WOWDEN Y MISTER CHARLES PATTERSON

TIENEN EL HONOR DE INVITARLA A LA BODA DEL MILENIO (DADA LA EDAD DE AMBOS CONTRAYENTES), QUE SE CELEBRARÁ, SI LA HOSPITALIZACIÓN DE ALGUNO DE LOS FUTUROS CÓNYUGES NO LO IMPIDE, EL PRÓXIMO DÍA 1 A LAS DOCE DE LA MAÑANA EN LA CAPILLA DE SAN JORGE EN NORTHAMPTON.

NO SE RECIBE DUELO, VAJILLAS NI JUEGOS DE TÉ

—¿A tu madre le ha parecido bien esto?

—Esa es especial para ti. La redactó el propio Charles. El resto son normales. Por cierto, quieren que vayas mañana por casa para hablar contigo.

—¿Para qué?

—Querrán que digas unas palabras. Yo voy a hablar en nombre de mi madre.

—El señor Patterson tiene dos hijos. Él no sé dónde trabaja; ella creo que es camarera o cocinera en una cafetería cerca de los Kew Gardens. No sé más. Deberían hablar ellos.

—Ahora que lo dices, no me suena que haya comentado nada de sus hijos. Apuesto algo a que ni se lo ha dicho.

—Me daría pena que sus hijos no fuesen a ir a la boda. Comprendo que él se haya sentido muy solo el tiempo que pasó ingresado en el hospital teniendo en cuenta que hasta donde yo sé, no fueron a visitarlo demasiadas veces. De todas formas, no avisarlos...

La situación me parece bastante triste. Cierro un instante los ojos, suspiro, y solo vuelvo a abrir uno. ¿Eh?

¡Horror! Se me ha quedado pegada una pestaña. ¿Puede haber algo más embarazoso? Intento abrir el ojo sin pasar por el bolón de echarle la mano. Repito la misma operación una y otra vez, parece que estoy retransmitiendo

en morse, y siempre con idéntico resultado: nada.

—¿Te pasa algo?

—No... ¿A mí? No, nada. ¿Nos vamos?

Me aprovecho de que Juanito desde que es entrenador se ha refinado un poco, y, sin hacer preguntas, paga y salimos a la calle en dirección al aparcamiento.

Me coloco estratégicamente de tal forma que el ojo que aún tengo abierto sea el que quede del lado de Juanito. Él, por el momento, no nota nada. La gente que nos vamos cruzando, sí. Veo las caras de asombro cuando me miran y oigo las risas cuando los dejamos atrás.

Llegamos hasta el coche. ¡Por fin! Quiero llegar a mi casa cuanto antes. En cuanto consigo acomodar mi prieta anatomía en el asiento, caigo en la cuenta de mi estupidez. Podía haber ido al baño del *pub* y solucionar el percance sin mayor problema. Ahora ya está.

Tengo un ojo cerrado. Treinta libras en la basura y cara de loca. Esto no me puede estar pasando... es peor que la peor de las pesadillas. ¡El bolso! Creo que tengo unas gafas de sol en el bolso. Lo abro con tanto ímpetu que estoy a punto de partirlo en dos.

—¿Necesitas algo? —pregunta Juanito, solícito, mientras enfila el coche hacia la salida.

—No, gracias. Nada... Quiero coger una cosa... —respondo intentando aparentar tranquilidad, pero para mí que no cuela aunque él no haga nada para demostrarlo. Eso es porque es un señor.

Rebusco sin miramientos arrasando todo lo que voy encontrando. Menos mal que me gusta ordenarlo, si no... Toco algo que... ¡Aleluya! Las gafas. Las cojo y me las pongo. Si antes veía solo por un ojo, ahora veo menos solo por un ojo.

—¿Te has puesto gafas de sol? —dice mientras intenta sin éxito disimular su risa.

Se acabó. Tengo que poner fin a esta situación. Finjo que se me cae algo, aprovecho que él no puede prestarme demasiada atención porque tiene que mirar hacia delante o nos matamos, y me agacho, levanto ligeramente las gafas y me arranco las dos pestañas, la pegada, y la otra, la buena. Ahí van otras cuarenta libras. Bueno, treinta, pero me duelen como si fueran cuarenta. Con las pestañas en la mano me incorporo y me reclino en el asiento segura y tranquila.

—¿Qué les puedo regalar? ¿Se te ocurre algo?

—Tú, nada. Gracias a ti se han juntado. Qué mayor regalo que ese.

Una duda me asalta.

—¿A ti te parece mal que se case?

—¿La gente en general o mi madre? —responde, burlón.

Meneo la cabeza con resignación, no hay manera de hablar en serio con él. En el fondo, en cuanto rascas un poco, aparece el mismo chico presumido y despreocupado que cuando éramos jóvenes. Lo miro un instante mientras conduce. Las luces de los coches que nos vamos encontrando de vez en cuando iluminan su rostro.

—Es raro —suelta de repente—. Tantos años con ella sola...

—Que ahora te resulta extraño verla con alguien.

—Algo así.

—Las personas tienen necesidades afectivas, ¿sabes?

—Mi madre no es una persona: es mi madre —responde no sin ironía.

Eso contiene una gran verdad. Hay una especie de bloqueo psicológico o una barrera mental para concebir a los propios padres como seres ya no digo sexuales, eso es casi tabú para cualquiera, sino como personas con necesidades afectivas básicas. Muchas veces percibimos a nuestros padres como unos entes asexuados que están ahí y que son un poco como robots programados para la crianza de los hijos. Proveen, corrigen, aconsejan, castigan, animan, pero el único amor que dan es a sus retoños. Por lo menos esa es la sensación que dan muchas parejas de la generación de mis padres. Quiero pensar que se trata de un problema de educación y de cómo estaba establecido que debían relacionarse afectivamente las parejas de clase media cuyo espejo eran la familia real y las grandes familias adineradas, que pocas veces hacen demostración pública de sus afectos. Lo normal es que lo hagan en privado y a otras personas ajenas a la familia; pero ese es otro tema que no viene al caso.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Ya lo has hecho.

Me río. Ha sido ingenioso.

—Vete a la porra. En serio, y no te lo tomes a mal...

Por un momento me pregunto si estaré a punto de meter la pata. Es posible, pero me mata la curiosidad y continúo.

—¿Te resulta raro que tu madre quiera estar con el señor Patterson ahora

que estás tú aquí o es en general?

—Ahora.

—¿Y qué pensabas cuando estabas en Italia?

No sé si me habré pasado.

—No pensaba nada. Solo en jugar y en convertirme en una estrella.

Los dos nos quedamos en silencio. Ha sido de una sinceridad inusitada.

—Hasta que tuve la lesión.

—Perdona, yo... —es lo único que acierto a decir.

Reconozco que estoy un poco abrumada.

—Está bien... No he sido un hijo modelo; lo sé. Ni lo soy ahora.

—Querías llevártela a los Emiratos Árabes contigo.

Asiente.

—Lo que tenía que haber hecho era preguntarle qué quería ella. Eso no lo he hecho nunca. He cometido muchos errores en mi vida.

—En eso aún eres un *amateur*. La profesional de los errores soy yo.

Sonríe por compromiso.

—El señor Patterson es un gran tipo. Quizá un poco punk, pero con muy buen fondo.

Ahora sonrío de verdad.

—A lo mejor todos necesitamos un poco de punk.

Asiente con una media sonrisa sin dejar de mirar hacia delante.

—Y creo que a ella la hace feliz —añado.

Me mira y sonrío. Eso es un gracias en mi idioma.

Llegamos al portal de mi casa. La cena no ha sido lo que esperaba, pero no ha estado mal.

—Gracias por la cena.

—Envíame la cuenta del tinte —me dice señalando al mancha.

Le doy un puñetazo en el hombro por bobo. Finge que le duele.

—El club te va a denunciar por lesionarme. Te van a sacar hasta el último penique.

—Puedo huir a Francia o a España. En unos meses nadie podrá ir de vacaciones —bromeo.

¡Un momento!

—¿Qué club?

—El Arsenal.

¡Eso es un notición! Y me lo dice así, como si tal cosa. Este hombre es

muy raro. O muy simple. Voy a pensar que es muy raro por no decepcionarme.

—Qué bien, ¿no?

—Sí. Al final, curiosamente, también es cosa de los árabes... son los patrocinadores del equipo.

—Es una forma de mantenerte vinculado.

—Sí, puede ser. Bueno, mañana nos vemos en casa de mi madre.

—Muy bien.

Nos despedimos con un beso y él se queda esperando a que entre. En cuanto cierro la puerta, no me puedo contener y empieza el festival. Tengo un subidón.

—¡Hurra! ¡Sí! ¡Sí! ¡Bien! ¡Bien!

Llaman al timbre insistentemente. Me paro en seco. Abro. Es Juanito con cara de agobio.

—¿Te pasa algo? Me ha parecido oír voces...

—¿Voces...? —digo mientras me paso el pelo por detrás de la oreja—. Nooo... ¿Por qué? ¿Tú has oído algo?

—¿Cuál es el mayor logro que has conseguido en tu vida?

—Poder dedicarme a lo que más me gustaba.

Asiento.

—No exactamente de la forma que esperaba, pero no me quejo. Muy poca gente puede hacerlo.

—También has luchado por ello.

—La mayoría de la gente ni siquiera tiene la oportunidad.

Eso es verdad.

Me levanto de muy buen humor. Pongo música en la ducha. *Love Plus One* de Haircut One Hundred suena a todo volumen. Perfecta para una mañana de domingo. Compruebo el secador antes de ponerlo a funcionar. Efectivamente pesa más de lo normal. ¿A ver de qué está lleno? ¿Nesquik? No, harina. El Nesquik debe haberse agotado, habrá que comprar. Harina había bastante.

Bajo a desayunar. Patty me mira decepcionada. Le entrego mi secador.

—Buen intento. No te voy a castigar, solo límpialo.

Estoy feliz y me siento magnánima. Ni me responde. Sigue muy enfadada. Si cree que me voy a enfadar porque no me hable... es que es más ingenua de lo que yo pensaba. Eso es primero de chantaje emocional, querida hija, y tu abuela es una maestra en eso. Te falta muuuucho que aprender.

Salgo de casa, saludo a la señora Byrne, que está hablando con una vecina mientras sostiene unas pinzas de madera en la mano, me subo al coche y salgo en dirección a casa de Juanito, quiero decir, a casa de su madre.

Cuando llego a casa de la señora Wowden, encuentro al señor Patterson fumando fuera.

—Hola, enfermera...

—Hay cosas que no cambian —le digo.

—¿Lo dice por esto o por aprovechar para salir?

—Por ambas cosas.

Le doy un beso.

—¿Y no ha pensado en dejarlo?

—Teniendo en cuenta la esperanza de vida que me queda. No me va a dar mucho tiempo extra.

—Sería más tiempo con ella.

—Buen tiro. Si tuviera cuarenta años, o incluso cincuenta, quizá lo haría. Con mi edad y en mis condiciones, el tiempo extra es una carga para los demás. Y las cargas hay que soltarlas.

—¿Cómo puede decir eso?

—Si quiere no lo digo, pero lo voy a seguir pensando. El problema no es morirse, enfermera, todos nos vamos a morir, el problema es el dolor y la agonía. ¿Y total para qué? Para terminar igual. La muerte no tiene remedio, el dolor sí. Vive lo mejor que puedas vivir y confía en reencarnarte en una vaca en la India.

—Es usted un pesimista.

—Tiene razón, debería ser más optimista. Tengo toda la vida por delante y una salud de hierro.

Apaga el cigarrillo.

—Vamos a emborracharnos dentro.

Nos encaminamos hacia la casa.

—Si la señora Wowden se lo pidiese... ¿lo dejaría?

—Sí, por eso no lo hace.

Lo miro embobada. Me sigue pareciendo un hombre fuera de lo común.

—Maggie me quiere, y por eso no me lo pide. Ese poder que yo le concedo sobre mí y que ella conscientemente no ejerce hace que todavía la quiera más. ¿A que nunca había pensado en el tabaco como piedra angular de la pareja?

—Usted es un peligro para la salud pública.

Un rato después estamos los tres tomando un té. Juanito ha salido y aún no ha vuelto. Lo cierto es que da gusto verlos juntos. Pienso en mis padres y qué extraño me resulta. No quiero comparar. Solo con decirlo lo estoy haciendo, lo sé.

—Le he preguntado a Juanito qué quería de regalo de boda y...

El señor Patterson no me deja ni terminar.

—Quiero que sea mi madrina y que diga unas palabras.

—Eso debería hacerlo su hija. O su hijo...

—Yo no tengo hijos. No le creas, Maggie, eso es un bulo. Me hice una vasectomía a los trece años.

La señora Wowden se ríe y le tapa la cara con la mano para que se calle.

—Charles... Esther tiene razón. Deberías hablar con tus hijos.

—De acuerdo, después de la luna de miel se lo cuento.

—¿Van a ir de luna de miel? ¿Adónde?

—A Torremolinos, a saltar desde los balcones del hotel. No te preocupes, querida, te lanzaré con cuidado.

—Eso es en Mallorca —le corrijo.

—¿Qué es lo que no hay en los hoteles de Torremolinos, balcones o piscinas?

La señora Wowden lo deja por imposible. Por lo que se ve, ese es un tema de difícil solución. Olvidad lo que dije de mis padres. Siempre hay problemas, si no son de una índole, son de otra.

En ese momento oigo la puerta. No necesito mirar para saber quién es.

—Hola... —dice una voz femenina.

Giro la cabeza tan rápido que casi me sale disparada volando.

Juanito entra acompañado por una chica despampanante. Me quedo pegada, petrificada, helada, muda, lívida, todo lo que os podáis imaginar y más.

Mucho más.

Más aún. Es el bolón de mi vida.

—¿Qué tal? —saluda Juanito.

Pues, mira, en una dicotomía. Con ganas de salir corriendo y no parar hasta Cuba y, por otra, de empezar a abofetearte hasta que me duelan las manos. Descansar un poco y seguir.

—No te he presentado a Belle, ¿verdad?

Y encima se llama Belle. Por favor, que salga ya el presentador de este programa con el ramo de flores. La inocentada ha funcionado. Ja, ja. Ha sido muy buena. Me lo he creído. Y, de paso, que se lleven a Jessica Rabbit de aquí.

—Esther...

Acabo de tener una ausencia. Me fui. Intento disimular.

—¡Encantada! —dice la pelirroja de la dentadura perfecta y cegadora.

Intentando ser lo más simpática y natural, me levanto con tal alegría y descuido que lanzo por el aire la mitad del juego de té. Ya sé qué voy a regalarles al señor Patterson y a la señora Wowden en su boda.

Tres minutos más tarde estoy en la cocina intentando secarme y limpiarme.

El señor Patterson toca la puerta y entra.

—¿Es por la chica?

—¿Qué?

No me mira: me saca placas, me hace una resonancia y un TAC.

—No; qué va... No es por ella. Estaba distraída. —No me lo creo ni yo.

—Menos mal que pincha mejor que miente, enfermera, si no lo habría pasado muy mal cuando estuve a su cargo.

Él tampoco. Sonríó a pesar de seguir desorientada.

—Puedo hacerle algo si es competencia...

Si se tratase de cualquier otra persona, lo tomaría a broma, pero se trata del señor Patterson, la única persona que conozco capaz de robar una ambulancia para ir de compras.

—Juanito y yo somos amigos desde la infancia. No, no... cada uno puede hacer lo que quiera.

—Precisamente por eso. Piénselo. Le debo una.

—¿Qué es lo que más valoras en un amigo?

—Que no me mienta.

No sé si ahondar en eso. ¿Por qué no?

—¿Con eso quieres decir que te cuente todo o que lo que te diga sea siempre verdad?

—Buff... esa sí que es una pregunta complicada.

—Lo comento porque en esto hay un matiz importante que tener en cuenta. Que no te mienta no implica que te tenga que decir todo lo que sabe si con eso te evita un problema.

—Pues, entonces, que me lo diga todo.

Conduzco de vuelta a casa.

—No te he presentado a Belle, ¿verdad? —repito imitando con desprecio el tono de Juanito.

—No. No me la has presentado —me respondo esta vez enfadada.

¿Cómo me iba a olvidar de Miss Universo? Ni siquiera me ha hablado de ella. Y eso que ayer estuvimos cenando juntos. Bueno, juntos... con un número indeterminado de personas al lado. ¿Por qué no me ha dicho nada? A lo mejor es una amiga nada más. ¿Si es una amiga, para qué la ha llevado a casa de su madre un domingo por la mañana? ¿Es una relación formal? Si es una relación formal, ¿por qué no me ha dicho nada? ¿Quiere algo conmigo? Si quiere algo conmigo, podía haberlo intentado anoche... No por nada... Estuvimos casi dos horas a oscuras... A lo mejor no se atrevió por si metía la pata y le tocaba la pierna a otra... No sé...

Barajo opciones.

¿Quiere algo con las dos? Pienso en Rita y en sus extrañas relaciones y su teoría del Frankennovio. No; no debe de ser eso, si no podía haber intentado algo cuando me llevó a casa y no hizo nada. Tampoco me había dicho que había fichado por el... ahora no me acuerdo de qué equipo era. ¿Han pasado la noche juntos? Si han pasado la noche juntos, ¿por qué quedó conmigo a cenar? Porque es una amiga. Respiro aliviada. ¡El Arsenal! El equipo es el Arsenal. Espera. Si es una amiga, por qué no decirlo ayer... Estoy a punto de entrar en un bucle y si entro en un bucle, se acabó. ¡Espera! Ayer no lo dijo porque tampoco le das a todo el mundo la lista de tus amigos. Perdona, mientras nos traen el postre te voy a contar quiénes son mis amigos... En la

A... Abigail, Ann... ¡Cuidado! Yo no soy todo el mundo. Si ella fuese tan importante, la habría llevado a ella a cenar al Dans le Noir?

Dans le Noir? El Dans le Noir? es un buen sitio para llevar a alguien con quien no quieres ir a cenar. Parezco idiota. Si es que me lo estaba diciendo. Estoy tan atenta a mis propias señales que soy incapaz de leer bien las que emiten los demás. Cómo se puede ser tan tonta. Espera. ¿Dónde estoy?

Cuando reacciono, me doy cuenta de que me he pasado de largo de mi casa diez kilómetros. Paro el coche a un lado de la carretera. En un impulso saco el móvil y busco el número del señor Patterson. Me quedo mirándolo un buen rato. ¿Lo llamo o no lo llamo? Finalmente decido guardar el móvil y conduzco de vuelta a casa, ahora sí, plenamente consciente.

—¿Cuál es tu recuerdo más valioso?

—No puedo elegir uno. Con perdón, esa pregunta es una chorrada.

—Eh, calma... Contesta lo que quieras.

—Vamos a ver... ¿Mi recuerdo más valioso de qué? ¿Familiar? ¿Sentimental? ¿Laboral? ¿Esto para qué es? ¿Para saber qué aspecto de la vida tiene más peso para mí?

—¿Por qué te enfadas?

—No me enfado.

—La pregunta te ha incomodado. No digas que no...

—Muy bien, pecosa... Cuando mi padre me regaló un balón de fútbol en mi noveno cumpleaños. Fue mi primer balón de reglamento. Salí a jugar con él y me pareció que era durísimo. Al acabar la tarde ya estaba empezando a moverme bien con él. Me creía Pelé. —Se ríe—. Estaba tan emocionado que le di un patadón y rompí un cristal de la casa que estaba detrás del campo... la del tejado rojo, ¿te acuerdas?

—Perfectamente. La que tenía la valla como de picos, como las casas americanas.

—¡Esa! Por suerte no había nadie. Recogí el balón y salí corriendo a casa pensando que me iba a arrestar la policía.

Estoy encerrada en mi habitación. La castigada parezco yo y no mi hija. El día que había empezado genial se ha torcido en un par de horas. Delante de mí tengo varios álbumes de fotos. Ya casi no se hacen álbumes de fotos. Lo que se hacen ahora son libros de imágenes. Es parecido pero no es lo mismo. No puedes sacar una imagen si no te gusta y cambiarla por otra. No sin romperlo. Quizá los libros de imágenes actuales reflejen más lo que es la vida mientras que los álbumes de fotos se parezcan más a la memoria. Que va cambiando a medida que cambiamos nosotros.

Veó un montón de fotos de viajes que he hecho con mis amigas a lo largo de los años. Y yo pensaba que tenía mal tipo... Si eso era mal tipo, qué tengo ahora, ¿el boceto? Abro el armario y, armada de valor, me planto ante ese instrumento diabólico amigo de la bruja de Blancanieves: el espejo. Me miro. Bueno, la cintura se me ha ensanchado un poco. En mi defensa tengo que decir que he tenido una hija. El pecho... Nunca he tenido mucho, así que tampoco se va a caer demasiado, ni tampoco parece que me haya empezado a crecer formando un bloque único como vaticina Carminho. De momento tampoco tengo manchas en las manos, pero donde sí que se me está haciendo evidente el paso de los años es en el pelo. Cada vez lo tengo más fino. De las raíces ya no hablo. Me acerco para verme los ojos. No me veo bolsas muy marcadas. Los ojos es de las cosas que, puesta a operarme, casi seguro que no los tocaría. Y eso que no considero que tenga unos ojazos espectaculares. La mayoría de las actrices que se los operan, y se supone que tienen suficiente dinero como para hacerlo bien, acaban con expresión de haber sido cogidas *in fraganti* robando en unos grandes almacenes o con un pétreo rictus de

desdén, que, puestos a elegir, casi es mejor.

Vuelvo al álbum. Ay, Dios... ¡El vestido de novia de mi abuela! Me había olvidado de él... Menos mal que al final lo llevé a un mercadillo... Parecía sacado de una novela de Dickens. ¡Samantha! ¿Qué habrá sido de ella? Hay tanta gente que pasa por nuestras vidas... Y en una de cada dos páginas está Juanito. Rita decía a todas horas que yo siempre estaba dispuesta a sufrir y a darlo por perdido con él en cuanto aparecía otra mujer. Puede que sea cierto y que en realidad haya estado persiguiendo un sueño imposible. ¿Cuántas veces lo he intentado y cuántas ha salido mal? Prácticamente todas. Y la vez que podía haber salido bien, cuando pasamos aquella noche en el hotel en Londres... salió peor que mal.

Pruebo un curioso experimento. Retiro las fotos de Juanito de un buen número de páginas para ver el efecto. La cosa se queda a medio camino entre el *feng shui* fotográfico y una suerte de álbum de cromos abandonado. Juanito... mientras estuviste en mi vida, estuviste de verdad, no cabe duda. Vuelvo a colocar las fotos en sus respectivos lugares y sigo adelante. Paso páginas... Y llego a David. Tomo aire y respiro hondo. Me siento rara. Veo las fotos de novios y recuerdo lo bien que lo pasábamos juntos. Sus sueños de convertirse en estrella de rock... y lo mucho que han cambiado los uniformes de enfermera en los últimos veinticinco años. Después viene la boda y el nacimiento de Patty... Me dan ganas de salir corriendo a abrazarla y devolverle el móvil. Me contengo. Saco una foto en la que estoy con ella pocos minutos después de que haya nacido. Es una imagen muy tierna a pesar de que tengo una cara horrible. Y ella... ella, como casi todos los recién nacidos, se parece a Edward G. Robinson. Solo le falta el puro.

Mi foto favorita es una en la que tendría cuatro o cinco años y está sentada en el sofá del salón con la espalda y la cabeza pegadas al respaldo, mirándome de medio lado con los ojos entreabiertos y sonriendo sin despegar los labios. La viva imagen de la serenidad. Como si nunca fuese a suceder nada que la pudiera perturbar. Se me escapa una lágrima. Estoy un poco sensible. Ver tanta foto me ha afectado más de lo previsto. Necesito movimiento.

Miro la ropa de ayer amontonada en una silla. Sin comentarios. La meto en una bolsa y me voy hasta el centro. La tintorería de Saima abre todos los días. A ver si el desastre tiene solución. Parece que sí, pero me va a salir por catorce libras. Seis más y me compro una nueva. Salgo de la tintorería con

Catlin Jones y la saludo de forma mecánica. Estoy demasiado... ¡Un millón de campanas resuenan en mi cabeza de repente! Tengo una corazonada. Me doy media vuelta y vuelvo sobre mis pasos.

—Catlin, Catlin...

—Dime...

—¿Cuándo fue la última vez que viste a mi madre?

Catlin Jones, la *esthéticienne*, se queda haciendo memoria un par de segundos.

—Debe de hacer, por lo menos seis u ocho meses. O más. Fue en el entierro de la pobre de...

Catlin sigue hablando pero yo no la oigo, yo solo oigo a mi madre diciéndome:

—Te voy a decir una cosa: Catlin Jones, que es *esthéticienne*, me paró el otro día en la tienda de Maggie y me dijo que tenía una piel maravillosa. Sin manchas. Y eso que a mi edad... Acuérdate de tu tía...

Me acuerdo, sí, pero no de mi tía.

—¿Cuál es tu recuerdo más doloroso?

—De esos sí que tengo varios.

—En esto no voy a insistir, porque no es agradable. Pasamos a la siguiente pregunta.

—La muerte de Fenella. Sí, es lo más duro que he tenido que afrontar en mi vida. El alzhéimer es una enfermedad terrible. Y lo es más cuando la persona que lo sufre es médico y sabe todo lo que le va a suceder.

—Lo siento.

No puedo decir otra cosa.

—Y también sabía que nuestro matrimonio estaba acabado antes de que enfermara. Todo la vez...

Está realmente afectado. Me arrepiento de haberle hecho esta pregunta.

—Te quedaste a su lado.

—¿Quién no?

—Hay personas que no son capaces de soportar lo que supone una larga enfermedad y no son peores personas por ello. Yo he visto de todo en mis años como enfermera.

—Yo estoy entrenado. Tengo una madre en silla de ruedas desde pequeño.

Entro en casa de mis padres como si fuera el primer día de rebajas en Harrods en el año noventa. Mi padre está con el *Times* desplegado encima de la mesa untando un guisante de Marmite sobre una rebanada de pan tostado con la indisociable mantequilla a mano para mezclar y diluir su intenso sabor a levadura. Y que no falte un generoso plato de cheddar fuerte. Lo que realmente divide a los británicos en dos no es si están o no a favor del Brexit, es si les gusta o no el Marmite. Yo soy de las que no. Es uno de esos sabores aprendidos con los que no puedo. Mi hija, sin embargo, también lo adora, por lo que en casa siempre hay que tener un tarro. Idea: si me vuelve a contestar mal, además del móvil, le confisco el Marmite. O mejor: la obligo a comerse el tarro entero de una vez.

—¿Y mamá?

—En el jardín de atrás.

Salgo y me la encuentro empujando el cortacésped con una pasión desenfrenada.

—¿Qué haces?

—Estaba un poco alto y como a Ted no le da la gana de hacerlo...

—Es césped, no la ribera del Amazonas —protesta Ted desde dentro.

—Vuelve a dormir —le espeta—. ¿Y tú, qué?

—¿Yo qué de qué? —respondo desprevenida.

—¿A qué has venido? ¿A mirar, a ayudar o a criticar?

A vengarme.

—¿A que no sabes con quién me he encontrado? —le digo.

Se encoge de hombros despreocupada.

—Con Catlin Jones.

—¿Le has pedido vez para hacerte un tratamiento?

—No —respondo mientras mastico cada palabra—. Le he preguntado si te había visto recientemente. Y me ha dicho que hacía no sé cuántos meses que no coincidía contigo. Así que te has inventado lo que has dicho de nosotras.

Se para de repente.

—Por supuesto.

—¡Lo sabía! Dios, mamá...

—Por supuesto que no lo va a admitir. ¿Quién lo haría en su sano juicio? ¿Qué creías que te iba a decir? Que tienes un cutis como una suela de zapato y que te hace descuento si llevas a tu hermana. Desde luego, parece que naciste ayer.

No puedo con ella. Me vuelvo con mi padre, me siento y le pido que me prepare una tostada de Marmite. Es lo que me merezco.

—Pensaba que no te gustaba el Marmite.

—Hay tantas cosas que no me gustan a las que me estoy haciendo...

—Tu hija estará encantada.

¡¡Patty!! Me la he dejado en casa. Salgo como entré.

—¿Adónde vas?

—Ahora vuelvo.

Una hora más tarde estamos entrando por la puerta. Entremedias, Carol ya ha llegado y mi madre hace rato que ha puesto la comida en la mesa.

—En esta casa se come a la una —me espeta nada más entrar.

—Se olvidó de mí —aclara mi encantadora hija.

—Chivata.

—Maltratadora. ¿Quieres que cuente lo del secador?

—¿Quieres que cuente yo por qué te lo puse?

Se calla. Nos sentamos a comer. Al principio todo va bien. Salvo por el hecho de que mi padre parece tener un apetito insaciable a pesar de haberse atiborrado de tostadas y queso hace menos de una hora.

—¿Me pasas las patatas?

—Si sigue comiendo así, va a enfermar —dice mi madre.

Es llamativo que hable de él como si no estuviera presente en vez de decírselo directamente.

—No tengo nada mejor que hacer.

—¿Comer o enfermar? —replica mi hermana con humor.

—Tu madre tiene sus aficiones y yo las mías.

A Ted parece que el comentario de Carol no le ha hecho gracia.

—Yo pinto.

Ted se levanta y, sin decir nada, sale de la habitación.

—¿Qué pasa? —pregunta Carol—. ¿Adónde va?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —responde mi madre—. Y aprovechad para serviros que, si no, se lo come todo. Tiene un ansia...

—¿Desde cuándo estáis así?

—Desde que se jubiló se le ha agriado el carácter, se ha vuelto perezoso y descuidado. Y maleducado. Muy maleducado. No tiene filtro.

—¿Pintar? —vocifera Ted, desde el pasillo—. ¿Llamas a esto pintar?

Y entra portando un cuadro abstracto un tanto *amateur*, siendo generosa.

—Abuela, ¿eso es tuyo?

—Es informalismo abstracto. Y vamos a hacer una exposición.

—Abstracto, desde luego, sí que es. —Carol se suma a la broma.

—Lo que significa es echar mucha pintura y manchar la casa... —replica mientras aparca el cuadro al lado de la pared.

—Si no te gusta, vete al *pub*. Total es lo que haces en vez de ir a caminar como te ha dicho el médico.

—¿El médico que va al mismo *pub* que yo, fuma como un descosido y que tiene sobrepeso? Un gran ejemplo a seguir.

Ted vuelve a coger la fuente de patatas.

—Mira quién fue a hablar. Comer, dormir y merodear por los *pubs*. En eso consiste su actividad diaria —aclara ella con maldad—. Y deja las patatas. El resto también tiene que comer.

—Mamá, por Dios —le llamo la atención.

Ted, de mala gana, deja la fuente sobre la mesa.

—¡Shhhh! Cuidadito —le reprende mi madre.

—Ni que estuvieras hablando de un perro —apunta Carol anonadada.

—Al menos los perros se alegran cuando llegas.

—Si tanto te gustan, cómprate uno.

—A lo mejor lo hago. Y como también orinan en la calle como tú, podéis ir juntos.

—¿De verdad? —pregunta Patty mientras mira a Ted con los ojos como platos.

—Lo vio la señora Talbot.

—¿Como Catlin Jones a ti, mamá?

No me he podido aguantar. Se la debía. Mi madre me fulmina con la mirada.

—No estoy entendiendo nada... —aclara Carol.

—Si quieres, también puedo ladrar —replica Ted.

—Lo haces más a menudo de lo que crees —responde, flemática, mi madre.

—¡Halaaaa! —suelta Carol.

—Ya basta. Estáis dando un espectáculo —digo intentando zanjar la riña.

—No más de los que das tú —me suelta Patty aprovechando la algarada familiar.

En vez de aplacar los ánimos, contesto sin pensar. Mal hecho.

—Tú, calladita, o te multiplico el castigo por dos.

—¿Por qué está castigada? —pregunta mi madre subrayando mi error.

Patty arde. Es tarde para disculparme. Empieza la debacle familiar.

—Dijiste que no ibas a decir nada. ¡Eres lo peor! No me extraña que estés sola.

Patty se levanta y se va.

—¡Patty!

—Deberías controlar más a tu hija.

—Eres tú un gran ejemplo para las tuyas —suelta Ted, aprovechando la ocasión.

—Pero ¿qué os pasa? —les digo.

—Pregúntaselo a ella. No para en casa.

—Porque tú no quieres ir a bailar.

—¿Salsa? ¡Por los clavos de Cristo, soy inglés!

—No te digo lo que eres porque soy una señora y están mis hijas delante.

—Pues no te preocupes. Para ahorrarte molestias, me voy. Estoy cansado. Por no decir harto.

—Eso, vete a dormir, a ver si no despiertas en un año.

Ted se levanta de la mesa y se va dando un puntapié al cuadro.

—Te has pasado, mamá —concluye Carol.

Después, las tres nos quedamos en silencio. Mi madre se echa a llorar.

—Mamá, mujer...

Mi intento de consolarla casi me cuesta una bofetada.

—Y encima poneros de su parte.

—Mamá, no estamos de parte de nadie. ¿Crees que nos gusta veros discutir?

—Dejadme en paz.

Se levanta, recoge el cuadro y se va. Intento ir tras ella, pero Carol me detiene.

—No vas a conseguir nada. Déjala que se desahogue.

—¿Me quieres explicar qué acaba de pasar?

—Un domingo en casa de la familia Parsons Lucas.

—Antes no eran así.

—Haz memoria, guapa.

Pff... chicas... esto es muy grave. Mucho más de lo que parecía. Me asalta una idea extraña.

—¿Crees que las mujeres de esta familia tenemos un gen recesivo o una clase de tara fisiológica para la vida en pareja?

—Es posible. No tenemos un historial precisamente para enmarcar.

Especialmente tú, querida Carol. Lo pienso, pero no se lo digo. Porque si se lo digo, se levanta, se va y me toca recoger la mesa a mí. Es broma. No me importa recoger. Lo que me daría mucha pena es quedarme sola después de lo que ha pasado. Me provocaría un vacío más grande del que ya tengo.

—Por cierto... tengo que contarte una cosa...

Enarco una ceja.

—... si prometes que no te vas a enfadar conmigo.

—¿Qué puede ser peor que esto?

—Si supieras que en un año vas a morir de manera repentina, ¿cambiarías algo en tu manera de vivir?

—Con de manera repentina entiendo que quieres decir de un infarto o algo que no afecte a otros, ¿no?

—Sí.

—Entonces, sí.

—¿Por qué?

—Porque, aunque como te dije antes, no me gustaría saber cuándo me voy a morir, si lo supiera, intentaría estar el mayor tiempo posible con las personas a las que aprecio y dejar los menos cabos sueltos posibles. Si la pregunta va sobre si me gustaría viajar a algún lugar exótico o cumplir algún sueño de infancia, la respuesta es no. Solo estar tranquilo y poderme despedir con calma. Dejar claro a toda la gente que quiero que la quiero. Algunos lo saben y otros, quizá porque no he sabido hacérselo ver, no.

Juanito se queda callado un segundo pensando algo.

—Una cosa más. A lo mejor es un poco rara... Ya que sabría el día que me voy a morir, me gustaría celebrar mi funeral el día antes y verlo.

—Necesito que me ayudes a hacer una mudanza.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Mañana.

—Mañana trabajo, Carol.

—Por la noche.

Ya empezamos. Seguro que ha hecho una de las tuyas.

—Te vas a marchar de tu apartamento sin pagar. Es eso, ¿verdad? Claro.

¡Lo sabía! Es que con ella no hay manera. Deja el trabajo, se gasta el dinero y luego no tiene para pagar el alquiler.

—No —me suelta rompiendo mi línea de pensamiento.

—¿Cómo que no?

—No llevo ni un mes en el apartamento. He tenido que pagar el alquiler por adelantado y dos meses de fianza. Podría quedarme dos meses más.

—¿Entonces por qué te quieres mudar?

—Eso ahora no viene al caso.

—Estamos hablando de que te mudas y la razón de por qué lo haces no viene al caso. Me encanta tu lógica.

—¿Me vas a ayudar sí o no?

—Sí, pero...

No me deja terminar.

—Tiene que ser de noche.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

Parece que estoy hablando con mi madre.

—¿Y no puede ser el fin de semana?

—No.

—¿No?

—Tiene que ser por la semana, de noche. Me vale cualquier día de lunes a jueves.

—¡Pero qué más te da si tú no trabajas!

—Si no me quieres ayudar, vale: pero deja de freírme a preguntas. Me estás volviendo loca.

¿Que yo la estoy volviendo loca? ¿Yo? ¿Fui yo a la que le dio la crisis de los cuarenta y quiso ponerse a trabajar con un exnovio? ¡No! ¿Fui yo la que se marchó de casa sin decírselo a sus hijos? ¡No! ¿Fui yo la que casi se lía con su exnovio? Sí, pero no cuenta. Estoy semidivorciada. Sigo. ¿Fui yo la que se acostó con el novio de Rita? ¡No! Y eso que lo intentó en repetidas ocasiones. Recogida. Tiene que haber sido recogida. No puede ser mi hermana. Lo digo en serio. Si ni siquiera tenemos el mismo color de pelo ni de ojos. A mí me parece bien que mis padres decidieran adoptar si pensaban que no podían tener niños, pero podían habérselo dicho. Además, eso explicaría muchas cosas. Yo no sería una segunda, sino una primera natural tardía que, en muchas cosas, se parece a una superprimera. Volviendo al tema. Loca me está volviendo ella a mí. Ella, mi madre y mi hija. ¿Qué hago? ¿La ayudo o no? Me dan ganas de mandarla a paseo, pero me puede la curiosidad.

—Muy bien. Pues el miércoles por la noche.

—¿Por qué el miércoles? —pregunta.

—¡Pero no decías que te valía cualquier día de lunes a jueves!

—Tranquila... Eh... Que solo es curiosidad.

—Pues porque, por poco que tengas, habrá que hacer cajas y no me quiero dar una paliza

—Vale.

Nos pasamos la noche del lunes pidiendo cajas por cuanto pakistání encontramos. La del martes la dedicamos a recoger y empaquetar sus cosas. Me paso el miércoles mirando el reloj deseando que llegue la noche y se desvele el misterio de la mudanza. Joao, el hijo de Carminho, recibe el alta y una colleja regalo de su madre. Yo tengo sensaciones encontradas con el chico. Mi lado más romántico está con él. Ha renunciado a una cuantiosa suma de dinero por amor. Mi lado madre le recuerda que lo tengo pillado. Si

le digo a mi hija que era mi espía, adiós a cualquier posibilidad con ella. Conclusión: el amor es el peor enemigo del bolsillo. Corolario: antes le pagaba por espiar para mí y ahora espiaré gratis. Y no le cobro, porque soy buena. ¡Ja, ja, ja! Perdón.

Por fin llega la hora de salir, llamo a casa y le digo a Patty que llegaré tarde. ¿Cómo de tarde? Ya te gustaría saberlo... Eso es de primero de madre y yo ya voy por tercero.

Alquilo una furgoneta pequeña y me planto en el apartamento de Carol. Cargamos las cajas y cuando vamos a montar, me pide las llaves.

—Conduzco yo.

—No puedes conducir tú. El seguro solo me cubre a mí.

—Tengo que conducir yo —insiste.

Vale. Ya sé a dónde vamos. Se va a mudar a casa de Noel Carter y cree que si lo sé, no la voy a ayudar. No me hace gracia, aprecio a Kerry y creo que debería darle una oportunidad. ¿He dicho Noel Carter, verdad? Un momento. No se va a ir a casa de Carter... Perdón, es que me suena fatal. Y llamarle Noel es otorgarle una confianza que no tiene. Repito. No se va a ir a casa de Noel Carter porque el otro día él no sabía nada de ella. Y si se fuese a mudar a su casa, la ayudaría él, digo yo. A no ser que el propio Noel Carter ignore la decisión de mi hermana. Por otra parte, muy propio de ella. Resumiendo, le doy las llaves y que sea lo que Dios quiera.

Estoy un poco nerviosa y pongo la radio. Suena *Everytime You Go Away* de Paul Young. Ni a propósito.

Carol, como casi todo el mundo que se siente culpable por algo —la primera de la lista, yo—, cree que su subconsciente se ha metido a *disc-jockey*. Apaga la radio. No, hermana. La vuelvo a encender.

—Me gusta esa canción.

—Es deprimente —me dice para justificarse.

No cuela. Después comienza a sonar *Who Can It Be Now* de Men at Work. Ahora soy yo la que empiezo a pensar que está pinchando su subconsciente. Quince minutos después mi teoría de que vamos a casa de Noel Carter se va al garete cuando tomamos Church Road. Espera... No iremos a... Park Road. ¡Sí! Carol vuelve a casa. Me dan ganas de besarla.

Aparca a unos veinte metros enfrente de su casa.

—Tienes sitio casi delante.

—No vamos a mi casa.

—¿Qué?

—Vamos aquí —dice mientras señala el portal que tenemos delante.

Me he perdido algo.

—¿Cómo que no vamos a tu casa?

—Ya te lo he dicho —responde mientras se baja—. Y no te quedes ahí o nos van a a ver.

Me bajo, pero sigo sin entender nada.

—¿Quién nos va a ver? Son las doce y media de la noche.

—Alguno de los gemelos o Kerry. Y cállate.

—¿Y qué pasa si te ven?

—Que no quiero que me vean.

—Entonces ¿para qué te estás mudando casi enfrente de tu casa?

Carol, con la primera caja en las manos, se para.

—¿Te lo tengo que explicar? —suspira—. Quiero saber si me echan de menos...

—¿Vas a espiar a tu marido?!

—No exactamente. Quiero ver si se comporta igual que cuando estaba yo. Si se nota mi falta.

—Cúbrelo con todos los eufemismos que quieras o disfrázalo de experimento sociológico, pero te has mudado aquí para espiarlo. Y lo has hecho con nocturnidad, premeditación y alevosía.

Que nunca he sabido qué significa, pero siempre lo dicen en las películas.

—¿Ves? Por eso no te lo podía decir. Sabía que me ibas a montar el numerito.

—Tú-estás-majara.

En serio: ¿qué le pasa a esta familia?

—¿Qué significa la amistad para ti?

—No tengo muchos amigos; conocidos sí, pero amigos, muy pocos. Creo que los puedo contar con ambas manos y me sobran dedos.

—Esa no era la pregunta. A ver, no, en serio...

—Hasta hace no mucho pensaba que la amistad era importante.

Esa declaración me descoloca. Y a mí las cosas descolocadas... que se lo digan a las pinzas de la señora Byrne.

—¿Y ya no lo piensas?

—Cada día lo pienso más. Lo que sucede es que me he pasado media vida confundiendo camaradería con amistad, ¿entiendes?

—Desde luego.

—Haber vuelto aquí ha servido para que me dé cuenta de a quiénes considero mis amigos de verdad. Gente a la que quizá hace un montón de tiempo que no ves, pero con la que existe un vínculo. Una conexión especial fuera del tiempo. No hablo de personas que hayan sido importantes en tu vida, sino de las que son parte de lo que tú eres.

—¿Y le ayudaste? —pregunta Rita mientras revuelve un burro lleno de abrigos de los setenta en Blackout II.

—¿Qué iba a hacer? Estábamos en medio de la calle y había alquilado la furgoneta por horas. Si veis una *blazer* fucsia, avisadme —anuncio.

—Yo la hubiera dejado allí plantada —suelta Doreen—. ¿Vas a decírselo a Kerry?

Esa es una de esas preguntas sin una buena respuesta; como, si lo supieras a ciencia cierta, ¿le dirías a tu mejor amiga que la engaña su pareja? o ¿qué prefieres ponerte para salir, pantis o medias? Por lo general, las medias son más bonitas y más estéticas, pero los pantis son más resistentes y más cómodos. Habrá quien prefiera los calcetines, pueden ser bonitos y resistentes; ahora, estéticos y cómodos como unas medias o unos pantis, no son.

—No. Le he dicho que tiene que ir al psicólogo. Y, de paso, que lleve a mi madre.

—Dale pastillas —sugiere Rita—. Pastillas de la felicidad.

—¿Antidepresivos? Mi madre no está deprimida.

—Pues, por lo que cuentas, contenta tampoco la tienes —apostilla Doreen con tonito.

Cómo la odio cuando le dan esos ramalazos y se pone repipi: «Contenta tampoco la tienes». Ñi, ñi, ñi, ñi, ñi... ¡Agh! Me recuerda a cuando estábamos en el colegio. Menos mal que ha cambiado.

—Pues a mí una temporada me dieron fluoxnosécuántos.

—Fluoxetina: Prozac —sentencia Doreen al tiempo que pesca una blusa

que parece sacada de los tiempos de los Peaky Blinders.

—No, Prozac, no. Era otra cosa.

—Es lo mismo, Rita —le aclaro—. ¿Te fue bien?

—Estaba en un momento complicado. La peluquería no acababa de funcionar, y como el banco no me quería dar ni una libra más, le pedí dinero a una gente.

Rita juntándose con prestamistas. ¡Wow! Es como una de nuestras aventuras adolescentes. Apuestas, persecuciones, disfraces... Rita y yo escapando de algún delincuente... Cuántas emociones.

—¿Y qué pasó? —pregunto excitada.

—Solucionar, no me solucionó nada, pero me importaba todo un pito. Feliz si salía el sol porque calentaba y feliz si llovía porque refrescaba. Todo me iba bien.

—¡No! ¿Qué pasó con los prestamistas? —corrijo.

—¿Quién ha dicho que fueran prestamistas? Eran los primos de mi novio de entonces.

—Ah —digo un poco chafada.

Error. Rita Mott nunca decepciona y no pasan ni cinco segundos antes de que se lance a relatar la historia del préstamo misterioso.

—Fue hace unos cinco o seis años. Sin saber muy bien por qué, de la noche a la mañana la clientela empezó a bajar. Supongo que sería cosa de la crisis.

—Por la fechas es más que probable. Menos las colas de urgencias, todo bajó en esos años —matiza Doreen como si fuera una nota a pie de página.

—Lo dicho: solo venían algunas señoras a peinarse el fin de semana y poco más. Cubría el alquiler de milagro. Salía con un tipo que tenía unos primos que eran dueños de una panadería que, extrañamente, iba de coña. Tenía que hacer algo y les pedí el dinero.

Está deseando contarle todo, pero lo deja ahí para que preguntemos. La conozco tanto... A veeer. Valeee, insistiré.

—¿En qué te gastaste el dinero? —digo para que continúe de una vez.

—Se me ocurrió una cosa: contraté una doble de Madonna y un fotógrafo profesional para que le hiciera un reportaje.

Eso no me lo esperaba. Estoy en albis.

—Sacamos una foto delante de la peluquería haciendo como que había firmado en la luna con aerosol y el resto haciendo el idiota en la calle y

bailando en un par de clubs.

—¿Y por qué no le hiciste las fotos dentro? —pregunto ingenuamente.

—Tú has visto mi peluquería. Nadie se creería que se peinó allí.

—Las estrellas son muy raras —comenta Doreen.

Rita valora si contestarle, pero decide seguir con la historia.

—Después las tuiteamos como #NocheLondresMDNA aprovechando que estaba de gira en Europa y había tocado un par de fechas en la ciudad. Dos días después de los tuits pagué a un tipo de un periódico gratuito de la zona para que publicara la foto de la peluquería con el titular: «¿Gamberrada o memorabilia?».

—¿Funcionó?

—Sí, al principio sí. Incluso me llegué a plantear cambiar el nombre a la peluquería y ponerle La Isla Bonita. Luego empezó a bajar. Al final no fue la bomba que esperaba, pero conseguí clientas nuevas. No las suficientes como para devolver el préstamo, pero sí para ir tirando y, claro, los panaderos se empezaron a impacientar. Ahí empecé con las pastillas. Además, un par de meses después recibí una carta de un bufete de abogados de Nueva York. La broma había traspasado el Atlántico.

—¿Y cómo lo solucionaste?

—Convencí a mi novio para que les pidiera la furgoneta de reparto a sus primos con la excusa de trasladar unos muebles y lo grabé rompiendo la luna vestido con un mono de la panadería y fingiendo que estaba borracho. No se le reconocía.

—Vandalismo y conducción bajo los efectos del alcohol —señala Doreen.

—Les envié el vídeo y les dije que ya les devolvería el dinero cuando pudiera, pero que si me seguían dando el coñazo, lo mandaba a la prensa y de ahí al juzgado no tardaba nada. Y aproveché para enviárselo a los abogados de Nueva York para demostrarles que no tenían nada de qué preocuparse.

—¿Y a tu novio no le partieron la cara? —pregunta Doreen.

—Sí... —asiente Rita varias veces mientras aprieta los labios—. Eso no lo calculé bien. Y eso que la cara estaba borrosa.

—Rita, mujer, les pidió la furgoneta.

—Ya. Menos mal que tenía las pastillas, si no lo hubiera pasado fatal de verdad. En fin.

No doy crédito. Solo Rita Mott podría hacer algo así y salir bien. Bueno, más o menos bien. Por lo menos no acabó en la cárcel.

—Dale Olanzapina y Fluoxetina —suelta Doreen.

—¿Podéis hablar en cristiano? —protesta Rita.

—¿Si te digo que le dé Symbyax te aclaro algo? —le replica.

—Tampoco.

—Pues qué más te da —concluye Doreen—. Si tu madre tiene esos cambios de humor a lo mejor lo que le ocurre es que es bipolar.

—Mi madre no es bipolar —protesto.

—Bipolar es Rose —apunta Rita encantada de haber dado con una clave que comprende.

—Rose no tiene nada de bipolar, lo que pasa es que como te lleva la contraria, te cabrea —puntualizo.

—Hazme caso: que la vean. Contraataca con química. Hay muchas opciones.

—Estoy de acuerdo con Doreen —suelta Rita satisfecha.

¡Bien! El entusiasmo no es por el consenso de mis amigas, es porque doy con una pequeña joya.

—¡Mirad qué falda! Me encanta.

—*Blazer* fucsia a tu derecha —señala Rita.

Giro la cabeza y la que se suponía que era mi mejor amiga aprovecha mi despiste para arrebatarme la falda.

—¡Eh!

Intento recuperarla, pero camina hacia atrás a la misma velocidad que Michael Jackson hacía *moonwalker*.

—En las rebajas y en el amor todo está permitido —dice riéndose mientras se pone la falda por encima de la ropa para ver el efecto—. No está mal. ¿Cuánto vale?

—Rita, por favor... —suplico.

—¡¡¡Cinco peniques!!!

—¡El *etiquetazo*! —anuncia Doreen. Ya nos podemos ir. Hemos hecho el día.

El *etiquetazo* es una tradición londinense que, al parecer, proviene de los antiguos mercadillos ambulantes y que se ha vuelto a poner de moda en las tiendas *vintage*. Los vendedores anunciaban que habían etiquetado una prenda con un precio simbólico para animar a los posibles compradores a buscar el tesoro entre la mercancía. Supongo que, en cierto sentido, podría considerarse un antecedente de las actuales rebajas, aunque, para mí, se

parece más a una versión ambulante y textil de la sorpresa del Plum Pudding.

—Es mía. La encontré yo... —protesto.

—La ley de la rebaja: se la queda quien la lleva a la caja —proclama Rita.

Otra tradición muy inglesa. Y, acto seguido, echa a correr. ¿Qué tiene? ¿Quince años? Pues no se la va a quedar. Como que me llamo Esther. Echo a correr tras ella y le hago un placaje que termina con las dos en el suelo. Forcejamos y consigo arrebatarse la falda. Me levanto triunfante y mostrando mi trofeo victoriosa para descubrir que Doreen lo ha grabado todo con su teléfono. ¡Horror!

—Para —le digo.

Baja el móvil y sonrío maliciosa. Sé lo que viene a continuación.

—¿La falda o lo subo a YouTube?

—A mí me da igual —suelta Rita, recomponiéndose.

—Tú no tienes una hija que se pueda avergonzar de ti ni una familia que te lo reproche —informa Doreen con precisión quirúrgica.

—Eso es verdad. Dásela.

—No te lo tomes a mal, pero no te va a servir —digo poniendo mi voz más inocente mientras se la muestro cuan larga es como si la cogiera con pinzas.

Es un golpe bajo y un comportamiento pasivo agresivo de libro. ¿Me estaré volviendo como mi madre? No. Aún no. Creo. Es igual. No me duele habérselo dicho. El suyo también ha sido un golpe bajo. Y ahora estoy muy sensible con el tema familiar. Además, estoy desesperada.

—Necesito esa falda. Es una compensación del karma por todo lo que estoy pasando.

—Tú no crees en el karma —suelta Rita.

—Vale, pero me gusta mucho *Karma Chameleon* —es lo primero que me sale—. Doreen: le he dejado dinero a mi hermana y, aunque la madre de Juanito insista en que no tengo que comprarle un regalo, tengo que comprarle un regalo si voy a ejercer de madrina. Y, claro, también me tengo que comprar un vestido. ¿Y para qué si Juanito está saliendo con la hermana pelirroja de Halle Berry?

La cara de mis amigas muda a blanco seda en el caso de Rita, yo nunca consigo esos matices grisáceos, y a blanco frío en el de Doreen. El blanco frío va muy bien para los salones iluminados y tiene un tono azulado como el que parece que desprende la cara de la Snyder ahora y que combina muy bien. Ni que decir tiene que, como yo, tampoco lo sabían.

—¿Qué dices? ¿Me puedo quedar la falda?

Pongo carita de dibujo animado japonés.

—No.

—¿Por qué? Si no te va a servir.

—Si no me sirve, me hago un bolso con ella.

Eso es maldad.

—Pues déjame dinero para el vestido y para el regalo.

—Eso sí es karma —apunta Rita.

—Está bien —concede magnánima Doreen.

Oigo el sonido lejano de las trompetas celestiales. ¡Viva la amistad! Estoy salvada. Bueno, no... porque le voy a deber un pastón. Relax. Está forrada. Tampoco pasa nada porque le pague a plazos. A plazos largos. Como a los panaderos.

—Y lleva un chulazo —añade Rita.

—Eso no lo pago.

—Pues lleva a tu no ex —concluye—. Bajo ningún concepto vayas sola.

—¿Qué tiene de malo ir sola? —protesto.

—Es verdad, Rita. Un hombre que va solo a una boda es un partidazo, ¿no? Si va una mujer sola, ¿qué es? ¿Un saldo? ¡Es increíble!

—Noooo... Claro que no. No entendéis nada. Qué poco mundo.

Se gira hacia mí.

—¿Quieres atacar?

—¿A Juanito?

—Al señor Patterson no va a ser...

Gracias, Doreen. Así te suba el colesterol, te den millones de sofocos en la menopausia y te destiña tu blusa favorita.

—No lo sé.

La eterna duda. Esa soy yo.

—Si te decides a hacerlo, tienes que partir de una situación de igualdad. Tu ex no está nada mal. No es Clooney, pero tiene un pase... —se lo piensa— o dos.

—¡Rita...!

—Yo todavía no me he besado con él. Tú lo has hecho con el mío.

—Fue al revés.

—Detallitos.

—Me tengo que iiiirrrrr... —dice Doreen volviéndonos a centrar.

—Resumiendo: si quieres atacar a Juanito, lleva compañía. Tú no eres menos que él. También llevas machaca.

—¿Y si no quiero machaca?

—Puedes bailar con él o que te vaya a buscar las copas.

De acuerdo. Es raro. Más que raro es una solución muy Rita. No sé si es para mí.

—Aclarado el asunto, dame lo mío —me dice—. No me he olvidado.

—Espera —le digo—. ¿Y con mi padre qué hago?

Se me queda mirando con cara de Furby asustado.

— Es que ya que estamos...

No se lo piensa ni un segundo.

—Despiértalo. Sácalo a pasear. Márcale un horario y créale rutinas, como hago yo con vosotras en el hospital.

—Eso último sobra. Ibas muy bien.

—La falda —añade reclamándola con un gesto.

Se la entrego; más por el consejo que por la amenaza.

No es cierto: es por la amenaza. No quiero triunfar en You Tube. Y también por el préstamo. Nos dirigimos a la caja. Ya que estamos con terapia de grupo de amigas aprovecho los conocimientos de Rita.

—Mi hija Patty se ha cortado el pelo como Billy Idol...

—Con la melena tan bonita que tenía —lamenta Rita.

—... y, por si fuera poco, se lo ha teñido —concluyo.

—¿De rubio? —pregunta Doreen.

—Quiero quitárselo. ¿Tú qué crees?

Doreen pone cara de «tranquila». Rita comienza el interrogatorio técnico por parte de Rita.

—¿Color?

—Rosa chicle estilo Pink hace unos años.

—¿Se ha lavado la cabeza recientemente?

—Sí. Le cayó Nesquik encima.

Me miran raro.

—Cosas... Es largo.

Retomo.

—¿Qué puedo hacer para quitárselo?

—Puedes ponerle un marrón o un cenizo oscuro. Mi consejo es que con ese corte le quedaría mejor el rubio platino. Para eso, lo primero es aplicar

decoloración. Le irá bien, siempre y cuando no tenga un pelo débil o se lo puede llegar a cargar. Agua oxigenada. La tienes unos quince o veinte minutos. La quitas... y lo repites todo otra vez. Después, le pones un tinte 10.1 platino ceniza. Le va a quedar bastante blanco. Para recuperar un poco el pelo, ponle un tratamiento de queratina, el EMK de Revlon va bien. Son cuatro fases.

—Para, para... ¿Sabes qué te digo? Que se queda como está.

—¿Se lo hago yo? —pregunta resignada.

—No. Que sufra la humillación de llevar las raíces de otro color cuando le crezca.

En resumen: pastillas y psicólogo para mi madre; programación y orden para mi padre y, si tengo ganas y paciencia, rubio platino para mi hija. Y a mi cuñado no le digo nada para no darle un disgusto. Lo mejor: que he cambiado una falda de cinco peniques por un préstamo sin intereses para un vestido y un regalo.

Sí, no me olvido de lo de David... pero eso... merece una reflexión.

—¿Qué importancia tienen el amor y el afecto en tu vida?

—¿En abstracto o en mi vida tal y como es hoy?

—Me da que estás tratando de escamotear la respuesta.

—Es que son dos preguntas muy distintas.

—Contesta a las dos.

—El afecto... No soy una persona afectuosa. Vamos a ver... sí soy afectuoso, pero no en público. No me gusta que me toquen en público. No sé por qué me preguntas esto si ya lo sabes.

—Los futbolistas os abrazáis y os dais palmaditas cuando metéis un gol.

Baja la cabeza y me mira como si se preparase para embestirme.

—Es brooooooma.

—¿Y el amor?

—Mucha, pero es más fácil meter un gol desde el centro del campo que acertar.

Tengo que pensar. Me queda algo de tiempo y me voy a uno de mis lugares favoritos: el estanque de patos del parque. Por el camino pienso que algo no debe de funcionar bien en mi cabeza porque acabo de caer en que me atraen los hombres obsesionados con su trabajo. Supongo que eso querrá decir algo. ¿Qué? ¿Que me gusta la gente responsable o que en el fondo no quiero que mis parejas pasen demasiado tiempo conmigo? Tengo cuarenta años, estadísticamente estoy casi en el ecuador de mi vida. Mi vida. El problema es que mi vida no soy solo yo. Ya me gustaría. Son mis padres, que parecen los robots del Rock'Em Sock'Em, a ver cuál de los dos noquea al otro; mis hermanas, a cada cual más perdida; mi no ex y mi amor platónico; mis amigas, que por lo menos son estupendas, y el hospital. Y la familia de Carol, claro. Pobre Kerry. Todo el mundo lo deja de lado últimamente. Hasta yo haciendo memoria.

Me acerco al estanque y miro a los patos.

—¿Hacerse mayor era esto? ¿Vosotros qué pensáis?

No me dedican ni un triste cuak. Esas dos preguntas son simplemente las primeras. Las dos más importantes vienen después.

¿Estoy donde quiero estar? Pues no sé. En parte sí y en parte no. Qué gran respuesta acabo de dar. Me explico. Laboralmente, no me quejo. Hay cosas que me gustaría hacer y que nunca me decido, de ahí el no, pero tengo la profesión que siempre he querido tener, ese es el sí. ¿Estoy con quien quiero estar? Si dijese que sí, entonces podría decir que estoy más que razonablemente a gusto con la vida. Seguiría en la línea en la que estoy trabajando para mantenerla y disfrutaría de lo que tengo. Eso si dijera que sí.

Que no es el caso. Si dijese que no, tendría que dar un volantazo a mi vida y tratar de buscar otro lugar, otra forma de vida, si no quiero acabar siendo una persona frustrada. Tampoco es el caso. Entonces, ¿qué?

Pfff. Voy a ser sincera. Antes debería preguntarme: ¿sé con quién quiero estar? Pues, mirad, chicas. No. No lo sé. Eso por lo menos lo sé. Sé que no lo sé. Suena a contradicción. Tal vez lo sea. A lo mejor es que hoy estoy más optimista o vete tú a saber. El caso es que yo, hoy, lo veo como un comienzo. Tengo la certeza de que tengo una incerteza, que ya es algo. Lo que sería imperdonable a estas alturas de la película sería no tener el valor suficiente para ponerme delante del espejo, en este caso de mi reflejo en el estanque, y preguntarme si tengo la vida que quiero tener.

¿Sabéis qué? Voy a llamar a David.

Saco el móvil.

Mejor no.

Me quedo mirándolo un instante.

—Ahora tenemos que decir, una cada uno, cinco características que consideremos positivas el uno del otro. Empieza tú.

—No. Tú, por preguntar.

—Está bien... Eres muy tenaz.

—Bondad. Eres muy buena persona. Siempre te preocupas por los demás.

—Inconformista.

—Soñadora.

—Divertido.

—Generosa.

—Leal —le digo.

Juanito sonrío.

—Eso, también tú.

—Huy... empezamos a repetir. ¿Crees que ya no tengo más cualidades?

—Te toca a ti.

—Valiente.

—Y tú, muy guapa.

—Gracias.

Suena el timbre de la puerta. Abro y me encuentro con David. Me saluda con un beso en la mejilla. Entra y pasamos al salón.

—¿Quieres tomar algo?

—¿Tienes Battenberg?

Esa es una de las cosas que compartíamos los tres, el gusto por los Battenberg Cakes con independencia de que fuera el día de San Jorge o la hora del té. Sonrío para mis adentros. Procuro tener uno para Patty, o por si sufro algún ataque de nostalgia familiar.

—Claro.

Un rato después nos hemos tomado sendos té, hemos dado cuenta de medio Battenberg y hablado de suficientes generalidades como para entrar en materia más personal. Supongo que lo hemos hecho así porque ambos tenemos miedo de pisar alguna mina y dinamitar la buena sintonía que hemos conseguido recuperar. No sé si ese miedo quiere decir que el terreno que pisamos en realidad no es sólido y ambos lo sabemos o, simplemente, que queremos abandonar la tierra de nadie y conquistar al enemigo. Pensándolo bien, tal vez la terminología bélica no sea la más adecuada. Tanto da. Yo me entiendo.

—He vendido una canción.

—¡Qué bien! ¿A alguien que conozca?

—Brenda.

¿Esa no es la cantante de su antiguo grupo? ¿El que tenía poco antes de casarnos?

—¿Te acuerdas de ella?

Esa pregunta me lo acaba de confirmar. ¿Me está dejando caer que va a volver con esa... esa...? Si dijese en alto cualquiera de las cosas que me vienen a la cabeza en este momento, quedaría en muy mal lugar.

—Sí, claro. Qué bien, ¿no?

Respondo como si no me importara. Es llamativo cómo algunas viejas heridas, de las que ya creíamos que ni siquiera quedaban cicatrices, se pueden volver a abrir con una facilidad pasmosa. A lo mejor mi madre tenía razón y mi piel no es tan buena y resistente como yo pensaba. Me sorpendo sintiéndome insegura porque David haya vuelto a tomar contacto con ella. Por un momento, me pongo en su lugar y pienso en lo que puede estar sintiendo él cuando ve a Juanito cerca. ¡*Touché!*

—Sí, le está yendo bastante bien. El nuevo disco se lo quieren producir a lo grande y lanzarlo en Asia, además de en América y aquí. Curiosamente, tiene muchos fans en Japón y en Corea. A ver qué pasa.

Se queda callado un par de segundos. Creo que se han terminado los preámbulos.

—Imagino que no me has llamado para saber cómo va mi carrera musical. Querrás hablar de Patty.

—En realidad, no.

Se queda bastante sorprendido.

—Quería proponerte una cosa.

Arquea una ceja.

—No es nada raro... —comento entre risas.

—Lo que estaba pensando no es nada raro —responde David sonriendo.

Me río. Lo he pillado.

—Quería preguntarte... No sé si sabes que la madre de Juanito se va a casar...

Asiente.

—Me lo ha contado Patty.

—Bien. Lo que quería preguntarte es si te apetecería ir a la boda conmigo.

No dice nada. Me empiezo a poner nerviosa. Y cuando me pongo nerviosa, hablo. Hablo sin parar. Sé que no es bueno, porque cuanto más hablo más posibilidades tengo de meter la pata. Y eso me pone aún más nerviosa.

—Voy a ser una especie de madrina al revés. Porque la madrina normalmente suele ser mayor que la novia.

¿Qué os dije? Viva la obviedad.

—O por, por lo menos, pariente, y en este caso, nada de nada —intento explicar.

Ese nada de nada no me ha quedado bonito.

—Me refiero a que... Ya conoces a la señora Wowden... Es estupenda, encantadora y como el señor Patterson estaba en el hospital conmigo...

Me he acelerado. Lo noto. Él también. Me conoce muy bien.

—Perdón. Lo siento. No debí habértelo propuesto. Es verdad. Nada. Olvídalo.

—No.

Me lo dice mientras me toma la mano para que me calle. Un método que, conmigo, suele funcionar.

—Me apetece ir. Me siento muy halagado de que me lo hayas pedido.

—¿En serio? ¡Bien! ¡Bien! ¡Biennnn!

Me temo que esto lo he dicho en alto. Me quedo cortada.

A David se le queda la misma sonrisa que se le suele quedar a Epi después de preguntarle a Blas. No puedo con esa cara. Lo beso en los labios.

Me separo. Creo que he metido la pata. Él debe opinar que no, porque ahora es él quien me besa a mí. A partir de ahí ya no sé decir bien quién hace qué y en qué orden.

Acabamos en la cama.

NO ESTABA PREVISTO.

Lo juro. Ha sido bonito, intenso, evocador... y me ha dejado dos cosas claras.

Uno: siento más cosas por David de las que pensaba.

Dos: tengo que volver al gimnasio o hacer algo de ejercicio porque no estoy tan flexible como creía y me duele la espalda. Más que la espalda en sí, a la altura de los riñones. A lo mejor he cogido frío. ¿No estaría la ventana abierta? Miro aterrorizada. No. Y tenía la persiana medio bajada. Menos mal. Solo me faltaba que me viera la señora Byrne en su búsqueda del cambiador de pinzas enmascarado.

Me viene a la memoria que la última vez que había estado con alguien fue en la época en que arrasaba ¡Viva la vida! Tengo que ver quién está de número uno esta semana.

—¿Y Patty? —suelta David a bocajarro devolviéndome al mundo de sopetón.

—Está en casa de Orla. Eso me ha dicho. A mí no me engaña. Seguro que

si llamo a Carminho, Joao tampoco está en casa. Habrá quedado con él.

No he llamado a Carminho para ver qué tal está. La he visto en el hospital, claro. Eso no quita para que le deba un té o una comida para charlar.

—Tiene que crecer —dice David—. Todos hemos sido rebeldes a su edad. Se llama rabia adolescente por algo.

Me gusta su sentido del humor.

—Sí, pero quiero saber por qué siente tanto odio hacia mí. Hace nada nos llevábamos fenomenal.

La pregunta queda en el aire. Oigo la llave en la puerta de la calle.

—¿Patty?!

Me equivoqué en mi predicción: no estaba con Joao. Debe de haber ido realmente a casa de Orla. ¿Por qué los hijos tienen que obedecer cuando uno espera que no lo hagan? Tengo un *déjà vu* con lo que pasó con Marco, el protonovio de Rita, cuando se alojó en mi casa. ¡Por favor! ¿Será posible que no pueda disfrutar de una situación normal con un hombre en este dormitorio? Pues no.

—Escóndete —le grito.

—¡Es mi hija!

—¡Escóndete! ¡Escóndete! Por lo que más quieras, escóndete.

David se levanta a toda prisa, con tan mala fortuna que se da con los dedos del pie en la esquina de la mesilla. Sí. Es uno de esos golpes que, junto a los llamémosles toques que te das accidentalmente en codos y rodillas, duelen de forma más prolongada y aguda.

—¡Mierda!

Se me pone el pelo como a la novia de Frankenstein y la expresión de estrella del cine mudo en apuros de la impresión. Le hago gestos reprobándole el exabrupto. Más por el volumen que por la palabrota, que no es tal. Él se justifica como puede. Parecemos una escena de comedia de una peli de los setenta acelerada a 8x. Tengo hasta la sensación de ver las rayas en la pantalla en el aire. Le señalo el baño repetidas veces. Y justo cuando se va a ir...

Patty abre la puerta. Nos ha pillado.

Durante un par de segundos, los tres nos quedamos paralizados. Parece uno de esos momentos Matrix en los que la imagen se detiene y la cámara gira trescientos sesenta grados alrededor de la escena. Pues así. Así es mi vergüenza: completa y redonda.

—¿Os habéis acostado? —pregunta Patty con cara de asco.

—En la práctica, seguimos casados —responde David tratando de quitarle importancia.

—¿Nos has oído?

Sé que es una pregunta absurda, pero es la única que me sale.

—No.

David y yo nos miramos extrañados. ¿Cómo lo ha sabido?

—Habéis dejado un reguero de ropa por el salón y las escaleras. Tendría que estar ciega para no haberla visto.

—Bueno, ¿no era lo que querías...? —respondo intentando resultar adulta y llenarme de razón.

Patty niega repetidas veces con la cabeza, incapaz de decir nada. Está buscando las palabras y no le salen. Yo, para qué voy a decir otra cosa, casi prefiero que no las encuentre. Por llevarme la contraria lo hace.

—¡Me voy a casa de la abuela!

Y sale dando un portazo.

—Yo... Es mejor que me vaya —concluye David.

No hay sábana suficientemente grande en el mundo como para cubrirme.

—¿Tu familia es cercana y cariñosa?

—Sí, mucho. Mi madre es increíble.

—Espera a conocer al señor Patterson —le digo.

—Parece simpático.

—Simpáticos eran los Sex Pistols.

Juanito se ríe.

—¿Crees que tu infancia fue más feliz que la de los demás?

—Eso sí que ya no lo sé. Lo pasé bien. Tener una madre en una silla de ruedas impone sus limitaciones. No me quejo. Me dejaba hacer lo que quería, pero a medida que pienso en ella me doy cuenta de lo buena y generosa que ha sido conmigo.

Los días siguientes son un desierto de palabras entre Patty y yo. No hay nada. Por no haber, no hay ni discusiones. El vacío sideral debe de ser algo muy parecido a esto. Miento. Esto es peor.

Me cruzo con ella varias veces al día y coincidimos siempre en la cena. Ni una palabra, ni una queja, tan solo una mirada vacía con la que mostrarme cuánto me desprecia y la poca importancia, por no decir ninguna, que tengo para ella.

En las relaciones entre madres e hijas se pasa con facilidad del amor al odio, y entre hermanas, también, pero menos. Ahí el elemento principal es la competencia por el afecto de los padres y el reparto de los roles asignados por ellos a cada una.

Antes, la relación con mi madre se parecía bastante a una noria. Con ciclos de amor, odio, reconciliación, nuevamente amor y así sucesivamente. Una y otra vez. A veces, los ciclos se aceleraban tanto que convertían la noria en una especie de pequeña montaña rusa. Sobre todo, durante mi adolescencia por el consabido desajuste hormonal y tremendismo emocional que me aquejaba. Y eso es lo que, inocente de mí, esperaba que sucediese con mi hija. ¡Ojalá! Mi relación con Patty en los dos últimos años parece una atracción de feria. Es como el ascensor de la casa encantada de los parques Disney. Esa que tiene una especie de habitación ascensor que sube y sube para, sin previo aviso, precipitarse al vacío a toda velocidad. Con la salvedad de que Patty y yo llevamos más de setecientos días de caída y la cosa parece no tener fin.

Dicen que la subjetividad de las hijas se crea sobre el deseo de las madres.

A lo mejor, la agresividad de mi hija es producto de mi indecisión y de la situación de provisionalidad perpetua en el terreno afectivo en la que vivo. En otras palabras: que no somos una madre madura y una hija adolescente; sino una madre perdida en un mar de dudas con una hija recién llegada a la adolescencia que esperaba tener enfrente una pared sólida con la que compararse y poder definirse y, en cambio, se ha encontrado una y otra vez con un muro frágil y poco consistente que apenas puede devolverle nada.

No sé. Nuevamente, no sé.

Tenía la esperanza de que, como me había pasado a mí cuando llegué a su edad, descubriese el enamoramiento, el amor con letras mayúsculas, y reajustaría su relación conmigo. Pero no.

Durante unos días intento rebajar la presión y, como inequívoco gesto de buena voluntad, dejo su móvil sobre la mesa del salón. Ni lo toca. A lo mejor ha pensado que la estaba probando, así que, no dando opción a que quepa duda alguna de lo que pretendo, lo pongo encima de su cama.

Al día siguiente me lo encuentro sobre la mía.

—¿Cómo te sientes respecto a tu relación con tu madre?

—Creo que no he sido un hijo modelo. Ni siquiera uno muy bueno.
Me extraña la respuesta.

—Supongo que mucha gente pensará que, como soy conocido, eso ya me convierte en un buen hijo por haber colmado las expectativas que casi todas las madres tienen de que sus hijos triunfen. Lo que he sido es un hijo ausente.

—Siempre te has preocupado de que no le faltara de nada, ¿no?

—Sí, en lo que son cosas materiales, sí. Y gente para ayudarla y cuidarla. Incluso le compré una casa, aunque no la quiso y acabé devolviéndola. Imagínate devolver una casa de campo. Material le he dado todo lo que he podido. Compañía, más bien poca. Es gracioso. Ha tenido que aparecer Patterson para que me hayan entrado ganas de estar a su lado. La quiero mucho, pero no sé si se lo he demostrado de la mejor manera. Si tuviera que puntuarme, no me daría más que un aprobado raspado.

Esta semana en el hospital se me está haciendo eterna. Tengo la sensación de que los días duran el doble de lo normal. La rutina diaria me pesa como un yunque. Por la mañana me levanto temprano. Me ducho, me arreglo y preparo el desayuno. Patty baja y no me dirige la palabra mientras oímos el boletín de noticias de la BBC. Recogemos en silencio. Le doy diez libras para que coma algo a mediodía y la llevo en el coche a clase. Continúa en silencio. Ni siquiera protesta si la música que pongo le espanta o trato de enviarle obvios mensajes con canciones como *Road to Nowhere* de Talking Heads, *Everybody Hurts* de REM o *Happy Talking* de Captain Sensible. A lo mejor con esa me pasé. Bueno, es alegre; a mí me gusta.

Un día, que estaba entre harta y bromista, hice un monográfico: empecé *Silence is Golden* de The Tremoles, seguí con *Communication* de Spandau Ballet y *Communiqué* de Dire Straits y terminé con *We Don't Talk Anymore* de Cliff Richard, que le encantaba a mi madre. Esa es otra.

Tras dejar a Patty, tomo el camino del hospital. Es el momento de la primera llamada de mi madre coincidiendo con su salida para ir a clase de gimnasia de mantenimiento, baile o yoga según el día de la semana. Sí, también se ha apuntado a yoga. Aunque no seré yo la que diga que el yoga no funciona como método de relajación. Continúo. Decía que es el momento de la primera llamada de mi madre. Le da exactamente lo mismo que vaya conduciendo y que, como ya le he dicho un millón de veces, no tenga manos libres. El contenido de las conversaciones suele ser el mismo.

—Hola, mamá. Estoy conduciendo.

—Tu padre se ha quedado en la cama. Te informo.

Ya no es que no me haga caso; es que ni hola me dice.

—Haz el favor y llámalo a las once. A ver si cuando vuelva ya está listo. Si no, junta el desayuno con la comida y después hiberna hasta que va al pub.

—¿Y no lo puedes llamar tú?

—No voy a interrumpir una clase para eso —me responde llena de razón.

Claro, claro. Es mucho mejor que, si se tercia, yo tenga que salir de una operación o hacer esperar a cualquiera de nuestros pacientes para llamar. Y nunca mejor dicho lo de pacientes.

—Mamá, yo trabajo...

—Sí, ya lo sé. Y qué bien. Porque en estos tiempos... Tú, llámalo. Yo no quiero discutir más con él. Porque, como empezamos, me pongo mala.

Me doy por vencida.

—Vaaale.

—¿Todo bien?

No os engañéis, es una pregunta retórica. Aunque le diga que no, le va a dar lo mismo. Y, además, no me da ni opción.

—Perfecto, hija. Te dejo que tienes que conducir.

Sí, ahora «tengo que conducir». Hasta ahora iba andando.

Una vez que llego al hospital, aparco, me cambio y me paso por el control de enfermeras para comenzar mi jornada. Por cierto, qué bonitos eran los uniformes antiguos que teníamos. Con sus capas. Una preciosidad. Admito que los actuales son más prácticos, qué duda cabe, sin embargo, aquellos, a pesar de sus telas tan duras, me siguen encantando. En el desván debo de tener alguno guardado. Tengo que echar un ojo un día de estos.

—Es miércoles y tengo la sensación de que ha pasado un año —le digo a Carminho y a Niky nada más llegar al control—. Mi madre me mata.

—El problema de tu madre es que no acepta su edad —me dice Carminho con la seguridad de un candidato en campaña electoral—. Las madres que no aceptan su edad no se resignan a que sus hijas ocupen sus lugares y entran en competición directa con ellas.

—¿En serio? —pregunta asombrada Niky.

—No. Me lo acabo de inventar.

Niky se queda descolocada. Yo me empiezo a reír. Gracias, Señor, por poner a Carminho sobre la faz de la tierra y hacer que nos encontráramos.

—Claro que no. Es de primero de psicoanálisis —responde—. Tú, como solo ves *Britain Got Talent*, no te enteras de nada.

Yo también lo veo, pero me hago la digna.

—Estoy pensando seriamente en llevarla a un psiquiatra.

—La doctora May es buenísima —apunta Niki.

—Eso es una tontería.

Nos volvemos y vemos acercarse a Doreen, que, con su intervención, acaba de hacer lo que se dice una entrada triunfal.

—Todo el mundo habla maravillas de ella —insiste.

—Es la mejor psiquiatra de Northampton —sentencia Carminho.

—No la llesves a un psiquiatra. ¿Quieres darle Prozac? Habla con el doctor Clay. Es su yerno. Le conviene tenerla contenta.

Eso es una verdad tamaño London Eye. Con todo, sigo opinando que no estaría de más e insisto para cargarme de razón cuando se lo tenga que exponer a ella.

—Ya, pero puede que sea una cosa más profunda. No sé.

De repente, Doreen se pone hecha una fiera.

—¿Quieres tirar un dinero que no tienes? ¡Llévala! Allá tú, pero a mí luego no me digas nada del vestido ni del regalo —suelta mientras sigue caminando sin mirar atrás.

Lo del vestido ha sido un golpe bajo.

—¿Qué vestido?

Gracias, Doreen. Esto es justo lo que quería evitar. Que se entere todo el planeta de que estoy a dos velas.

—Nada, Niky. ¿Qué le pasa? —digo por redirigir la conversación—. Cada día está más rara y de peor humor.

—A lo mejor tiene menopausia precoz. Ayer mismo la vi muy sofocada en reumatología —suelta Niky.

—Eso es porque subió andando y tiene sobrepeso —concluye Carminho.

Me suena el teléfono.

—A saber qué le pasa. Perdonad.

—Sí, yo también me voy. El doctor Clay me ha pedido que vaya a su despacho.

—Pídele Prozac para su suegra —le digo en broma mientras me alejo un poco para contestar.

Es Laurita.

—Hola, ¿qué tal? —respondo con tono musical.

—Bueno... tirando, hermanita.

—Si ese bueno es porque necesitas más dinero, me temo que no voy a poder ayudarte. No es que te haya cerrado la línea de crédito. Es que he tenido que abrir una para mí.

—No, no te preocupes. Hemos hecho un par de bolos más y nos da para ir tirando. Imagino que nos quedaremos por España un par de semanas más.

El tono es muy desganado para ser Laurita, la campanilla andante y pizpireta.

—¿Qué no está funcionando?

—La dinámica de la banda. Falla el pegamento.

Eso lo entiendo muy bien. Cuando en una pandilla o en un grupo falla el elemento aglutinador, el futuro del grupo peligra. Aunque mucha gente no lo creerá, estoy segura de que los Beatles sin Ringo Starr no hubieran pasado de cinco discos.

—¿Qué papel te ha tocado esta vez a ti?

—El del mapa.

Ese es el que clarifica las ideas y marca cuál es la pauta. Y no hay que confundirlo con el líder. Las bandas de rock son un mundo aparte incluso en la dinámica de grupos. Merecerían una asignatura en psicología. Y eso que yo solo conozco la punta del iceberg, por lo que me ha contado mi hermana.

—Pues lo siento, se te va a hacer duro.

—Sí, es supercansado. Si no fuera porque me encanta la sangría, me volvía.

Mientras Laurita habla y me cuenta sus peripecias en España, me miro las uñas. ¡Ya estamos! No sé cómo, pero aunque tenga cuidado, siempre me engancho con algo y me asoma uno de esos piquitos que anuncian padraastro en ciernes en el lado izquierdo del pulgar de la mano ídem.

—En fin. ¿Sabes quién nos vendría bien aquí?

—Ni idea.

—David, tu David.

¡David! El espectro completo del rojo pasa por mi cara. No he vuelto a llamarlo desde lo de Patty.

—Di tres frases usando el pronombre nosotros. Por ejemplo: nosotros estamos en esta habitación sintiendo...

—Nosotros estamos en esta habitación sintiendo que estamos descubriendo un montón de cosas sobre mí.

Sonrío.

—Segunda.

—Espera... Nosotros... Nosotros somos amigos desde hace mucho tiempo. De toda la vida.

—Bien. Tercera.

—Nosotros... ¿Fuimos nosotros?

Termino mi turno y de camino a casa llamo a David. Sé que siempre me quejo de que mi madre siempre me llama cuando voy conduciendo. Lo sé. Estoy preocupada y mi nerviosismo puede más que mi educación vial. De fondo suena *Everybody Has To Learn Sometime* de The Korgis. Es una canción muy triste. O eso me parece en este momento. Salta el contestador. Casi lo agradezco. No por evitar hablar con él, sé que tarde o temprano tendré que hacerlo. Además, vamos a ir juntos a la boda. Es que en este momento particular no sabría por dónde empezar. Ese es uno de mis principales problemas: decidirme a dar el primer paso. El tercero y el cuarto no me cuestan mucho, pero el primero, buf, es como intentar empujar una montaña. ¿Y qué pasa con el segundo? El segundo siempre es corto y rápido y no siempre hacia delante. Tal vez esa sea una de las principales fuentes de las que nace mi inseguridad. Mi incapacidad congénita, por no decir patológica, para tomar decisiones. Habrá quien piense que, en realidad, esta especie de bloqueo emocional que me mantiene anclada en una sempiterna duda, abocándome irremediabilmente a la inacción, se debe a un miedo atroz e irracional al fracaso o al rechazo. Es muy posible. Llegados a este punto, podría echarle la culpa de este marcado rasgo de mi personalidad a la prematura muerte de mi padre, que me dejó huérfana no solo física, sino emocionalmente, en el inicio de mi adolescencia, a una madre dominante y pasivo agresiva que cuestionaba cualquier decisión que tuviera que tomar antes incluso de que llegara a tomarla, a una hermana despreocupada e incapaz de asumir responsabilidades que proyectaba su rol familiar en mí o a una amiga, y me refiero a Rita, con una personalidad tan arrolladora y con un

empuje tal que me evitaba tener que tomar decisiones. Cualquiera de estos factores, o todos ellos, puede que hayan sido decisivos en cómo soy. Lo verdaderamente importante no es la razón, sino el resultado. Soy de las que piensan que el destino depende más del carácter que de la suerte y el mío es como es. Saber cómo eres no te soluciona la vida; todo lo más, te ayuda a saber cuándo vas a tropezar y prepararte para recibir el golpe, no a evitarlo. Algo es algo. Aprender a evitarlo son palabras mayores. Por eso agradezco no tener que hablar con él ahora. Pienso en dejarle un mensaje, pero descarto esa idea al segundo. Desde el episodio con los mensajes que le dejé a Rita la noche en que Marco me atacó en mi cocina les he cogido un poco de tirria. Me decido a enviarle un whatsapp. Eso lo hago cuando llego a casa. Ya sé que ahora es muy común enviar mensajes de voz y tal. Mmmm, no. Eso no es para mí. Si me siento rara solo con ver a gente hablándole al móvil sin tenerlo pegado a la oreja, como para hacerlo yo. Escribo.

Patty sigue enfadada. No te preocupes. Tenemos que quedar para la boda.

Estoy a punto de enviarlo. Demasiado frío y telegráfico. Decido cambiarlo.

Patty no me habla. Espero que se le pase. No te olvides de la boda, por favor.

Demasiado desesperada. De nuevo en el último momento doy marcha atrás.

Llámame cuando puedas.

Enviado.

Entro en la cocina. Abro la nevera a ver qué falta, con intención de ir después al supermercado. Me quedo un momento meditando en silencio. ¿Qué fue mal con David? Creo que lo eché de mi lado por un sueño, un sueño imposible: Juanito Wowden. Nunca le he interesado a Juanito. Eso es ser injusta. Tampoco es cierto. Le interesé en un momento y, no lo voy a negar, ha habido un par de llamémosles repuntes, pero parece que momento y situación nunca han coincidido. Noto un escalofrío. No es un temblor producto del vacío existencial, es que llevo demasiado rato con la cabeza a cuatro grados mirando nada. Cierro la nevera. Voy a pedir algo por teléfono.

—Completa esta frase: ojalá tuviera alguien con quien compartir...

—Con quien compartir mi vida.

Caray.

—¿En serio?

—Sí, claro. ¿A ti no te gustaría?

Me dan ganas de matarlo.

—Hombre, sí... —digon intentando no comprometerme.

—No hablo de casarme.

Ya empezamos. Mira, ¿sabes qué?, me voy a lanzar. Ahí voy.

—Pues tú estuviste casado.

—Sí. Y me equivoqué. No quiero sonar injusto con la memoria de Fenella. Pasé buenos ratos a su lado. Pero no era la persona para mí.

Es difícil encontrar a esa persona. Si es que existe.

—**N**o voy a ir al psicólogo. No estoy loca.

—Mamá, la gente no va al psicólogo porque esté loca.

—¿Y adónde va? ¿Al traumatólogo?

—Mamááááá, un psicólogo te puede ayudar a reenfocar tus problemas y a encontrar una solución.

—Yo no necesito enfocar nada. Sé perfectamente cuál es mi problema: tu padre, que se ha vuelto insoportable.

—¿Prefieres ir a un consejero matrimonial?

—¿De repente nos hemos vuelto judíos y estamos en Nueva York? No sé a cuento de qué tengo que andar contándole a la gente lo que pasa en mi casa.

—Ooooh.

Paciencia. Cuento hasta diez. Cuando se pone así, no hay quién la soporte. Respiro hondo.

—Vamos a ver, mamá. Por lo menos eres consciente de que así no podéis seguir.

Se calla. Voy bien. Antes de que pueda volver a abrir la boca se lanza.

—Lo que pasa es que me he liberado del yugo.

—¿Qué yugo? Si Ted es un encanto.

—Las mujeres de mi generación estuvimos oprimidas.

—¿De qué opresión me hablas? Si tú viviste en los sesenta, cuando os dedicabais a quemar sujetadores.

—Tú te has olvidado de cómo era tu abuela. ¿Sujetador? Yo no tuve sujetadores hasta que me casé. Lo que nos compraba tu abuela eran fajas enterizas.

Eso tiene que marcar.

—Northampton entonces no era como en tu época ni como ahora. Nosotras no podíamos salir. Y lo de estudiar era para los chicos. Las chicas de entonces teníamos que aprender a cocinar, llevar una casa y no dejar que nadie nos metiese la mano por debajo de la falda cuando íbamos a la sala de baile. Todo lo más, podías trabajar en una tienda de dependienta o en trabajos de mujeres. Así era aquí. Sujetadores...

—Pongamos que la abuela fuese un poco retrógrada.

—¿Retrógrada? —interrumpe—. La reina Victoria era una moderna al lado de tu abuela.

—Aun así, y hasta donde tengo memoria, ni mi padre ni Ted te han impedido hacer nada.

—¿Y quién se ocupaba de vosotras?

Me pasma. Tiene una habilidad sobrenatural para endosarnos la culpa de todo. Hasta de nacer. Pero para eso hay un clásico.

—Yo no pedí venir a este mundo.

—Da gracias a que lo que tenía que funcionar no funcionó, que si no, a lo mejor no estabas aquí.

Tengo sensaciones encontradas después de esa revelación.

—Yo, ahora, me he liberado.

No sabía que mis hermanas y yo éramos eslabones de una cadena. ¿Quién sería el peso? Carol, sin duda.

—He descubierto que, además de llevar la casa, puedo hacer muchas cosas.

—Nadie lo dudaba, mamá.

—Pues yo sí. Y he descubierto que me encanta pintar.

Me abstengo de opinar sobre el informalismo abstracto que mi madre dice practicar. Llamadme antigua, yo soy más de cuadros normales con retratos, paisajes y flores. Los cuadros de flores me pirran.

—¿Sabes lo que pasa con Ted?

Excuso preguntar. Me lo va a contar sí o sí.

—Que tenemos distintos ritmos. Si él no puede seguirme, no es culpa mía.

—Pues si lo sabes, no te enfades con él. Porque eso es precisamente lo que te va a llevar a la depresión.

El «te va a llevar» es un eufemismo. Por lo que sé, a la mínima se ponen a discutir y él se va al sofá o a dormir, y ella a llorar a la habitación. Me dan

ganas de seguir los consejos de Doreen, pedirle un fajo de recetas a Kerry, reducir a polvo el Prozac y metérselo de tapadillo en el zumo de naranja. Ya veríais cómo cambiaba el cuento.

—¿Sabes qué? Nos vamos a ir a por un perro —le digo.

Ahora sí la he sorprendido.

—¿A Pets, esa tienda tan mona del centro comercial?

—A la perrera municipal.

Un movimiento involuntario de la parte derecha de su labio superior la delata: le espanta la idea. Mala suerte, madre. Toca perrera.

—Hay mucho perro abandonado deseando tener un hogar.

Aunque tengo un gran amor por los animales... Me encantaría comprarle uno con pedigrí, pero, bueno, ya sabéis como voy este mes de dinero.

Esa misma tarde la dejo de vuelta en casa con un precioso Scottish Terrier. Una hora después, justo cuando me dejo caer en el sofá, suena mi móvil. Es mi padre.

—Lo de tu madre no tiene nombre.

Quiero desaparecer. No necesito saber más. De verdad. Me sobran los detalles. ¿Os acordáis de cuando erais pequeñas y os tapabais los oídos y repetíais un estribillo de forma machacona tratando de aislaros del mundo exterior? Pues yo lo voy a hacer ahora, con cuarenta. Noquierosaberlo. Noquierosaberlo. Noquierosaberlo. Noquierosaberlo.

—Tu madre se ha comprado un perro.

Noquierosaberlo. Noquierosaberlo. Es mentira, no se lo ha comprado. Noquierosaberlo. Noquierosaberlo.

—¿Sabes qué nombre le ha puesto? Truelove.

Noquier...

—¡¿Qué?!

—Truelove.

Voy a pedir cita con la doctora May.

Aún no sé si para ella o para mí.

—Si te fueras a convertir en amigo íntimo mío, dime algo que sería importante que supiera.

—Siempre he antepuesto mi profesión a todo. Y no sé si sabré funcionar de otra manera. La vida me ha dado un par de palos importantes. Y últimamente me estoy empezando a preguntar si habré estado haciendo las cosas bien todos estos años. A lo mejor es la edad. La crisis de los cuarenta que tanto se comenta y todo ese rollo. Vete a saber. Me gustaría cambiar. No sé si seré capaz de hacerlo a estas alturas. —Se ríe por la nariz con amargura—. Iba a llevarme a mi madre fuera, a los Emiratos Árabes, sin preguntarle qué quería. Venga, al avión y listo.

Suspira.

—Tenía dudas, pero, en realidad, me planteé quedarme solo porque pensé que estaba muy enferma. —Se ríe—. Y resulta que se quería casar. Tú lo sabías. En tu cumpleaños, digo.

Me río y asiento. Él también se ríe. Después continúa.

—Tengo la impresión de que vivo en un túnel y que solo veo lo que hay justo delante de mí y voy directo hacia ello. Como te he dicho, me encantaría cambiar, ¿se puede?

Interludio. Consulta de la doctora May Parker, psiquiatra.

—Lo intento. Llevo años intentándolo.

—Lo sé. Y vas por el camino correcto, pero eres consciente de que aún te falta mucho trecho por recorrer.

—Es que me supera. No puedo con ella.

—¿Estás tomando la medicación?

—Sí, por supuesto; si no, a estas alturas ya habría sido portada de *The Sun*.

—Llevamos varios años de terapia y pensé que estábamos haciendo progresos, Doreen. Cuéntame qué es lo que te molesta ahora de Esther. Por lo que he ido conociendo de ella, no parece una persona hostil ni agresiva, ni hay nada por lo que deberías sentirte amenazada por ella.

—Es... porque... es todo tan maravillosamente imperfecto en ella... Me repele.

—El texto que subyace bajo «maravillosamente imperfecto» es el contrario, lo sabes, ¿verdad? Percibes sus defectos como virtudes de las que tú crees que careces y eso te provoca inseguridad y rechazo hacia ella.

—A veces me puede tanta felicidad.

—Eso no es verdad y tú misma me lo has contado. Esther tiene una situación sentimental y familiar bastante caótica. Por no hablar de su economía. ¿Le vas a prestar el dinero?

—Sí.

—Sería un buen gesto si no fuera porque tengo la impresión de que es hacer patente para ambas que estás en una posición de superioridad.

—Me pidió el dinero. ¿Qué iba a hacer? Sabe que tengo de sobra.

—¿Se lo dejaste por ayudarla o porque no tenías más remedio?

—En este caso fue por ayudarla. Lo que le dije el otro día en el hospital fue adrede para fastidiarla. Doctora Parker, soy consciente de que tengo un problema. Intento superarlo y, a veces, hasta creo que puedo hacerlo, pero...

—Estás obsesionada con ella.

—No tanto.

—Claro que no. Por eso estudiaste enfermería, carrera por la que no tenías una especial vocación. Querías poder estar cerca de ella ocupando el lugar que Rita había dejado vacante debido a tu intervención en la fiesta de graduación de la que hemos hablado unas cuantas veces.

—¿Ahora va a ser culpa mía que se dejaran de hablar media vida por una tontería?

—En eso tienes razón. Fue un gesto de inmadurez por parte de ambas. Lo que no puedes negar es que el detonante de la situación fuiste tú.

—Fue una pequeña maldad. Todo el mundo hace esas cosas. No se puede culpar a una espoleta de la devastación de una bomba. Eso depende de la carga explosiva.

—Curiosa metáfora para una enfermera.

—Me gustan los documentales de guerra.

—No divagues. ¿Estudiar una carrera que no te gusta para estar junto a tu supuesta nueva mejor amiga? ¿Cuánta gente hace eso? ¿Te parece un comportamiento racional?

—La mayoría de la gente no trabaja en lo que le gustaría.

—Tú podrías haberlo hecho. Tenías los medios.

—Me gusta el trabajo de enfermera. Ayudas a que la gente se cure.

—Tal y como me lo estás diciendo, suena a eslogan. Por no decir que en tu caso es una contradicción.

—Desde pequeña la he tenido atravesada. Es tan estupenda, tan mona, tan delicada... ¡tan Audrey Hepburn! Ella y su amiguita Rita... siempre juntitas.

—Con Rita no tienes esos problemas. Y siempre has dicho que era la más guapa y extravertida de las dos.

—Rita es más normal.

—¿Qué es normal?

—No sé. Usted es la psiquiatra. ¿La media estadística?

—Has planteado tu vida como una competición sin sentido con Esther. Y

digo sin sentido porque ella ni siquiera sabe que estéis compitiendo. Ella cree que eres su amiga.

—Dicen que el odio es un gran motor.

—Déjate de cinismos baratos. El odio desgasta. Y lo único que produce es infelicidad y frustración. Y si no hubiese una parte de ti que fuese consciente de ello, no estarías viniendo aquí. ¿Desde hace cuánto... tres años?

—Desde el aniversario de la fiesta de graduación.

—Exacto, desde la reaparición de Juanito Wowden. Porque hasta ese momento habías conseguido avanzar y eliminar todo ese odio. Tú misma me has dicho en este mismo despacho que durante la carrera os hicisteis amigas de verdad. ¿O no?

—Sí. Dentro de un orden.

—Sabes cuál es tu problema, ¿verdad? Que aunque crees que la odias, en realidad, la admiras. Y eso te provoca rechazo.

—¿Yo? No. Eso es una tontería.

—Sí, Doreen. La admiras tanto que te gustaría ser ella y, como no lo eres, eso te frustra, y la saboteas para poder sentirte mejor. Y todo el equilibrio que habías conseguido ha saltado por los aires porque al volver Juanito y Rita a su vida has vuelto a los patrones de conducta y al rol que tenías en la adolescencia. Pero esa situación pertenece al pasado. Ya no eres una adolescente. Eres una persona adulta.

—No.

—No me mires así. Sabes que es verdad. Tú tienes que volver a ser tú. Aprender a aceptarte y disfrutar de lo que eres y de lo que has conseguido, que es mucho. Y de la amistad con Esther y Rita. Eso lo has hecho tú. Y ha nacido desde la verdad y la honestidad. No lo tires por la borda.

—Le he hecho cosas imperdonables.

—No subestimes la generosidad del perdón de los amigos. Ella es tu amiga. Aprende a serlo tú también. Vuelve a serlo. Empieza por ser honesta desde ahora y ya veremos después cómo tratar con lo que le has hecho antes.

—Lo intentaré, pero no sé si seré capaz.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorada de Juanito. Y no podría soportar que estuviesen juntos.

—**D**ime qué es lo que más te ha gustado de mí. Tienes que ser muy honesto y decirme cosas que no dirías a alguien a quien acabas de conocer.

—Perdona, pero esta pregunta entre tú y yo es una chorrada. Es que a ti te conozco de toda la vida.

—Tú, contesta.

Juanito resopla.

—Además, ya te lo he dicho antes. Cuando hemos hablado de las virtudes.

—¿Qué pasa? ¿Te has vuelto tímido de repente?

Son las diez de la noche del jueves y voy vestida a medio camino entre una espía de película de bajo presupuesto y la princesa Anne en la boda de lady Rose Windsor. Hasta me he puesto un pañuelo en la cabeza y gafas de sol. A las diez de la noche, gafas de sol. Hay una niebla tremenda y no veo prácticamente nada. ¿Y todo para qué? Para ir a ver a mi hermana Carol y que no me vea mi cuñado. La estampa parece la del cartel de *El exorcista* en versión femenina.

—Hola...

Mi sobrino mayor. Ese tampoco tenía que verme. Un, dos, tres y vamos con toda la naturalidad fingida de la que pueda hacer gala.

—¿Qué taaaaal? —le digo.

Estoy tan acelerada que le doy dos besos. Me quedo rara y le doy un tercero como si con eso fuese a borrar el segundo. No tiene el menor sentido. Exacto. Igual que el disfraz.

—Es que ahora hay una chica francesa en el hospital y he cogido esa costumbre. No sé cómo hacen en las fiestas familiares. Seguro que cuando terminan de saludar ya es la hora de irse.

Sonrío de forma torpe.

—¿Qué haces aquí?

Vengo a ver a tu madre que está espiándoos para ver si la echáis de menos porque está más loca que un cardado de Cindy Lauper y no sé qué me quiere contar. Eso es lo que me dan ganas de decirle.

—He venido a ver a una amiga. Una de la infancia. Nos conocemos, como quién dice, desde que nací —respondo forzando los límites de la verdad.

Miro la ventana, veo a Carol asomado tras la cortina como en una película de terror. Terror el mío. Corto la conversación con mi sobrino.

—Bueno, da saludos en casa. Si no acabo muy tarde lo mismo paso a saludaros. ¡Muá! ¡Muá!

Le mando dos besos por el aire para compensar el exceso anterior y corro hacia el portal de Carol. Miro a su ventana. Ya no está. Respiro. Llamo al timbre. Me abre sin preguntar. Subo las escaleras de dos en dos. Después de esto me apunto a la maratón del Empire State. Me llevo mención, seguro. Apenas toco la puerta, Carol abre, me agarra por la solapa de la gabardina y me mete dentro dando un portazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta alarmada.

—Me ha visto uno de tus vecinos.

Se lo digo a sabiendas de que lo ha estado siguiendo todo desde la ventana.

—Ay, ay, ay.

Se pone a dar vueltas en círculo alrededor de una mesa de Ikea de hace dos años. Sé que es de hace dos años porque tengo el catálogo del año pasado y ya no está. No me preguntéis el nombre: como casi todo, menos la Billy, es impronunciable. Por cierto, aún no han sacado el catálogo de este año. Tengo que acordarme e ir a por la mostaza con eneldo para el salmón ahumado. Es de lo mejor que tienen. Yo soy muy de Coman's, ahora, para el salmón nada como la mostaza Koljoz, o como se llame, de Ikea. Me siento. El sofá también es de Ikea. Y sigue en catálogo.

—Tranquila, le he dicho que venía a ver a una amiga de la infancia. En cierto sentido es verdad. Por eso creo que no ha notado nada raro.

Carol se para y se sienta a mi lado.

—Kerry está saliendo con la japonesa del hospital.

—¡¡¡¿Con Niky?!!!

—¿Hay otra?

—No, que yo sepa. Y no es japonesa; es escocesa.

—¿Con esa cara?

—Su madre era de Hong Kong y su padre de Glasgow.

—Me da igual.

—A ver, espera. Eso que dices no tiene mucho sentido. Kerry le lleva... ¿qué, veinte años?

Carol saca el móvil y me enseña varias fotos de Niky entrando en su casa.

—Ahora está con él dentro. No te fastidia el rollito de primavera. ¿Pero

qué se cree esa minigamba? ¿Que se va a quedar con mi familia?

—Carol, para: tienes cinco hijos. Con todo el cariño, eso más que animar, frena a la más pintada.

Me viene a la cabeza una conversación con Niky en la que decía que quería tener muchos hijos. Acerca de tenerlos ya criados no recuerdo que dijera nada. Mejor no se lo cuento. Que se desahogue.

—Me dan ganas de esperarla a la salida, agarrarle por los pelos y empotrarla contra un árbol.

Melena la tiene buena, y árboles por aquí hay unos cuantos. Sería todo un espectáculo.

—Irán a un curso juntos —le digo—. Yo qué sé. Ahora hay varios en el hospital. Carol, trabajan juntos y se llevan bien, ¿qué tiene de raro?.

—Antes no traía mujeres a casa.

—A lo mejor porque tú te habrías puesto así —respondo mientras me recuesto.

Este sofá es bastante cómodo. Si tengo que cambiar de casa, lo mismo me compro uno igual. No me puedo olvidar de la mostaza.

—Averigua si eso es verdad.

—¿He montado una agencia de detectives y no me he enterado?

—Soy tu hermana.

De primero de chantaje emocional, querida. Ahora juego en otra liga.

—También eres su mujer y la madre de sus hijos. Porque son suyos, ¿no?

—Vete a la porra. Los he visto en actitud rara.

—Define rara.

Me pongo en pie aunque ya había pillado una posición comodísima.

—Medio amartelados.

¿Amartelados? ¿Qué es esto, una serie de BBC 2? ¿Quién usa hoy en día esa palabra? Que levante la mano la que sepa qué significa. No vale ir al diccionario ni mirarlo en la Wikipedia.

—Tienes que dejar de ver series históricas de la BBC. Te están afectando. Y eso que yo amo a Dickens.

—Tienes que ayudarme.

El tienes es TAN de mi hermana.

—Muy bien. Le preguntaré.

—No-no-no... si no, sospechará.

—¿Le pregunto a ella?

—Tú haz lo que veas, pero entérate y que no sospechen que lo quiero saber. Discreción. Sobre todo discreción.

—Vale. Pues ahora llévame a casa porque yo, por ser discreta y que no reconocieran mi coche, me he venido en un taxi.

—Es que llevarte en coche... La china debe de estar a punto de salir. Lo mismo me ve.

—Pues me pagas un taxi. Tú decides.

Estamos subidas en el coche de Carol a punto de arrancar cuando vemos salir a Niky de casa de Kerry. Bueno de Kerry y Carol. Miro a mi hermana. Carol la observa en silencio, concentrada. Kerry y Niky se despiden con un beso. Un beso en la mejilla.

—¿Ves? No hay nada.

—Kerry siempre se despide de las otras mujeres con un apretón de manos.

Un montón de imágenes acuden a mi mente como si fuera un *flipbook* con los que jugábamos de niñas. Kerry con Doreen, con Carminho, con Helen la de ginecología, con Marcia, con Lisa, con Kath, con Dolores... y siempre está dándonos la mano. ¿Y conmigo? No. Conmigo no, pero soy su cuñada. Pues lo mismoooo. Nah. Estamos hablando de San Kerry.

—Si tuviese algo con ella, ¿por qué no darle un beso en los labios?

—Porque mis hijos pequeños están asomados en la ventana de arriba.

Un golpe de música de esos que ponen cuando por fin vemos al asesino entrar en escena resuena en mi cabeza cuando miro hacia arriba y, tal como anunció mi hermana, veo a mis sobrinos pequeños asomados.

Kerry se marcha. Y Niky se dirige a su coche. Mi hermana, como un toro que fuese a embestir, enciende el suyo y hace rugir el motor. Niky gira la cabeza, pero no nos puede ver porque las luces la ciegan.

—¡Quieta! —le digo mientras oprimo el botón de encendido del coche para apagarlo.

Me mira con cara de asesina.

—Ni se te ocurra pensarlo —le advierto—. Yo averiguo qué pasa, si es que pasa algo —recalco—, y te lo cuento. ¿Trato?

Le ofrezco la mano. Es una vil treta para cogerla e impedir que le dé la ventolera, arranque y vaya a por ella.

—Trato —contesta dándome la mano.

Un problema menos. Niky arranca y nosotros arrancamos también y salimos detrás. Nada anormal. Ha estado cerca.

—¡So guarra!

De repente, Carol pisa a fondo el acelerador y sale como un cohete en dirección al coche de Niky.

—¡Carol!

—Me la cargo.

—Piensa en tus hijos.

—Eso hago. ¡A la mierda Glasgow!

Cuando estamos a punto de embestirla por atrás, echo mano al volante haciéndolo girar de forma brusca hacia mi lado y provocando que el coche derrape y se estrelle contra un Range Rover color granate, precioso por cierto, que, dentro de lo malo y debido a su enorme tamaño, evita que demos una vuelta de campana por efecto de la inercia.

Niky frena en seco. La gente de las casas de alrededor sale en tropel a ver qué ha sucedido. Yo estoy bien. Magullada, pero bien. Carol se ha llevado un buen golpe. Ha roto la ventanilla con el codo y sangra abundantemente por la frente.

—¡Un médico! ¡Llamad a un médico! —grita un vecino.

Y el médico, un conocido cirujano, llega en escasos segundos.

—Cuéntame un momento embarazoso de tu vida.

—Hay uno, pero es un poco escatológico.

—Podré soportarlo.

—Estaba en un avión. Volando entre Londres y Barcelona para un partido. Me levanté para ir al baño y me encontré con que el anterior usuario del retrete no había tirado de la cadena.

—Eso es asqueroso, no embarazoso.

—Tiré de la cadena y aquello, que era enorme, no se iba. Es que ni se movía.

Me empieza a dar la risa.

—En serio, era como un tronco de palmera. Tiré varias veces de la cadena y nada. Estaba clavado al retrete. Así que al final oriné como pude, intentando no darle, y tiré de la cadena sin ningún resultado. Y cuando estaba a punto de salir, alguien movió el picaporte intentando entrar.

—Oh, no.

—Estuve media hora dentro con aquello hasta que las azafatas me dijeron que tenía que salir porque íbamos a aterrizar.

Me río a carcajadas.

—Lo peor es que antes vinieron varias veces a preguntar si me pasaba algo por la cantidad de tiempo que llevaba dentro.

Entro en la habitación en la que está ingresada Carol. No puede girar la cabeza porque la tiene inmovilizada.

—La has hecho buena. No están saliendo.

Se echa la mano que tiene libre a la cara, la otra y el brazo reposan en un cabestrillo.

—¿Estás segura?

—He hablado con Doreen y con Carminho y han revisado turnos, operaciones, de todo. Apenas han coincidido.

—Yo la vi salir de mi casa varias veces. No me lo estoy inventando. Tengo fotos.

—Doreen cree que es la canguro de tus niños. Imagino que por eso se asomaban los niños a la ventana —le digo apoyando la tesis de mi jefa.

Lo reconozco. No se me ocurrió. Tiene sentido. Como dije, a Niky le encantan los niños y parece que a los niños también les gusta ella. Esto pinta mal para Carol.

—Pero entonces ¿por qué salía mucho más tarde después de que Kerry llegara?

—La teoría de Carminho es que el trato incluía la cena.

Contrariamente a lo que la gente cree, el color de la vergüenza no es el rojo ni el morado, es el blanco puro. Sin matices azules, rojos, ni grises. Puro y simple blanco. Como la cara de mi hermana en estos momentos.

Llaman a la puerta. Kerry, con gesto serio, asoma. Me lanzo como una flecha hacia él para impedir que entre. No ahora. No sin hablar antes conmigo. Me lo llevo fuera.

—¿Me vas a explicar qué ha pasado? —empieza a decir como una ametralladora—. Niky ha dicho que Carol venía a toda velocidad a por ella y que en el último segundo dio un volantazo y se fue contra un coche aparcado. MI COCHE.

¡Oh!

—¿Tú no tenías un Bentley?

—Tenía.

Está cabreado. Muy cabreado. Mejor le doy mi versión y a ver si se tranquiliza un poco... o, por lo menos, a ver si no nos denuncia.

—El volantazo lo di yo. Así que la culpa de estrellarnos contra tu coche es mía.

Mejor conducción temeraria que intento de asesinato.

—¿Y se puede saber qué hacíais espiándonos? Y no me digas que fue casualidad porque mi hijo mayor te vio media hora antes a escasos metros de mi casa. —Sube el tono—. Y tú le dijiste que ibas a ver a una amiga de la infancia.

—Técnicamente eso era verdad.

No me mira, me lanza un arpón.

—Coñas, no, ¿eh, Esther? Coñas, no. No estoy para bromas.

—Perdón.

—Podía esperarme cualquier cosa de Carol, pero tú... Tú eres la sensata de la familia.

Están los piropos pedrada, que parece que te alaban, pero te señalan un defecto —a Rita le encantan—, y los piropos decepción. Creo que no hace falta que diga más.

—Sé que es difícil de creer, pero lo único que quería Carol era saber si la echabas de menos.

—Y no le basta con preguntar como al resto de la humanidad. Ni siquiera con que yo le pida que vuelva a casa. No. Tiene que vernos sufriendo por ella. Si no, no estamos a la altura de su cariño.

—Es así. Qué te voy a decir. Llevas un montón de años con ella.

—No sabía que ahora estábamos juntos —dice cargado de ira—. Como no pasa a ver a sus hijos. Y lo de intentar atropellar a Niky, me lo explicas.

—Creyó que Niky y tú...

Kerry asiente al tiempo que niega. Mi conversor de gestos a palabras lo traduce por algo así como: vale, no me lo puedo creer, así que era eso, solo a

tu hermana se le puede ocurrir algo así.

Y a mí. Por un momento hasta yo llegué a dudarlo.

—Tiene que pedirle perdón. Y que rece para que no la acuse de intentar matarla.

—Por supuesto.

—¡Ahora!

—¿Voy a buscarla?

—¿Tú? Tú eres cómplice.

¡Cierto! Me había olvidado.

No digo nada más y me vuelvo a la habitación. Pongo a Carol en antecedentes y le pido, le ruego, le exijo que se comporte o acabamos las dos en prisión. Y a lo mejor a ella la van a visitar sus hijos, pero, a mí, Patty no me llama ni por Navidad.

Kerry vuelve diez minutos más tarde acompañado de Niky. Entra sin llamar. Sigue muy serio. Ella, en cambio, tiene cara de susto. Nos mira a las dos como si tuviera delante a Thelma y Louise. Yo estoy supercortada. No dejo de pensar que voy a tener que verla a diario. Carol levanta la mano y Niky da un respingo. Está muerta de miedo. Y eso que mi hermana parece una pariente pobre de la Momia. Una cosa, nunca he entendido por qué La Momia clásica daba miedo. Comprendo lo de Drácula, el hombre lobo y hasta Frankenstein, pero ¿La Momia? A la Momia había que esperarla para que te hiciera algo. ¡Socorro, que viene la Momia! Me voy a quedar parada aquí gritando a ver si me alcanza. Al final te mataba, sí, pero de aburrimiento.

—Perdón —dice Carol realmente compungida.

—Eso no basta —anuncia, seco, Kerry.

—Por favor, no me denuncies.

¿Que no la denuncie, dice? ¿Y a mí, qué? Le doy un pequeño empujón para que tome nota.

—Me equivoqué. Te juro que en realidad no quería hacerte daño.

¿Y yo, sí? Mentirosa. Le doy un segundo empujón. Me mira. Levanto las cejas hasta el techo. ¿Qué?

—Mi hermana no tuvo nada que ver. La arrastré yo contra su voluntad.

Por ahí vamos bien.

—Siempre dijo que era imposible que Kerry pudiera mostrar interés por alguien como tú.

—Yo no dije eso —protesto.

—Para mí está todo aclarado. Está bien —dice Niky con un hilo de voz. La presión arterial de Carol, y la mía, vuelve a 10-7.

—Yo iba a cuidar a los niños... —añade.

O sea que Doreen tenía razón: era la canguro. Carol, relajada, sonrío.

—¡No, Niky! Dile la verdad —suelta Kerry—. Que se entere: estamos juntos.

Y como rúbrica a sus palabras le planta un beso con lengua más profundo que una exploración faringobucal. Carol pasa de momia a esfinge petrificada en nanosegundos.

—Así que vete acostumbrando —le espeta a Carol mientras toma aire tras la inmersión.

Acto seguido coge a Niky de la mano y se va.

Pues no. No era la canguro.

Carol sigue en shock. Yo también, pero como me puedo mover, voy detrás de ellos.

—Ahora vuelvo. No te muevas —le digo como si fuese a echar a correr.

Salgo al pasillo y compruebo que Niky está tan sorprendida como nosotras.

—Disculpa —le dice Kerry—. Nada más lejos de mi intención que violentarte.

El ruido de la puerta al salir delata mi presencia. Ni se inmuta. Al contrario, se dirige también a mí.

—Tenía que darle una lección a Carol. Os pido a ambas que mantengáis esto en secreto por un tiempo. Para que aprenda de una vez lo que sienten los demás con las cosas que ella hace.

—Soy una tumba —respondo.

De cómplice de una a cómplice de los dos en treinta segundos. Bien por mí. Si me hubiera quedado dentro consolando a mi hermana, pero es oler un problema y allá voy... de cabeza.

Kerry se dirige a Niky.

—Niky, entiendo que con esto te coloco en una posición difícil. Si no quieres, entro y le digo la verdad y para ti se acabó la historia.

—Yo... como quiera —es lo único que acierta a decir una aún incrédula Niky.

—Gracias. Entonces seguimos adelante. Ven esta noche a cuidar a los niños como siempre y te quedas a cenar.

O sea, que al final sí era la canguro.

Kerry se marcha. Miro a Niky. Aún está desconcertada. ¡Cuidado! Noto como saborea el beso con el labio inferior. Le ha gustado. Mi cuñado no sabe lo que acaba de hacer.

—Esta pregunta no me hace mucha gracia hacértela.

—Sin miedo.

—¿Cuándo fue la última vez que lloraste delante de alguien?

—En el funeral. Estabas presente.

—¿Y a solas?

Se calla durante unos segundos.

—Después de que mi madre me contase que no le pasaba nada, que se iba a casar. Esa noche me acordé de mi padre, de ella, de muchas cosas... no fue llorar, llorar, pero casi.

El día de la boda ha llegado. Gracias al *etiquetazo* y al préstamo de Doreen me he podido comprar un traje con chaqueta color rojo de corte princesa con un ligero peplum y cuello chimenea abierto y escote en v. El vestido con corte recto realizado en mikado. Algo sencillo, pero elegante. Lo único llamativo es un detalle en raso en la cintura de la chaqueta. Obligados los tacones y pocos accesorios. Calculo que voy a tardar dos años en devolver el dinero. Ahora, estoy de portada de revista.

Paso a recoger a mis padres antes de ir a la iglesia. Cuando llego, me los encuentro en la puerta a los tres. A mi madre, a Ted y al perro.

—¿Vas a llevar al perro a la iglesia? —pregunto.

—Si no me dejan entrar con él, me quedo fuera.

—Pues ahí te vas a quedar —responde ufano Ted—. Yo ya se lo advertí.

—Por lo menos así estaré bien acompañada, ¿verdad, mi querido Truelove?

—Así toooodo el santo día... —se lamenta Ted.

—Hay perros que son mejores que las personas.

—Que algunas, sí —apunta Ted.

Punto para él.

—Lo trata mejor que a mí —añade.

—Él siempre se alegra de verme.

—Si quieres, yo también puedo levantarme y mover la colita cuando llegues.

—¡Papá!

—Eres un grosero. No sé cómo pudiste entrar en la policía.

¿Un perro? Un error. ¿El mejor amigo del hombre? Puede. Desde luego, de las parejas mayores con problemas de convivencia, seguro que no.

Como era de esperar, mi madre no puede entrar en la iglesia con Truelove. Ted, aunque dijo que haría lo contrario, se queda acompañándola y discutiendo. La boda es sencilla, corta, bonita y emotiva. Qué curioso resulta ver a ambas parejas. Mis padres, razonablemente sanos para su edad, discutiendo todo el día, mientras el señor Patterson, que tiene más dolencias que años, y la señora Wowden, ahora señora Patterson, en silla de ruedas desde que tengo uso de razón, felices y contentos a pesar de todos sus problemas.

Siempre había creído que, cuando te hacías mayor, lo primordial eran las cuestiones de salud. Estar bien, poder moverte... Eso es importante. Casi tanto como aprender a pasar todo el tiempo juntos sin tirarse los trastos a la cabeza. De eso hablo en el pequeño discurso que doy al comienzo del banquete. De lo importante que es la complicidad para que el amor dure a través de los años. Del sentido del humor. De la paciencia. De comprender las necesidades del otro. De que la pasión, además de en el dormitorio, está en el proyecto común. De la mutua admiración. Del cariño. De las pequeñas cosas cotidianas. De la atención al otro y del interés por las cosas que le emocionan. En resumen, de todo lo que he visto en el señor y la señora Patterson.

Aunque no lo he dicho hasta ahora, como era de esperar, Juanito ha venido acompañado de Belle. Más que su vestido, de color negro y corte asimétrico —admito que tiene buenos hombros—, con una *escaparela* que parece sacada de la tuna española y la abertura de la falda demasiado pronunciada, me llama la atención que en ningún momento se dan la mano ni se tocan. Ahora que caigo, yo tampoco he tocado a David. ¿Estará también tratando de tomar una decisión? Y si es así, ¿por qué no me ha propuesto ir a mí de acompañante? Prefiero olvidarme del tema y concentrarme en lo que tengo delante: David. Sonríe. Él me devuelve la sonrisa.

—¿Nos puedes traer unas copas?

—Claro. ¿Qué os apetece?

Decido por mis amigas que no se han despegado de mi lado desde que salimos de la iglesia.

—*Gin-tonics*.

Rita capta el mensaje al instante: hombres fuera.

—Marco ve a ayudarlo. ¡Ya!

David y Marco van a la barra.

—¿Sabéis una cosa? —digo, mientras apuro una copa de vino sin quitar la vista de Juanito y Jessica Belle Rabbit—. No me importa.

—Se te nota —responde Rita con sorna.

—Todo el mundo tiene derecho a ser feliz. Juanito y Belle, también.

—Belle, ¿como la protagonista de *The Beauty and The Beast*? —pregunta anonada Rita que no había caído en ello hasta ahora.

—Y decías que la princesa Disney era yo. En fin...

—El vestido le queda mal —dice Doreen solidarizándose conmigo, no sé si voluntaria o involuntariamente.

—Yo no quería decirlo porque luego parece que... pero es una verdad como el London Eye.

—Es tan perfecta que es antinatural —añade Doreen.

—Y lleva extensiones —informa Rita.

—Hubiera jurado que el pelo era suyo.

—Ese pelo es más falso que los revitalizadores que vendo yo.

La miro perpleja.

—Los que te pongo a ti, no...

Los chicos llegan con las copas. En ese momento, la madre de Juanito, conducida por su flamante marido, arranca una flor del ramo y se la pone a su hijo en la solapa mientras le dice que espera vivir para verlo casado y que le dé un nieto. Todo el mundo aplaude. Yo también. Es un momento muy emotivo. Me bebo la copa de un trago. No puedo visualizar esa idílica estampa con esa mujer en ella. Es superior a mí.

—¿Te importa traerme otra? —le pido a David.

—A mí tráeme un ron —le suelta Rita a Marco.

—*Per che, cara?* Tienes el *gin-tonic* ahí.

—Pues ahora quiero un ron. ¿Quieres dormir conmigo esta noche? Ron.

—*Whatever you want, whatever you like, whatever you need...* —contesta Marco, que se levanta al instante.

—Ahora le ha dado por Status Quo.

—Seguro que después suena —comenta Doreen con hastío.

Crocodile Rock de Elton John, *Love is all Around* de Wet, Wet, Wet, ABBA y Status Quo no pueden faltar en una boda inglesa que se precie.

—Antes os dije que no me importaba.

Doreen y Rita asienten al unísono.

—Sí me importa. Necesito emborracharme o voy a morirme aquí mismo.

Cuatro *gin-tonics* más tarde, y un par de viajes al baño a aligerar la ingesta de líquidos, estoy bailando con el novio.

—¿Qué pasa, enfermera?

—Acabo antes si le cuento lo que no pasa.

—Veo que ha traído compañía.

—Es...

No me apetece dar explicaciones.

—...es David.

—Buen ejemplar.

Patterson y su sentido del humor. Consigue arrancarme una sonrisa.

—¿Adónde van a ir de luna de miel? —le digo por cambiar de tercio.

—Estamos valorando varios hospitales... Todos privados... Nada público. A todo lujo. Solo se vive una vez. Y a nosotros nos queda poco.

—No sea así.

—Al final han venido sus hijos...

—No sé cómo se habrán enterado —me dice—. No merecen darse un banquete a mi costa, pero gracias.

Cuando sea mayor, yo quiero un señor Patterson conmigo.

—¿Y qué? ¿Ha pensado en mi oferta? ¿Necesita que haga algo por usted?

Miro a Juanito bailando con su acompañante. Apenas hemos cruzado un par de comentarios en toda la noche. A veces tengo la sensación de que está jugando, que no siente por mí el más mínimo afecto. Que esa especie de arranca/para que se trae conmigo no tiene nada de espontáneo. Tengo un momento bajo y valoro la posibilidad de pedirle que baile conmigo. No. He venido con David y, aunque un baile no signifique nada, David es quien se merece mi atención. A lo mejor hoy hasta acabamos en su casa, sí, ¿por qué no? En la mía seguro que no porque entonces Patty podría asesinarnos. David, David, David... Belle. ¿Qué clase de padres le ponen Belle a una niña? Es un nombre de perro. ¿Es que no conocen *Belle and Sebastian*? Y no me refiero al grupo, que por cierto, me encanta, sino al libro que le dio nombre. A lo mejor es verdad que lo han sacado de la protagonista de *The Beauty and The Beast*. El príncipe Juanito y Belle... Son tan Disney... La ginebra me está subiendo mucho. ¡Bien! Y si se casan, ¿qué?, ¿van a invitar a Lumiere, Mrs. Potts y Cogsworth para que les canten *Be Our Guest*?

—No. Lo mío está claro —respondo a Patterson.

Miro a David hablando con Marco, Rita y Doreen.

—Los que necesitarían ayuda son mis padres. Lléveselos de luna de miel a ellos, a ver si toman ejemplo.

Patterson se ríe. Punto para mí.

—Ahora tienes que contarme algo que te guste de mí.

—¿Algo físico o de carácter?

—De lo que quieras o de las dos.

—Bien, vale... De carácter... me gusta mucho la espontaneidad que tienes. Me encanta. Contigo nunca se sabe lo que va a pasar.

—Rita también es espontánea.

Se me ha escapado. Creo que me he puesto en evidencia. Maldito subconsciente traidor.

—Rita es descarada y atrevida. Puede parecer lo mismo, pero no lo es.

Me lanzo.

—¿Y físico?

—Ya te he dicho que eres muy guapa.

—Eso es no decir nada.

—¿Quieres caña? Sin problema. Tienes los muslos un poco gruesos.

¡Lo sabía!

El lunes siguiente me levanto con una nube encima de la cabeza. No es resaca. Algo, sí. No mucho. Es, sobre todo, el peso de las cosas. Solo de pensar en encontrarme con Niky, Carol y Kerry hace que esté cansada antes de empezar. Suspiro. Echo todo el aire que tengo dentro tratando de juntar fuerzas. Lo repito varias veces y, poco a poco, noto como me voy cargando de energía. Las cosas pueden mejorar. Es lo bueno de tocar fondo. Solo se puede subir. Bueno, eso no es exactamente cierto, porque también te puedes quedar abajo una buena temporada... ¡Hay que ser optimista! Nada de cansancio. Se acabó dejarse vencer por los problemas. Salgo del coche pletórica. Dispuesta a conseguir que todo vuelva a su sitio. Hoy empieza el cambio.

El entusiasmo me dura lo que tarda el ascensor en llegar a mi planta, donde mi madre me está esperando con cara de preocupación.

—¿Le ha pasado algo a Ted? —pregunto.

—¿A Ted? No. Lo he dejado durmiendo en casa.

No entiendo.

—¿Vienes a ver a Carol?

—No. Tu hermana está perfectamente. Ya la vine a ver ayer. Es Truelove.

—Mamá, vale que lo quieras, pero esto es un hospital. Si está malo llévalo a un veterinario.

—Es mucho peor —contesta angustiada—. Ha desaparecido. Ay, Dios... tengo el corazón a mil. Toca.

Me coge la mano y me la pone en el pecho. Me río yo del Dolby Atmos. Estará baja de calcio, pero el corazón le va como la batería de un grupo

heavy. Y de los buenos. Me la retira.

—Tienes que ayudarme.

No doy crédito. Para buscar al perro recorre veinte kilómetros y se planta aquí antes de mi turno. Para eso no hay teléfono. Soy consciente de que tanto yo como mis dos hermanas, con independencia de la posición que ocuparan en el escalafón del cariño materno, acabamos de perder un puesto.

—Por lo menos disimula y, ya que estás aquí, ve a ver a tu hija.

—Te he dicho que la vine a ver ayer. Si vuelvo hoy va a pensar que le pasa algo y se lo estamos ocultando.

Conociendo a Carol, tengo que reconocer que tiene razón.

—Tenemos que quedar para poner carteles y esas cosas.

—Vale, vale... Yo me encargo cuando salga. Paso por casa y lo organizamos.

No quiero parecer insensible.

—Daré una recompensa.

—Muy bien, muy bien. Eso seguro que ayuda —digo, llevándola hacia el ascensor.

—Estoy de los nervios. ¿No me podrías conseguir algo para tranquilizarme? Necesito pastillas de la felicidad.

—¿Pastillas de la felicidad? ¿Con quién andas...?

—Es como las llaman algunas de las chicas.

¡Cómo están las jubiladas!

—Mamá soy enfermera; no médico. No puedo recetar.

—¿Y pedírselas a Kerry?

Me mira esperando que diga que no se preocupe, que ya se las pido yo. Ni en broma. El silencio se prolonga de más y se da cuenta de mis intenciones.

—Está visto que no puedo contar con vosotras para nada. Tranquila, ya se las pido a alguna de la clase de salsa.

Yo no tengo una familia, tengo un circo.

Un día me va a dar una enajenación mental transitoria y veremos qué pasa.

—¿Hay algo que te parezca demasiado serio como para hacer broma al respecto?

—Debería decir que sí.

—¿Deberías?

—Es lo políticamente correcto.

—Pero...

—Lo cierto es que no. Para mí, el problema no está en que algo sea más o menos serio, sino en el daño que pueda hacer. Hay temas más sensibles, de acuerdo... La muerte, la enfermedad o un accidente. Pero, según en qué contexto y cómo te coja, hasta eso puede ser gracioso.

Pregúntaselo a mi hermana.

¡¡TRUELOVE!!

¿Dónde estás? Te hemos perdido

Ayudadme a regresar con mi familia.

El último día que me vieron fue el domingo día 3.

Tengo dos años y extraño mucho a mi dueña.

Si me ves, llama al 07389165918

¡¡SE OFRECE RECOMPENSA!!

—Esto es una tomadura de pelo.

—Tómalo como un paseo, papá.

—Paseos eran los que hacía yo persiguiendo a los punkis y a los del National Front... Esto es... Humillante.

Es un exagerado. Latoso, repetitivo y hasta un poco alienante por descorazonador, sí. ¿Humillante?, no. Para nada.

—Poner carteles por todos los negocios, árboles y postes de la vecindad buscando una mascota perdida no es humillante, es un acto de amor.

—¿Has leído el cartel? Truelove perdido. Truelove, tu dueña te echa de menos. ¿Sabes el cachondeo que se traen conmigo en el pub?

Me lo puedo imaginar. No se lo digo por no avivar el fuego.

—Aguántame el celo, por favor... —le digo mientras me dispongo a poner otro cartel en un árbol.

En honor a la verdad, el nombre del perro se las trae. Es la típica broma pasivo agresiva de mi madre, que en el ámbito privado puede tener hasta

gracia, pero que al hacerse pública se le ha ido de las manos. ¿Qué puedo hacer? ¿Darle la razón? Eso lo único que va a conseguir es que se encone más en su resentimiento. Tengo que dedicar todos mis esfuerzos y mi tiempo libre a encontrar a ese condenado perro lo antes posible. Bueno, el pobre perro tampoco tiene la culpa.

—¿Qué, enfermera, decorando el vecindario?

Levanto la vista y me encuentro con el señor Patterson, que viene de la panadería.

—Ya ve... Asuntos de familia —respondo entregándole uno de los carteles, al que no presta demasiada atención.

—Necesito hablar con usted.

—Soy todo oídos —digo con mi mejor disposición.

—En privado —dice apoyando la frase con un movimiento de cabeza.

—Perdona, papá, ahora vuelvo.

Nos alejamos un par de metros. Aun así no le quito ojo a Ted. Está tan molesto que es capaz de prenderle fuego a los carteles

—Si es sobre Juanito...

—Es sobre el perro. En cuanto al chico, si quiere hacer algo tendrá que hacerlo usted. Yo me he decidido a echarle una mano con sus padres.

—¿Una mano con mis padres? ¿Quiere ayudar a buscarlo? Disculpe...

La visión periférica, esa maravilla evolutiva que nos alerta del peligro, me avisa de que mi padre está tirando a un cubo de basura uno de los fajos de fotocopias para encontrar al pobre Truelove.

—¡Papáááááá, te estoy viendo! Por favor, para...

Me obedece rezongando. Vuelvo con el señor Patterson.

—Perdone... —digo retomando el hilo—. Se lo agradezco. Ya ve cómo está...

—Lo tengo yo.

—¡Papá, no dije nada: tíralas todas!

—¿En serio? —me grita. Luego no me vengas con...

—Sííí. Ya está...

Adoro al señor Patterson, es mi Mister Fixit It particular.

—¡Qué bien!

—No tan bien.

Estoy tan aliviada que ni presto atención a lo que ha dicho.

—Le va a dar una alegría a mi madre... ¿Dónde lo encontró?

—Lo secuestré.

—¿Qué?!

—Ahora, éste el plan...

—Nada de plan. Primero explíqueme por qué secuestró al perro. ¿Qué clase de persona es usted? Siempre tiene que estar llevándose cosas o qué. Lo suyo es una pulsión incontrolada. Se lo digo desde el aprecio que le tengo: usted... usted tiene un trastorno.

—Trastorno el que tienen sus padres, y lo vamos a solucionar. Preste atención: voy a dejar al perro en Church Road. Detrás de la tienda de caramelos hay un pequeño patio. El perro estará allí a las... —mira el reloj— ...seis y media en punto, para que su padre lo encuentre y se lo lleve a tu madre. Así será un héroe y el perro pasará a ser el recuerdo vivo de su hazaña.

—Retiro lo del trastorno.

A la hora señalada estamos delante de Veronica & Xavier Candy Shoppe, en el 24 de Church Road. Los dueños son conocidos de mi hermana Carol. Antes tenían una panadería pero la cosa no fue bien. Tenían un pan muy bueno, demasiado bueno para Newhampton demasiado acostumbrado al Waitrose Farmhouse en rebanadas. Con los dulces, en cambio, les va fenomenal. Están muy bien surtidos y hacen un chocolate con arándanos increíble que les ha hecho famosos. Estoy tentada de entrar, pero decido dejarlo para después.

—Mira que hay gente gorda...

—Papá, te va a oír.

—¿Estoy mintiendo o qué? Mira ésa... —insiste señalando a una mujer que está comiendo un trozo de tarta en la puerta de la tienda.

—Y aunque esté gorda, a ti qué más te da.

—Es un sobrecoste en sanidad.

—No vayas por ahí, porque no... Me doy media vuelta y ni perro ni nada. Se calla porque sabe lo que le conviene.

—Es un perro apestoso —gruñe Ted.

—No es verdad. Es muy bonito y es simpático. Y no lo he dicho nunca delante de ella por no dejarte mal.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —refunfuña—. Recógelo tú.

—Porque la quieres. O ya lo has olvidado...

No dice nada. Eso le ha dolido. A lo mejor me he pasado.

—Es la hora. Vamos.

Damos la vuelta a la tienda y allí está Truelove atado a un poste.

—¡Eh, Truelove...! —lo saludo.

Me reconoce y enseguida se pone como loco de contento a ladrar y dar saltitos.

—Venga, desátalo —le digo a mi padre.

Obedece con el mismo entusiasmo que un niño al que el profesor envía castigado a un rincón.

—Menudo nudo le ha hecho —protesta—. Y tú, cucaracha, quieto.

El perro, excitado, no para.

—¡Ya! —grita deshaciendo el nudo.

En cuanto se ve libre, Truelove intenta escapar. Ted intenta cogerlo. El perro, acostumbrado a sus desprecios en el corto periodo de tiempo que han compartido, le muerde. Mi padre lo suelta y él aprovecha para echar a correr como alma que lleva el diablo.

—¡Truelove! —le grito en vano.

Mi padre sale detrás gritándole toda clase de improperios. En vez de atraerlo, lo único que consigue es ahuyentarlo y dirigirlo hacia la carretera.

—¡Dios, no! ¡Truelove! —grito.

El pobre Truelove acaba en el arcén tras ser golpeado por el guardabarros de un mini de cuatro plazas.

—Es culpa mía —repito mi padre una y otra vez.

Qué ironía más triste. El perro al que tanta manía tenía acaba de partirle el corazón. A él y a mí.

Nos acercamos a ver lo que queda del pobre animal.

—¿Qué vamos a hacer ahora? No sé cómo se lo va a tomar tu madre.

—Papá, mírame. No se te ocurra decirle nada a mamá o se morirá de pena. Y como se entere de que todo estaba preparado, a mí me deshereda y a ti te echa de casa. Y no lo estoy diciendo en broma.

—Pobre perro —es lo único que dice.

Es una tragedia. No se me ocurre nada bueno que sacar de esto más allá de constatar que, bajo ese caparazón de pereza y desprecio, Ted sigue siendo un hombre con buen corazón y mejores sentimientos.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta.

Qué haría el señor Patterson en una situación así, me pregunto.

—Seguir buscando a Truelove como si no hubiera pasado nada hasta que

se nos ocurra algo. Por favor, sécate las lágrimas o voy a empezar a llorar yo y entonces se acabó.

Ted se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—Llévatelo y entiérralo en alguna parte antes de que mamá vuelva de las clases. Cuando llegue, dile que no tienes ganas de cenar y vete a cama. No hables con ella o notará que pasa algo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Ir a la tienda de caramelos y comprar una caja de Curly y un kilo de chocolate con arándanos para pasar el duelo. Hablamos mañana.

—Si fueras a morir esta noche sin posibilidad de hablar con nadie, ¿qué lamentarías no haber dicho a alguien?

—No entiendo bien la pregunta. ¿Se refiere a mi vida en general o a la gente que está ahora?

—Está bien clarita. Si es que fueses a morir *hoy*... es a alguien que podrías haber visto *hoy*.

—Perdón... Qué carácter.

—Di —le digo, conteniendo la risa.

—A ver... Lamentaría no haber dicho algo que tengo que decirte dentro de un rato.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? Y esto no es que lo pregunte yo porque me lo quieras decir a mí. Es que es así.

Me empiezo a poner muy nerviosa y ya no sé qué hacer con las piernas.

—¿Te ocurre algo? Tienes cara rara.

—¿Yo? No...

Me acabo de dar un rodillazo con la mesa.

—Contesta, ¿por qué?

—Porque si algo he aprendido con respecto a ti en todos estos años es que hay que buscar el momento adecuado.

Carol se va para casa. Lo que tiene es más aparatoso que grave y todo el mundo sabe lo apreciadas que son las camas de un hospital. Es una situación agridulce. Por una parte, tengo la sensación de que le gustaría quedarse más tiempo para estar cerca de Kerry. No quiero ser mala, pero me pega que quiere explotar un poco —es un eufemismo— el papel de sufrida víctima de accidente. Accidente provocado por ella misma.

Inciso: ¿por qué se dice no quiero ser mala cuando en realidad lo que estás haciendo es anunciar que lo vas a ser?

Perdón, sigo. Decía que me provocaba una sensación agridulce. Por una parte, está el falso victimismo, buscando dar pena para intentar acercar posturas y ablandar a Kerry de cara a una reconciliación y, por otra, la parte de castigo y humillación, qué gran título para una novela del XIX, a la que él la está sometiendo haciéndola creer que tiene una relación con Niky.

Recojo sus cosas, apenas una bolsa de deporte con una muda que le he traído de casa y un neceser, y le doy un consejo no pedido, que suelen ser los más útiles, antes de abandonar la habitación.

—Trágate el orgullo. Deja de jugar a tener veinte años otra vez e intenta arreglar las cosas con tu marido. A pesar de lo que puedas pensar de él ahora, sigue siendo un gran hombre. De los que hay pocos.

—Por eso se lo rifan, ¿no? —suelta Carol con amarga ironía.

Salimos al pasillo. No hay Kerry a la vista. Sé que, en realidad, todo es una pantomima, pero estoy tan metida en el papel y soy tan empática que no puedo dejar de sentirme solidaria con la sincera tristeza que sufre mi querida y bipolar hermana.

Caminamos en silencio hasta el control de enfermeras. Oh, oh. ¿Imagináis quién está allí? Sí, el doctor Kendall. El famoso y distinguido doctor Clay Kendall. Y para mi sorpresa, Carol hace algo que yo, por mi timidez e inseguridad, jamás sería capaz de hacer: montar una escena digna de *Coronation Street* o de un culebrón por cable.

—Kerry, por favor, perdóname.

—Ahora no puedo.

Como le diga que tiene ir a operar no me aguanto la risa. Perdón. Perdón. Sé que no es gracioso. Pero verla con el brazo en cabestrillo y la cabeza vendada en semejante tesitura es demasiado chocante.

—Mira, Carol, estoy harto.

—¿Aún me quieres?

Carminho, acodada en el control, los mira hipnotizada.

—Eso no tiene nada que ver. Me he cansado de tus locuras. Ahora soy yo el que necesita estar alejado.

—¿Y la coreana?

¡Qué manía! Que no es coreana, ni china, ni japonesa: es escocesa.

—Verás, lo de Niky...

¡Ay! Creo que Kerry le va a confesar la verdad. Y como el falso beso a Niky ocurrió a puerta cerrada, todo este episodio quedará en la más absoluta y discreta intimidad. Cuando yo decía que era un pedazo de pan...

Pero no. No, chicas, Kerry no llega a decir nada, porque justo en ese instante, Niky, que había estado observándolo todo desde el control, yo no la veía porque me la tapaba Carminho, sale como una flecha y le planta un beso en los labios como no se veía uno igual desde *El diario de Noa*. Un beso que, además de nosotras, ve tooooda la gente que está en ese momento esperando el ascensor, Gema, la coordinadora de urgencias, los médicos que se dirigían a hacer el control rutinario y Mary, la mayor cotilla del hospital, que se tropieza con el carrito de las medicinas de lo sorprendida que se queda.

Bien, doctor Clay, ahora todo el hospital sabe lo de su lío con Niky.

¿Qué pasa después?

Niky suelta a Kerry y se pierde por el pasillo.

Carol se da media vuelta, me pide que la lleve a casa de mis padres y enfila hasta el ascensor.

Y Kerry se queda donde estaba tratando de asimilar lo que acaba de pasar.

¡Ah! Carminho sigue acodada en el control, mirando a mi cuñado con la

boca abierta.

—Tu casa se incendia con todas tus posesiones dentro. Después de salvar a tus seres queridos y a tus mascotas, tienes tiempo para hacer una última incursión y salvar un solo objeto. ¿Cuál escogerías?

—Los álbumes de fotos familiares y la caja de cartas de mi madre.

—¿Por qué?

—Porque son nuestra vida. Mis recuerdos.

—¿Y no cogerías ningún trofeo deportivo? ¿Nada?

—A lo mejor alguna de las copas que gané en el colegio, pero no. Toda mi historia deportiva está en álbumes de cromos, vídeos en YouTube y hasta algún partido en DVD. Mi vida personal, mi memoria más íntima son esas fotos y las cartas que le escribí. No sé si lo sabes, pero yo debo de ser la única persona en el planeta que hace un par de años todavía escribía cartas.

—¿Pero tu madre tiene móvil, no?

—Sí, pero hay cosas que se cuentan mejor por escrito.

Eso sí que no lo sabía.

Llego a casa de mis padres con Carol y ¿qué es lo primero que me encuentro al entrar? Un Scottish Terrier muy parecido a...

—¡Truelove, ven! —grita mi madre desde la cocina justo antes de aparecer —. Este perro... desde su escapada está hecho un maleducado. No hace caso. Me congeló en un segundo.

—¿Y esto?

No me sale ni el nombre del perro.

—Papá lo encontró —responde sonriente.

—Bueno, yo voy a dejar las cosas de Carol y ahora vengo.

Las dejo a las dos en la cocina poniéndose al día y ¿voy a dejar las cosas de Carol? Ni en broma. Me voy de cabeza a buscarlo. Lo encuentro en el jardín trabajando en el rosal. Ni le saludo.

—Explícame lo del perro.

—¿Qué quieres que te cuente? —responde con calculada serenidad.

Se ha preparado la conversación. Esas cosas las huelo. Fundamentalmente, porque yo hago lo mismo.

—Se supone que Truelove estaba muerto.

—Estás casi encima de él.

Doy un salto atrás.

—Oh, Dios... ¡¿Y el otro?!

—Es lo más parecido que encontré. Lo compre en Pets.

—Ni siquiera tiene el mismo tamaño.

—El color es casi igual.

—Papá, es una locura.

—¿Qué iba a hacer...?

—Lo va a notar.

—Si no lo ha notado hasta ahora...

—¡Ni siquiera responde cuando lo llama!

—Se llama Byron.

—¿Podéis venir un momento? —grita mi madre desde casa.

Entramos. Yo, no lo niego, voy medio asustada. Estoy segura de que lo va a descubrir, le a dar un brote psicótico y nos va a asesinar con un cuchillo japonés que compró hace años y que está aún por estrenar. Hablando de cuchillos, me han hablado de uno nuevo para la mantequilla que es increíble. Tiene unos agujeritos en el filo que hacen que puedas untarla fácilmente aunque la saques directamente del frigorífico. Creo que los hacen en Australia. Cuando llegamos a la cocina nos la encontramos hablando con el perro. Lo dicho: me temo lo peor.

—Eres un vagoneta —le dice mientras le agarra el hocico y le hace un cariño.

—¿Qué tal está? —me atrevo a preguntar.

—Parece un poco más delgado —dice mientras le sirve un poco de comida en su comedero.

—Seguro que no comió nada mientras estuvo fuera —me apresuro a decir intentando justificar una transmutación imposible.

El perro devora la comida. Mi madre lo acaricia.

—Mira cómo come.... Claro, ahora aprecias el hogar, ¿eh?

Ted cruza una mirada conmigo que se traduce por: ¿te lo dije o no te lo dije?

—Bueno, preparad la mesa mientras yo termino con la comida. Ted, querido, ¿puedes traerme una fuente grande?

—¿De las que están en el mueble del salón?

—Sí, de esas. Gracias.

Hasta parece que las cosas van mejor entre ellos. Increíble. Ted sale.

—Espera, te ayudo —le digo, porque quiero preguntarle una cosa.

Lo abordo en cuanto entramos en el salón.

—¿Por qué lo hiciste? Habíamos quedado en que íbamos a seguir con la búsqueda.

—Y después, ¿qué? ¿Decirle que se había perdido?

No tengo una buena respuesta para eso.

—Tú me lo dijiste: la quiero. Hace muchos años que la quiero, aunque a veces parezca que se me olvida.

Ted coge la fuente y me la da. Se ha emocionado.

—Llévasela.

Asiento y le sonrío. Vuelvo a la cocina. Mi madre está sacando la comida del horno.

—¿Qué es?

—Cordero en leche. Una receta de *The Guardian*.

Coloco la fuente cerca.

—Cuidado, no te vayas a quemar.

—Ted es un buen hombre.

—¿A que sí, mamá?

—Pero no sabe manejar bien la pala. Voy a tener que sacar al pobre Truelove de debajo del rosal y enterrarlo en condiciones o va a terminar por asomar la pata en cuanto llueva un poco fuerte.

No hay color en el mundo capaz de describir cómo me quedo.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—En cuanto entré por la puerta. Se parece a Truelove lo mismo que un huevo a una castaña. ¿Te crees que soy idiota?

Se me ocurren muchas cosas que pensar sobre mi madre. Que es idiota es la última.

—¿Qué pasó?

—Lo atropelló un coche.

No le puedo contar el resto.

—Entiendo —dice con pena.

—¿Y por qué no has dicho nada?

—Porque sé por qué lo ha hecho y me gusta.

Sonrío.

—Voy a apuntarlo a clases de pintura.

—¿Es por cariño o por venganza?

—Hmmm... —responde pícaro.

Ahora me río.

—Voy a buscar a Carol. Se llama Byron —digo, mirando al perro.

La encuentro sentada en su antigua habitación.

—Voy a luchar por Kerry.

—Me parece una buena decisión.

En ese momento comienza a sonar su móvil. Como sea Kerry me pongo el pelo como Patty para avergonzarla. No hay nada que avergüence más a un adolescente que sus padres se comporten como un igual.

—Pásamelo. Está en el bolso.

Lo cojo. La llamada es de Noel Carter. Duda si contestar o no.

—Por Dios, Carol, no sabes lo que quieres.

—Sí lo sé.

Atiende la llamada.

—Noel...

Es curioso, cuando lo dice ella suena bien. Hago intención de irme. Carol me hace un gesto para que me quede. Me vuelvo a sentar.

—Tenía que haberte llamado hace tiempo... Lo sé... No me gustaría que te parezca mal, pero creo que es mejor que no siga trabajando ahí. No. No. No hay ningún problema. Eres un jefe estupendo. Estuvo bien trabajar contigo. Si alguna vez me toca la lotería, te contrataré para llevar mi seguridad personal. Y te voy a decir una cosa: me vino muy bien la inyección de autoestima de saber que podía desempeñar un trabajo con normalidad después de estar tantos años dedicada a la casa y a los niños, y volver a sentirme deseada...

—Kerry te desea —apunto un tanto escandalizada por el comentario.

—Pues deseable —matiza, mientras tapa momentáneamente el móvil antes de seguir—. Lo que quiero decir es que gracias. Por todo... Sí, sí... si necesito algo te llamo. Gracias.

Cuelga.

—¿Cómo le has dicho eso?

—No es para tanto. Noel estaba intentándolo. Y yo me presté al juego. Al principio no pretendía nada. Solo saber si todavía estaba en forma... Vamos, si podía estar en el mercado.

—Rita dice que cualquiera tiene fans si entra en internet y no tiene muchos escrúpulos.

—Tienes un talento natural para hundir a cualquiera.

—Lo siiieeeeeenntoooo —exagero el tono para arreglarlo.

—Internet y yo congeniamos muy mal —continúa—. No es lo mío. Como te decía, lo de Noel...

—Noel Carter, te refieres —le digo adrede.

—¡Buh! Cállate —me suelta—. Déjame, que estoy hablando en serio. Digo

que estuvo bien para subirme la autoestima, pero no funcionaría. Fue un espejismo. Yo quiero a Kerry.

Quiero creer a mi hermana. En serio. Me encantaría. Me haría muy feliz saber que va a luchar por Kerry porque realmente es lo que quiere. Mi impulso natural sería asentir, animarla y marcharme. Pero hoy no. Después de lo que he visto abajo, hace un rato, no. Hoy no me conformo si no es con algo mejor.

—Dime una cosa. Pero dime la verdad, sé sincera. No voy a juzgar tu respuesta: ¿si Kerry no estuviera con Niky tendrías tanto empeño en volver con él?

—¿Me estás preguntando si lo quiero porque está con otra o porque realmente lo quiero sin más? Es eso, ¿no?

Cuando quiere, no se le escapa una.

—Quién sabe. Quizá sea verdad y necesite el conflicto para ser feliz.

Afirmo con un ruidito. Una respuesta de verdad. Gracias, hermana.

—¿Y tú? ¿Qué necesitas tú?

—De todas las personas que forman tu familia, ¿qué muerte te parecería más dolorosa?

—Es obvio: la de Charles.

Me echo a reír.

—Sí, claro, la del señor Patterson. ¡Justo!

—¿Por qué te ríes? Me cae muy bien.

—Y a mí. Mejor que a ti —le digo.

—Se te ha subido el nombramiento de madrina de boda a la cabeza.

Le pego con un folleto de ofertas.

—Oye...

—Vale, vale... A mi madre.

—¿Por qué?

—Porque ha sido todo para mí y es lo único que me queda.

Las últimas semanas han sido nefastas, pero hoy, dentro de lo que cabe, está siendo un buen día. Llego a casa bastante contenta. Entro y me encuentro a Patty sentada en el sofá viendo la tele de brazos cruzados. El menú de las últimas semanas; de entrante, silencio; de plato principal, indiferencia, y de postre, desprecio. A sabiendas de que no me va a contestar y, por pura inercia, pregunto:

—¿Has cenado o te preparo algo?

—Ya he cenado.

—Muy bien... —contesto mecánicamente.

¡Rebobina! ¿Estoy soñando o es verdad que me ha hablado? El cielo se abre para mí y un rayo de sol rebota contra mi cara cegándome. Es una ocasión única y no pienso desaprovecharla. Dejo mis cosas y voy directa hacia ella buscando la ansiada reconciliación.

—Hazme sitio —le digo mientras me dejo caer en el sofá—. Tu tía Carol ha vuelto a casa de los abuelos. Hay un problema con tu tío Kerry.

Patty me mira de medio lado.

—Qué raro —comenta con desdeñosa ironía.

—Tiene una especie de novia —aclaro.

—Todo es una especie de... en esta especie de familia.

En eso tiene razón. Se la voy a dar. Puede ser una buena forma de empezar.

—Sí. Como en casi todas. Yo, por mi trabajo, veo muchas cosas. Y no todas son agradables. No creas que somos una excepción.

Voy a entrar directamente al tema.

—Los padres, aunque no te lo creas, somos humanos. Nos equivocamos y acertamos como el resto. Lo mismo que tú.

—Y a mí me tocó la más humana de todas las madres, ¿no? ¿Esa es tu justificación? —me suelta.

Suspiro.

—Patty, si quieres que admita que no soy perfecta, no hay problema: no lo soy. Ahora bien, y no te lo tomes como un ataque porque no lo es, hace tiempo que tú tampoco eres la hija perfecta que solías ser.

—¿Y ahora qué soy?

—Alguien que me odia y que no consigo entender.

Lo he dicho en alto. Pueden pasar dos cosas: que salga corriendo o que intentemos romper la barrera que hemos construido entre nosotras. Patty no se mueve. Parece que no va a salir huyendo. Bien. Vamos allá. Con un poco de suerte, hoy puedo acabar yéndome a la cama feliz. Sigo.

—Al principio pensé que el problema que tenías conmigo era porque tu padre y yo estábamos separados. Aunque en esa época nosotras nos llevábamos bien.

—Antes era muy pequeña. No me enteraba de nada.

—¿Qué te crees? Para nosotros no fue agradable. Un divorcio es una derrota. ¿Crees que lo pasamos bien? Contesta.

No dice nada.

—Pues no —le aclaro por si tenía alguna duda—. Después, cuando tu padre me contó que el divorcio no se había llevado a cabo, ahí sí entiendo que te enfadaras porque no te lo dijera.

—¡Menos mal! —me espeta.

—Sí, admito que tenía que habértelo dicho porque te competía, pero no por lo que crees.

Me mira intrigada.

—Te competía por tu situación legal y porque formas parte de esta familia y es algo que... bueno, es la situación de la familia. Pero la decisión, te guste o no, es única y exclusivamente de tu padre y mía. Porque de lo que estamos hablando al final es de si nosotros dos queremos seguir viviendo juntos o no. Con todas las consecuencias que eso traiga para él, para mí y, desde luego, para ti. Tú formas parte de esa decisión. Una parte muy importante, y tu bienestar es fundamental para nosotros. Pero yo no concibo la pareja sin amor. Amor con mayúsculas. Sé que hay parejas que han dejado de amarse y

que continúan juntas porque mantienen cierto cariño o armonía. Yo no soy así. Yo creo que amar es algo grande. Enorme. Algo que hace que quieras que cada día dure siempre y al mismo tiempo que llegue mañana porque todavía será mejor. Yo no creo que el amor se acabe a los tres años. Ni tampoco la pasión. Me da igual lo que digan. Creo que, por desgracia, no todo el mundo está destinado a encontrar a la persona ideal, pero que no por ello hay que conformarse. Y si te equivocas, aunque duela, te levantas y sigues. Lo importante no es con quien empiezas, sino con quien acabas. Y, aunque sea una absoluta obviedad, en las relaciones, hasta que aciertas, fallas. Y hay personas, y yo soy una de ellas, que hasta ahora han fallado siempre. Quizá haya fallado hasta apartando a tu padre de mi lado. Eso es lo que llevo tratando de averiguar todo este tiempo. ¿Está claro?

Durante unos segundos nos quedamos en silencio.

—¿Quieres saber por qué estoy enfadada contigo? —dice por fin Patty.

—No sabes la de tiempo que llevo deseando saberlo.

—Porque no haces más que mentirme.

—No contar no es lo mismo que mentir. Dicho así, suena a frivolidad, pero si lo piensas un poco te darás cuenta de lo que quiero decir. A veces, la verdad puede ser muy dolorosa y, sobre todo, innecesaria.

—Mi padre no es mi padre.

—Eso no es cierto. ¿De dónde te lo has sacado? ¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no importa. ¿Sabes quién es mi padre?

No contesto. No estoy preparada para esta conversación. Patty insiste.

—¿Lo sabes o no?

—¿Y si te digo que no? Que no lo sé. ¿En qué cambia eso las cosas? ¿Ya no quieres a tu padre?

—¿Te refieres a David?

—Sí —le digo mientras comienzo a enfadarme.

Solo dos personas sabían esto, y que una de ellas haya traicionado mi confianza me molesta y me duele mucho. Muchísimo.

—¿Por lo menos sabes quién puede ser? ¿O ni siquiera?

Se ha pasado de la raya. Estoy a punto de darle un bofetón, pero me detengo antes. El gesto, en cualquier caso, lo percibe perfectamente. Me mira con una mezcla de temor, sorpresa y decepción. Nunca me había mirado así. Y yo nunca había hecho un gesto así. Tiene los ojos llenos de lágrimas. A punto de desbordarse. Se levanta y se va.

¿Qué puedo hacer ahora? Llamo a David y le pido que venga a buscarla. No tengo fuerzas para nada.

Llega una hora después. Llama al timbre. Abro.

—Pasa, por favor.

Patty baja de su habitación con una bolsa de deporte llena de ropa.

¿Cómo sabía que iba a venir? David lee mi mente y contesta en alto a la pregunta.

—Tiene otro móvil —me aclara—. Me llamó poco después que tú.

¡Qué tonta soy! Hoy te puedes comprar un móvil de segunda mano por cuarenta libras. O puedes pedirselo a una amiga que tenga dos. Patty, con su pelo rosa chicle, desfila ante mí hasta colocarse detrás de David.

—Espérame en el coche —le dice—. Voy ahora. —Después se dirige a mí —: ¿Podemos hablar un momento?

Lo sabe todo. Patty se lo ha contado.

—Claro. ¿Quieres sentarte?

—Vale.

Nos sentamos en la mesa del comedor. Esto me va a partir en dos. No sé si voy a ser capaz de soportarlo.

—¿Quieres tomar algo? —le digo.

—No, gracias.

—No sé ni por dónde empezar.

David decide ponérmelo fácil y toma la palabra.

—No me importa de quién sea la niña. Para mí, Patty es mi hija. Siempre lo ha sido y siempre lo será. No te voy a negar que me duele. Claro que me duele. ¡A quién no le dolería algo así!

—Perdóname. Nunca quise hacerte daño. Ni a ella tampoco.

—Esther... Pufff...

Duda si preguntar o no. Finalmente, se atreve.

—¿Cuándo fue?

Ahora me toca a mí ser capaz de contárselo. Jamás pensé que este momento, si llegase, sería así: los dos sentados aquí mientras Patty está fuera, sola, esperando para irse de mi lado.

—Justo antes de la boda.

—Es un consuelo. —Hace una pausa como si fuese a decir algo y luego cambia de opinión—. En realidad, a estas alturas da igual.

—Ocurrió cuando rompimos. Mientras estabas de gira.

—Qué curioso, yo dejé la gira y al grupo porque me di cuenta de que había cometido un error terrible rompiendo contigo.

—Habrías podido tener una gran carrera con Brenda y Mark y el resto.

—Puede. O puede que conmigo el grupo no hubiera durado ni un año. Nadie lo sabe.

—Me siento terriblemente mal.

—Si te sirve de algo, no fue un engaño.

—Gracias.

— Es verdad, yo te había dejado a las puertas de la boda. Así que no lo fue.

—Tuve mucho miedo después, cuando supe que estaba embarazada.

—Es fácil de entender.

—Creo que los dos arrastramos un complejo de culpa por lo que pasó. Pensándolo ahora, creo que ambos llegamos al matrimonio porque nos impusimos el compromiso de no defraudar al otro. Yo te quería... pero no lo suficiente. O sí. A los veinte años se puede con todo, o eso es lo que te crees. Qué gran error.

—Los dos queríamos que funcionase.

David asiente.

—Y poco a poco, sin que nos diéramos cuenta, nuestros caminos se fueron separando. Yo me volqué en la música y tú... tú seguías ahí. Supongo que el amor se convirtió en cariño y después en amistad o en algo que no sé muy bien qué era. No supe cómo manejarlo y empecé a huir. A refugiarme en la música, pero tampoco me fue bien y lo pagué contigo. Fue una época difícil. Sin trabajo, con la niña... Menos mal que tú estabas en el hospital. Y yo siempre de mal humor. Eso no fue justo por mi parte.

—Yo tampoco hice nada por evitarlo. Me limité a dejar que las cosas pasaran como si estuviera viendo una película que no tenía nada que ver conmigo.

—Me volví muy insoportable, ¿no? —me dice con una pequeña sonrisa.

—Un poco.

—Si hubiera sido un poco, no nos habríamos separado.

Tiene razón.

—Me costó mucho asumir que tenía una gran vocación y muy poco talento.

—Eso no es cierto. Lo tienes.

—Pues me faltará determinación o yo qué sé. Ahora todo eso ya pasó.

—Le has vendido una canción a Brenda. A ella le ha ido bien.

—En número de divorcios, sí.

Sonrío.

—Me alegro por ti. De verdad —le digo.

—Y nos hemos vuelto a encontrar... gracias a una panda de abogados — responde.

—Sí. Y ha estado muy bien esta temporada. Estás mucho más tranquilo.

—He asumido que no voy a ser Billy Joel ni Rufus Wainwright y que nunca ganaré un Grammy. Tampoco me importa.

—Eso es mucha madurez para un músico. ¿Crees que vale la pena volver a intentarlo? Lo nuestro, digo.

Baja la cabeza. Da un par de golpecitos con las puntas de los pies, como si fuese a iniciar un paso de baile, y después me mira.

—Desde que te dije que en realidad no estábamos divorciados me he dado cuenta de que lo que sentimos el uno por el otro no es amor. Es el eco de una historia común. Una historia que, por distintas razones, los dos creímos que todavía estaba viva. Hay afecto y hasta una cierta atracción, pero eso no basta. A los veinte, a lo mejor nos hubiera bastado. Ahora no. Al menos, a ti, no. Y lo sabes. Tú nunca te has conformado con eso, tú siempre has querido más. Y yo no soy ese más. No sé si Juanito lo es. Quizá sí o quizá tampoco, y solo es un *crush*, como opina Patty.

—¿Qué es un *crush*?

—Según ella, un flechazo y, al mismo tiempo, alguien imposible de alcanzar. Nosotros diríamos que es algo parecido a una quimera.

—¿Tú también lo crees?

—Lo que yo creo ya te lo he dicho. Además, ¿qué importa? En todo caso, eres tú la que tiene que averiguarlo. Recuerda que el tiempo es limitado. Aprovechalo.

David saca un papel del bolsillo. Al principio, no lo reconozco. Es la demanda de divorcio. La firma y la deja sobre la cama antes de irse.

Lloro. Lloro por muchos años en común que se han quedado atrás. Por todo lo que no salió bien. Y por una hija que espero no haber perdido para siempre.

—**Y** para terminar, tengo que contarte un problema personal y pedirte que me digas cómo habrías actuado tú para solucionarlo. Bueno, ya sabes cuál es mi problema, ¿verdad?

—Sí. Estaba presente.

—Pues dime, ¿qué habrías hecho tú en mi caso?

—Llamar antes.

Me acaban de dar una bofetada. Curiosamente, las bofetadas verbales hacen que se me calienten las orejas y no las mejillas. Era una bofetada esperable, así que no me cuesta mantener la compostura y terminar con esto.

Necesito hablar con Juanito esta misma noche. No puedo esperar. Tengo que aclarar las cosas de una vez. Nunca imaginé que todo se pudiera precipitar como se ha precipitado. Es bastante tarde cuando llego a su casa. Hay luz fuera. Menos mal: está despierto. Llamo al timbre. Tarda un poco en abrir. Está en pijama sin la parte de arriba. ¿Sabéis que os digo? Mejor.

—Esther, ¿qué haces aquí a estas horas?

—Juanito —comienzo a decir mientras clavo mi mirada en sus ojos—. Déjame hablar. He venido para decirte que te quiero. Que desde niña, desde el día en que te conocí, he estado enamorada de ti. Sé que tuvimos una oportunidad de dejar de ser tú y yo y convertirnos en nosotros justo antes de que te marcharas a Italia y que no salió bien.

—Esther, espera...

—Solo déjame terminar —le digo—. Cuando nos volvimos a encontrar en el aniversario de nuestra promoción yo no sabía que estabas con Fenella y, mucho menos, cómo se encontraba ella. Sé que no era el momento, y que te quedaras a su lado hasta el final, a pesar de que los dos sabíais que solo os quedaba el recuerdo de lo que habíais tenido, hizo que todavía te quisiera más. Por eso, y porque ahora sé que eres tú, y que por fin puedo pasar página en mi vida y comenzar algo nuevo a tu lado, he venido aquí.

En ese momento oigo una palmada al fondo. Aparto la vista de Juanito y veo a Belle al fondo. Lleva la parte de arriba del pijama de Juanito. No sé cuánto tiempo lleva ahí. Da una segunda palmada. No hay duda: lo ha oído todo. En total, da solo tres palmadas. Espaciando cuidadosamente el tiempo entre cada una de ellas. Cuando suena la última me quiero morir. Miro a

Juanito. Tiene las manos en la cabeza y se las pasa por el pelo una y otra vez. Siento tanta vergüenza que tengo ganas de vomitar. Y, de hecho, lo hago de puros nervios en el camino de vuelta a casa.

Por el camino comienza a llover. Ni siquiera noto las gotas caer sobre mi cara cuando bajo del coche. Es como si tuviera una película por encima que me aislase, como se hace con algunas pastillas para evitar lo amargo de su sabor. Al mismo tiempo, noto cada latido de mi corazón como si fuese el golpe de tambor que marca el ritmo de boga en una galera. Me siento en el suelo, en la entrada de mi casa. Mojada, espero mientras deseo con toda mi alma que Juanito aparezca y me diga que todo ha sido una confusión, que me ama, que siempre me ha amado y que las cosas entre nosotros no han salido nunca bien porque nunca era el momento oportuno y que ahora sí, que ahora lo es.

Pero no llega. Esas cosas solo pasan en las películas. La vida real es tremendamente cruel.

Me llamo Esther Lucas. Tengo cuarenta años y estoy a punto de saltar desde el tejado de mi casa.

No es verdad.

Bueno, las dos primeras partes, sí; lo del tejado, no. De hecho, tengo un poco de vértigo. Para ser honesta ni siquiera me manejo bien con tacones de más de diez centímetros. No. No estoy en el tejado de mi casa a punto de saltar. Un tejado, por otra parte, que no dista del suelo más de siete u ocho metros... en cualquier caso suficiente para descalabrarme. Estoy sentada en el porche. Con las piernas encogidas y a un peldaño del distancia del suelo. Pero ese peldaño me parece tan distante como la parte más alta de mi tejado. ¿Por qué me siento así? Bueno... por lo de siempre. Por mi capacidad innata de meter la pata; de hacer las cosas a destiempo; de no dar una en el clavo... Porque no sé cómo me las arreglo para acabar siempre en el lugar equivocado y a deshora. Esa soy yo: la mediana de las tres hermanas Lucas.

Al día siguiente no voy a trabajar. Llamo a Doreen.

—Hola.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes si hay días libres por divorcio?

—Ni idea. Llama a personal. ¿Te has decidido?

—Es igual. —No quiero entrar en detalles—. ¿Te acuerdas de que me quedaba una semana de vacaciones? Me la cojo.

—Ni de broma.

—Pues despídeme. Haz lo que quieras. Ni hoy ni mañana voy a ir a trabajar. No estoy en condiciones.

—¿Qué te ha pasado?

—Ya te contaré. Ahora no estoy de humor. Hazme ese favor.

—De acuerdo, pero llámame.

—Claro. Una cosa más. No le digas nada a Rita.

Voy a casa de David. Veo el coche aparcado fuera, lo que quiere decir que aún está en casa. Me acuerdo de la moto tan bonita que tenía cuando nos conocimos. Parece que ha pasado un millón de años desde entonces. No voy a llamar la puerta. Este no es momento para hablar. Todo lo que teníamos que hablar lo hemos hablado ya. Le estoy muy agradecida por cómo ha reaccionado ante la noticia de que quizá no sea el padre de Patty. Sé que no es fácil enfrentarse a algo así. Yo, de hecho, aún no he conseguido hacerlo. Me paro delante de la casa y la observo. Es bonita. Nunca me había fijado. Hay tantas cosas en las que no me he fijado. Miro mi mano derecha. Tengo los papeles del divorcio firmados en ella. Cuántas cosas puede cambiar un simple garabato. Veo el buzón a un par de metros. Tres pasos que finiquitan quince años. Es muy triste. Me vuelvo al coche. Por un momento miro atrás y veo a Patty en la ventana. Me sostiene la mirada unos segundos. Se aparta de la ventana dejando que la cortina la cubra.

En el camino de vuelta dudo si poner la radio. ¿Qué canción saldrá? Si la vida tuviese una banda sonora, ¿cuál sería la música para un momento así? La enciendo y suena *Only You* de Yazoo. Conozco la historia de la canción. David me la contó unas cien veces. Era muy fan de Vince Clarke, el teclista del dúo. Se la ofreció como regalo de despedida a sus compañeros de Depeche Mode cuando abandonó el grupo tras el primer disco. Ellos no la quisieron. Irónicamente, se convirtió en el mayor éxito de su carrera y en una de las canciones más recordadas de los ochenta. La canción, en cierta medida, es también el relato de una pérdida.

Llego a mi casa y me pongo a cocinar dos pollos pequeños que encuentro en la nevera. No tengo necesidad de hacerlo porque no tengo nada de hambre ni somos dos como antes. Igualmente lo hago. Lavo los pollos. Pongo el horno a 180° a precalentar y fundo un poco de mantequilla. Tengo sed. Me preparo un zumo de naranja mientras exprimo dos limones para juntar con la mantequilla, la sal y la pimienta. Me acabo de divorciar. No lo puedo creer.

Voy a ver mi copia para comprobar que es cierto. Lo es. Lo había hecho hace años, pero esta vez ha sido incluso peor. Vuelvo a la cocina. Preparo una cama de patatas, rodajas de limón, romero y tomillo en la bandeja antes de embadurnar los pollos con la mantequilla y el limón y meterlos en el horno ya caliente. Una vez está todo dentro, doy un sorbo al zumo de naranja. Sabe a limón. Le he echado al zumo uno de los limones exprimidos. Podía haber sido peor. Durante casi una hora horneo los pollos. No despego la vista del interior. Veo cómo se van dorando poco a poco. Aunque tengan buen aspecto, no dejan de estar muertos. Jamás van a volver a la vida. Necesito que me dé el aire. Apago el horno y me voy.

Deambulo sin rumbo tratando de asimilar las últimas veinticuatro horas y pensando qué voy a hacer con mi vida de ahora en adelante. Me suena el móvil. Es Laurita. Hago lo que nunca he hecho. No contestar a su llamada. Poco después me llega un WhatsApp.

No estoy de gira en España. Siento haberte mentido. No podía afrontar esta decisión en casa bajo presión. Tenía que irme. Estoy en Dublín. La buena noticia es que ya me he decidido. Vas a ser tía. Se lo diré a papá y a mamá en cuanto vuelva.

La llamo. Está apagado. Puede que tenga un padre diferente al nuestro, pero está claro que es digna hija de su madre.

Vuelvo a mi casa a última hora de la tarde.

¿Qué es eso? Hay algo delante de mi puerta. Me acerco y descubro que se trata de una lata pequeña de galletas. ¡Qué raro! La abro. Está llena de pinzas. Pinzas iguales de colores como las que le he ido cambiando a la señora Byrne. ¡Oh, Dios...! Lo que me faltaba.

—Ha sido usted, ¿verdad? —dice una voz que conozco de sobra desde detrás.

—Sí —respondo sin girarme.

—No tenga miedo. No le voy a hacer nada.

Ante eso no tengo otra que darme la vuelta. Me encuentro al señor Byrne bajo un enorme paraguas.

—No le he dicho nada a mi mujer —dice intentando tranquilizarme.

—¿Cómo lo supo?

—Soy ornitólogo aficionado.

Hoy no estoy para acertijos.

—Perdone, pero no sé qué tiene que ver.

—Si un ave deja sus crías en tu nido, para encontrarla solo tienes que buscar un animal igual. Usted es la única vecina, aparte de mi mujer, que tiene todas las pinzas de madera. A partir de ahí fue fácil. ¡Boom! Siempre hay alguien más listo que tú.

—No pretendía fastidiarla ni... Es que...

Sé que voy a parecer una loca, pero me da igual. Se lo suelto.

—Me pone de los nervios que las ponga de cualquier manera y que mezcle pinzas de plástico con otras de metal y otras de madera. Sé que no es asunto mío y que no debería meterme. Pero es que las veo a diario...

—La entiendo —me dice—. Tendría que ver los cojines del salón.

Me hago una idea, pero no se lo digo por respeto y porque no es el día.

—Mi mujer cree que combinar y *collage* son sinónimos. Y que uniformidad es una laguna de Mongolia.

—Entonces, ¿no le va a decir nada?

—Claro que no.

—¿Y las pinzas?

—Esas se las he quitado yo. He venido a avisarla para que, si se lo cuenta, y como usted no lo ha hecho, no piense que se ha vuelto loca por su culpa. Esta vez he sido yo.

—De acuerdo.

—Regálas, tírelas, pero, por favor, no las use. A mí también me sacan de quicio.

Me dan ganas de abrazarlo. Se despide alzando la mano y se va. Me quedo un rato sentada en la entrada mirando las pinzas. Cuando estoy a punto de entrar en casa, el claxon de un coche hace que me vuelva. Es Juanito en su coche. No quiero verlo. Me meto dentro y pego la espalda a la puerta como si haber cerrado no fuera suficiente.

—He venido para invitarte a cenar. Quiero que hablemos —me dice desde fuera.

Hablar... Hablar es lo que más daño me está haciendo y mi umbral de dolor no soporta más.

—No tengo ganas —le digo.

—¿Y cenar? ¿Tendrás que cenar?

¡Los pollos! Me acuerdo de los dos pollos pequeños que asé ayer y que aún deben estar en el horno. Lo de «aún deben» es una forma de hablar, porque si no los saqué yo... De repente me da mucha pena pensar en los pollos, secos y

pegados a la bandeja del horno. Y la salsa, que debe de haberse convertido en una masa compacta.

Abro la puerta.

—De acuerdo.

Sin cruzar más palabras me subo al coche. Antes de que arranque, el hecho de verme sentada otra vez allí me recuerda a nuestra última cena juntos.

—Espera. ¿Dónde vamos? Dímelo, por favor. Porque si es otro sitio raro de esos, mejor me quedo.

Hago intención de bajarme, pero Juanito me frena.

—A un Wimpy.

Los Wimpy eran mis hamburgueserías favoritas cuando era como Patty.

—¿Aún quedan? —pregunto extrañada.

—Menos de cien en todo Inglaterra. Lo he mirado.

—Bueno.

Por lo menos, esta vez veré lo que como. Vamos a uno que está en el 251A de Southwark Park Road. Entramos y es como volver al pasado. De fondo suena *Don't You Want Me* de The Human League. Muy apropiado.

Pido un Lemon & Pepper Quorn, solo, sin patatas, y un agua; Juanito, un Fish Finger Burger y una cerveza. Le gano por cuarenta y dos calorías, bebidas aparte. Agradezco que no pida ninguna de las dos opciones de pollo.

—Te he venido a buscar porque lo que pasó ayer no tenía que haber pasado.

—Lo sé y lo siento —le digo.

Sabía que esto iba a pasar. Por lo menos, ha sido lo suficientemente delicado como para traerme a un sitio agradable para echarme la bronca.

—El que lo siente soy yo. Porque he cometido un error. Un grave error.

Esas dos últimas frases son mías. Espera. Espera...

—¿Por qué?

—Porque, en realidad, Belle no significa nada.

—Pues para no significar nada la llevaste a la boda de tu madre y estabas a punto de acostarte con ella si no lo habías hecho ya.

Me ha salido todo del tirón y sin pensar. Muy bien, Esther. Acabas de estropearlo aún más.

—Pues sí —responde.

He aquí el ejemplo de una gran respuesta masculina.

—Pues sí, ¿qué?

—Que es verdad, todo. No quiero que suene a disculpa porque creo que no tiene lógica que me disculpe cuando tú estás... casada. Sigues casada, ¿no?

—Ya no.

Se queda pegado.

—Eso no lo sabía...

Imposible. Es de esta misma mañana. Pero no le doy el gusto de admitirlo.

—Sigue.

—Lo que intento decirte es que contigo nunca sé a qué atenerme.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos?

—¿Eh? No sé. Desde los doce o trece...

De repente me he acordado de un artículo que leí en internet en el que la escritora Mandy Len Catron relataba cómo se había enamorado con un test creado por el psicólogo norteamericano Arthur Aron. La historia me pareció muy curiosa y la imprimí. Desde entonces, la llevo en el bolso junto a otras tantas cosas tan útiles como un par de pilas AAA gastadas que nunca me acuerdo de tirar, una barra de labios de un color que ya no uso, varios boletos de lotería caducados y tres o cuatro extractos bancarios de algún cajero.

Saco la hoja, que al final tiene las preguntas del test, dispuesta a ponerlo en práctica. En el artículo dice que la mejor manera de hacerlo es con alguien desconocido y hacerse las preguntas el uno al otro. Pero no es eso lo que a mí me interesa en este momento. Lo que yo quiero saber es si realmente conozco a la persona que tengo sentada enfrente. Si lo que siento es real y se confirma. O ha muerto ayer ahogado en el mayor bochorno de mi vida.

—Me gustaría hacerte un test —le digo—. Son treinta y seis preguntas. ¿Te importa contestarlas?

Juanito se queda descolocado.

—No creo que nos lleve mucho... —añado, tratando de que se decida.

—Vale, vale.

Me lanzo.

—De acuerdo. Empecemos. Primera pregunta: si pudieras elegir a cualquier persona en el mundo, ¿a quién invitarías a cenar?

—¿Vale gente que esté muerta?

—No sé... Supongo que sí, ¿no?

—Tú dirás... ¿Sí o no?

—Empezamos bien. No sé... Bueno, tú di a quien quieras.

—Está bien. A mi padre.

Voy haciéndole las preguntas y, a medida que avanzo, mi dolor se va disipando y poco a poco comienzo a sentirme cómoda con él otra vez. Como antes.

—Para terminar, tengo que contarte un problema personal y pedirte que me digas cómo habrías actuado para solucionarlo. Bueno, ya sabes cuál es mi problema, ¿verdad?

—Sí. Estaba presente.

—Pues dime, ¿qué habrías hecho tú en mi caso?

—Llamar antes.

Me acaban de dar una bofetada. Curiosamente, las bofetadas verbales hacen que se me calienten las orejas y no las mejillas. Era una bofetada esperable, así que no me cuesta mantener la compostura y terminar con esto.

—¿Y cómo te sientes respecto al problema que te he contado?

—Mal. Me he sentido muy mal. Por eso te he llamado y estamos aquí.

Hemos terminado el test y nos quedamos callados. El único sonido es *Stay* de Shakespeare's Sister, que comienza a sonar por los altavoces. Uno de los empleados se acerca.

—Perdonen, vamos a cerrar.

Salimos en silencio. No puedo decir que me haya enamorado con las treinta y seis preguntas que he hecho a Juanito, porque ¿qué os voy a decir a estas alturas?, siempre he estado enamorada de él. Lo que sí me han servido es para relajarme y volver a colocar mi relación con él en un sitio que pueda manejar. También he descubierto unas cuantas cosas tuyas que desconocía. Es increíble que en una simple conversación de menos de una hora puedas descubrir cosas nuevas de una persona que conoces desde hace más de veinte años. No sé si eso habla muy bien del test o muy mal de cómo hemos llevado nuestra relación. O ambas.

Caminamos hasta el coche. Es hora de volver a casa. En cuanto llevamos un par de minutos de trayecto me salta la alarma. Un momento.

—Te has equivocado. Por aquí no se va a mi casa.

—Es que no vamos a tu casa.

Vamos al London Hilton. El hotel donde pasamos nuestra única noche juntos.

—¿A qué viene esto? —le digo.

Si pretende acostarse conmigo solo porque estoy con la guardia baja y ayer me declaré en la puerta de su casa... eso es jugar muy sucio. Puede que lo

consiga, pero no me voy a sentir bien mañana. Eso seguro.

—En el restaurante hemos hablado de lo que tú querías. Ahora me toca a mí —es su gran respuesta.

Nunca ha sido de una gran elocuencia. Que me guste no quiere decir que no me dé cuenta de cómo es. Ni que decir tiene que ha reservado la misma habitación. ¿Veis? Eso es un detalle bonito. Entramos. Hay un precioso ramo de rosas rojas sobre la cama. En cambio, lo de las rosas, no sé si por manido, me parece un poco obvio, de más, aunque al mismo tiempo tampoco me disgusta.

—Ven —dice mientras me toma de la mano y me lleva hasta la cama.

Esto sí que no. Está yendo demasiado rápido. Así no.

—Te he traído aquí porque quiero hacer las cosas bien de una vez por todas. Cada vez que me he acercado a ti y parecía que iba a pasar algo... algo de verdad, algo importante, es como si el mundo se confabulara en contra. Y esta vez no quiero que sea así. Nunca antes me había alegrado de un divorcio ajeno. Pero hoy, sí. Me alegro de que te hayas divorciado. Y si suena egoísta, lo siento, pero es la verdad. Estoy contento de que hayas tomado una decisión y que haya sido esa. Me alegro de que ayer fueras a mi casa a las tantas de la mañana y me hicieras la mejor declaración de amor que me han hecho en mi vida. Y que me la hayas hecho tú. Lo único que lamento es el daño que te hice. Fue sin querer. Cuando el otro día fuimos a cenar pensaba decirte algo, pero estabas... rara.

—Me había puesto pestañas y se me pegó una.

—No me fastidies.

—Tan tonto como eso.

—Creí que no te interesaba, que solo era amistad. Por eso invité a Belle. Es lo que te decía. Una pestaña casi ha estado a punto de estropearlo todo. Te quiero, Esther. Hace mucho que te quiero. Y hasta hoy nunca he tenido la ocasión ni el valor de decírtelo. Y hoy, al levantarme, me dije: ni un día más. Se acabó. Y cuando pensé cuál sería el lugar... reservé esta habitación. Aquí estuvo a punto de comenzar todo y, si ahora empieza, aquí debería ser. Eh, eh... Pecosa, no llores... No es para llorar. Si no quieres o ahora no te ves con fuerzas, no pasa nada. Puedo esperar. Llevo mucho esperando. Un poco más no importa.

Había imaginado este momento de tantas maneras distintas...

—¿Por qué has tardado tanto?

Sonríe.

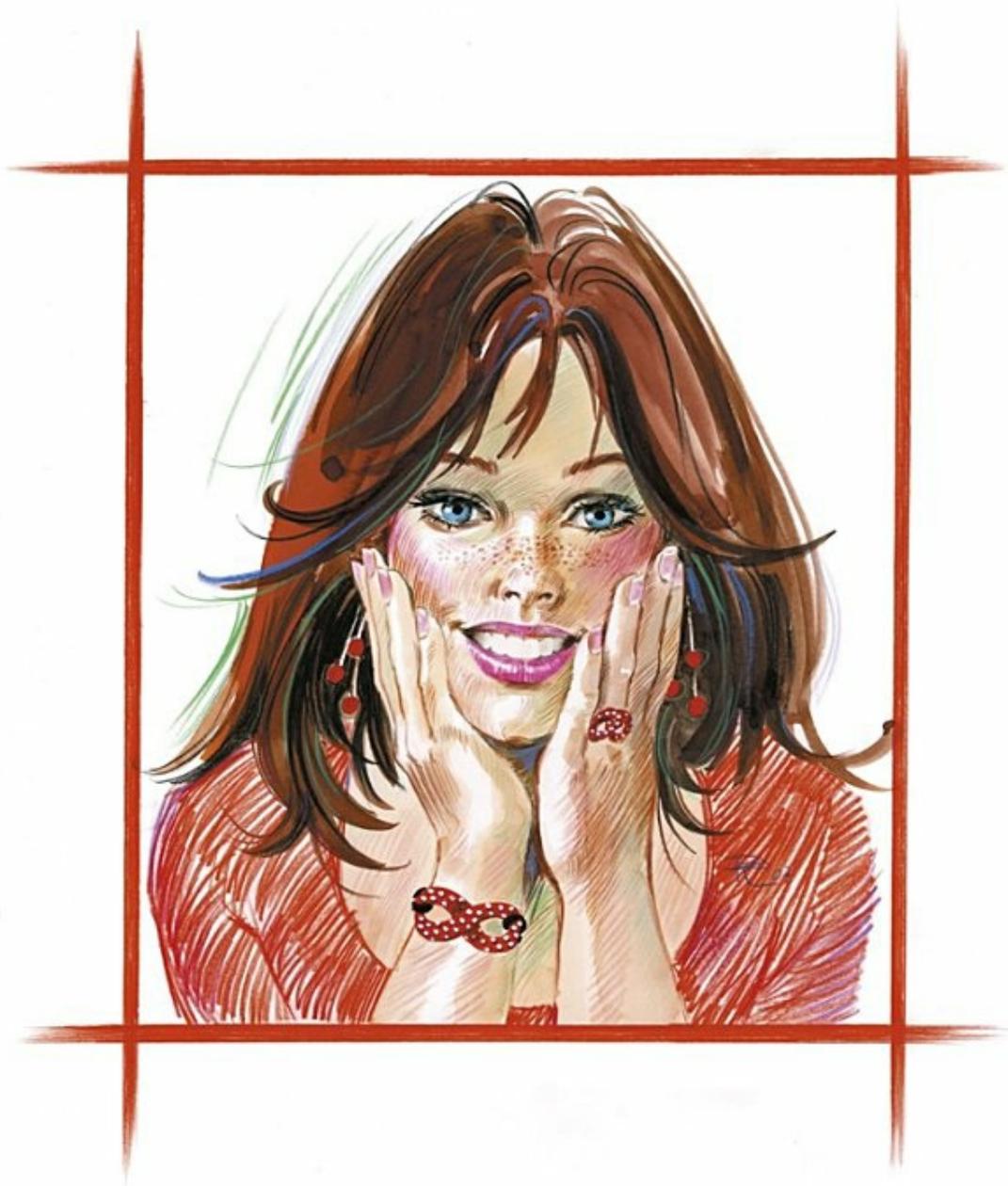
Nos damos un beso. Es un beso que ha costado más de veinticinco años.

—¿Recuerdas cuando tu madre dijo que le gustaría verte casado y con un hijo?

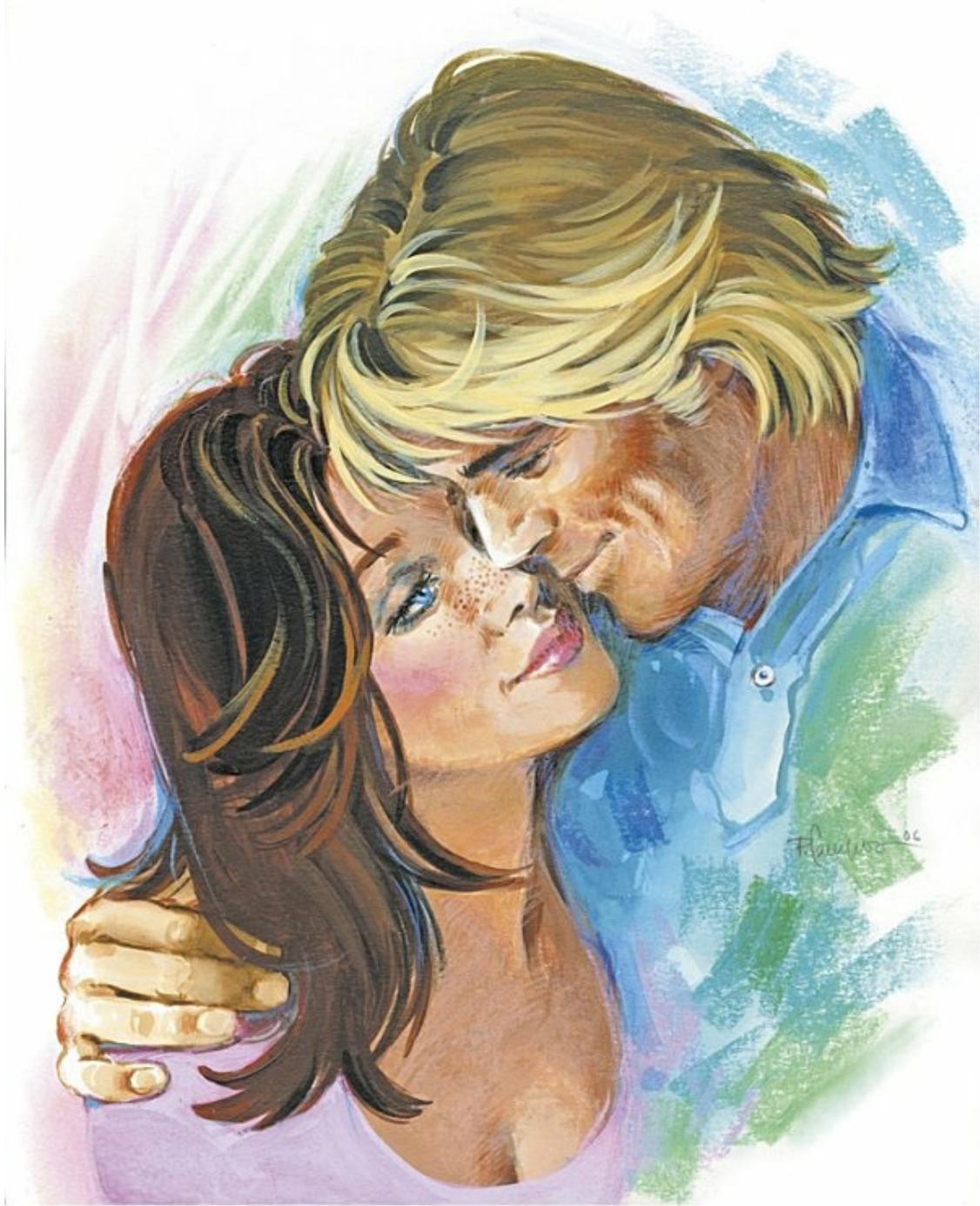
—Sí, bueno, ya sabes cómo es.

—Pues a lo mejor ya tienes una adolescente.









Título *La elección de Esther*

Autores Purita Campos y Carlos Portela

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño y la ilustración de la portada, Purita Campos, 2016

© Purificación Campos, 2016
(ilustraciones)

© Carlos Portela, 2016
(texto)

© Espasa Libros, S. L. U., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-670-4768-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!



